

El arte de la crisis
SEMINARIOS SOBRE LA CRISIS SISTÉMICA DEL CAPITALISMO
MNCARS&Universidad Nómada

Seminario con Immanuel Wallerstein
Obama, el mundo y la construcción de otro mundo posible

FECHA: 30 de enero de 2008, 16:30 h.-20:00 h.
LUGAR: Salón de Actos del Edificio Sabatini, calle Santa Isabel 52
Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía

Dossier Immanuel Wallerstein

1. Artículos: <http://www.newleftreview.es/> & <http://www.newleftreview.org/>
 - «El eurocentrismo y sus avatares », *New Left Review* 0, enero-febrero de 2000, Madrid, Ediciones Akal.
 - «Revueltas contra el sistema», *New Left Review* 18, enero-febrero de 2003, Madrid, Ediciones Akal.
 - «Bienvenidos a la anarquía global», *New Left Review* 22, septiembre-octubre de 2003, Madrid, Ediciones Akal.
 - «La trayectoria del poder estadounidense», *New Left Review* 40, septiembre-octubre de 2006, Madrid, Ediciones Akal.

2. Capítulos 22, 27, 28 y 29 del libro *Capitalismo histórico y movimientos antisistémicos. La geopolítica y la geocultura del sistema-mundo moderno*, Madrid, Ediciones Akal, «Cuestiones de antagonismo 24», 2004.
 - «Las tensiones ideológicas del capitalismo: universalismo frente a racismo y sexismo»
 - «La agonía del liberalismo. ¿Cabe alguna esperanza de progreso?»
 - «Paz, estabilidad y legitimación: 1990-2025/2050»
 - «¿El fin de qué modernidad?»

3. Análisis de coyuntura de Immanuel Wallerstein: 1998, 1999, 2000, 2001, 2002, 2003, 2004, 2005, 2006, 2007, 2008. Comentarios publicados quincenalmente para reflexionar sobre la situación mundial analizada no desde la actualidad inmediata, sino desde una perspectiva a largo plazo: <http://www.binghamton.edu/fbc/cmpg.htm>



1. Artículos

<http://www.newleftreview.es/> & <http://www.newleftreview.org/>

El eurocentrismo y sus avatares: los dilemas de las ciencias sociales*

Immanuel Wallerstein

Las ciencias sociales han sido eurocéntricas a lo largo de su historia institucional, es decir, desde que han existido departamentos que han enseñando ciencias sociales dentro del sistema universitario.¹ Esto no debe sorprendernos lo más mínimo. Las ciencias sociales son un producto del sistema-mundo moderno y el eurocentrismo es constitutivo de la geocultura del mundo moderno. Además, como estructura institucional, las ciencias sociales se originaron básicamente en Europa. Emplearemos aquí Europa más como una expresión cultural que cartográfica; en este sentido, cuando hablemos sobre los dos últimos siglos nos estaremos refiriendo principal y conjuntamente a Europa Occidental y Norteamérica. Al menos hasta 1945, las disciplinas de las ciencias sociales estaban de hecho abrumadoramente localizadas en tan sólo cinco países: Francia, Gran Bretaña, Alemania, Italia y los Estados Unidos. Incluso hoy en día, a pesar de que las ciencias sociales ha extendido su actividad globalmente, la gran mayoría de los científicos sociales del mundo siguen siendo europeos. Las ciencias sociales surgieron como respuesta a problemas europeos en un momento de la historia en el que Europa dominaba todo el sistema-mundo. Era prácticamente inevitable que la elección de su objeto, su teorización, su metodología y su epistemología reflejaran todas las fuerzas del crisol en el se forjó.

En el periodo posterior a 1945, sin embargo, la descolonización de Asia y Africa y el incremento de la conciencia política de la totalidad del mundo no europeo han afectado al mundo del conocimiento tanto como a la política del sistema-mundo. Uno de los cambios fundamentales que se produjeron, y que perdura hasta hoy desde al menos hace treinta años, es que el “eurocentrismo” de las ciencias sociales ha sido atacado, duramente atacado. Este ataque ha estado, por descontado, fundamentalmente justificado, y no hay ninguna duda de que, si las ciencias sociales han de progresar en el siglo XXI, están obligadas a superar su herencia eurocéntrica, que ha tergiversado sus análisis y su capacidad de abordar los problemas del mundo contemporáneo. Si, no obstante, tenemos que efectuar esta tarea, hemos de dilucidar cuidadosamente en qué consiste el eurocentrismo, ya que, como veremos, se trata de un monstruo de muchas cabezas que ha pasado por muchos avatares. No va a ser fácil matar al monstruo inmediatamente. De hecho, si no tenemos cuidado, bajo la apariencia del intento de combatirlo, podemos criticar el eurocentrismo utilizando premisas eurocéntricas y, de ese modo, reforzar su influencia en la comunidad de estudiosos.

I. LAS ACUSACIONES

Se ha afirmado que el eurocentrismo de las ciencias sociales se ha manifestado de cinco formas diferentes. No constituyen un grupo estrictamente ordenado desde un punto de vista lógico, ya que se superponen entre sí de forma poco clara. A pesar de ello, puede resultar útil revisar las alegaciones dirigidas contra cada una de estas manifestaciones. Se ha argumentado que las ciencias sociales revelan su eurocentrismo: 1) en su historiografía 2) en lo limitado de su universalismo 3) en sus presupuestos sobre la civilización (occidental) 4) en su orientalismo y 5) en sus intentos de imponer la teoría del progreso.

* «El eurocentrismo y sus avatares », *New Left Review* 0, enero-febrero de 2000, Madrid, Ediciones Akal.

¹ Este texto constituye el discurso inaugural de la *Isa East Asian Regional Colloquium*, de la *Asociación Internacional de Sociología* “El futuro de la sociología en el Este de Asia”, celebrado el 22-2 de noviembre de 1996, en Seúl, Korea, y coorganizado por la Asociación de Sociología Koreana y por la Asociación Internacional de Sociología.

1. *Historiografía*

Consiste en la explicación del dominio europeo del mundo moderno mediante los logros específicos de la historia europea. Probablemente la historiografía sea fundamental para las otras explicaciones, pero asimismo es la variante más obviamente ingenua y aquella cuya validez más fácilmente puede cuestionarse. Sin duda alguna los europeos han estado durante los dos últimos siglos en la cima del mundo. Colectivamente, han controlado los países más ricos y los militarmente más poderosos. Han disfrutado de la tecnología más avanzada y han sido los principales creadores de esta avanzada tecnología. Estos hechos parecen en gran medida incuestionables, y son de hecho difíciles de rebatir de modo verosímil. La cuestión es explicar el porqué de esta diferencia de poder y nivel de vida con el resto el mundo. Una posible respuesta es que los europeos han hecho algo meritorio y diferente de lo que han hecho los pueblos de otras partes del mundo. Esto es lo que defienden los estudiosos que hablan del “milagro europeo”.² Los europeos han impulsado la revolución industrial, han mantenido el crecimiento, han fundado la modernidad, el capitalismo, la burocratización o la libertad individual. Por descontado, tendremos que definir estos términos con más detalle y descubrir si realmente fueron los europeos los que crearon estas novedades, sea cual fuere su contenido, y si es así, cuándo exactamente.

Sin embargo, incluso si nos ponemos de acuerdo en la definición y en el momento y, por lo tanto, por decirlo así, en la realidad del fenómeno, de hecho hemos explicado muy poco. Pues también hemos de explicar por qué los europeos y no otros, crearon estos fenómenos específicos y por qué lo hicieron en un momento determinado de la historia. Buscando estas explicaciones, la tendencia de la mayoría de los estudiosos ha sido remontarse en la historia buscando presuntos antecedentes. Si los europeos hicieron “x” en el siglo XVI o XVIII, se entiende que ello ha sido así probablemente a causa de lo que sus antepasados (o sus supuestos antepasados, ya que la ascendencia es menos biológica que cultural, o pretendidamente cultural) hicieron o fueron en el siglo XI o en el V a.C. o incluso antes. Todos nosotros podemos pensar en diversas explicaciones que, una vez establecido o al menos asumido algún fenómeno ocurrido entre los siglos del XVI al XIX, nos remontan a diversos momentos pasados de los ancestros europeos en búsqueda de la variable realmente determinante.

Aquí opera una premisa que no se ha hallado realmente oculta, pero que durante mucho tiempo no se ha debatido. Esta premisa es que cualquiera que sea la novedad de la que se responsabilice a Europa durante el periodo que media ente los siglos XVI a XIX, se trata de algo bueno, algo de lo que Europa debería enorgullecerse y algo que el resto del mundo debería envidiar o al menos apreciar. Esta novedad se percibe como un logro, y los títulos de numerosos libros nos dan testimonio de este tipo de evaluación.

Creo que no hay duda de que la historiografía real de las ciencias sociales mundiales ha expresado tal percepción de la realidad en un grado muy elevado. Esta percepción puede ser cuestionada, por supuesto, aduciendo diversas razones de peso, y así se ha venido haciendo de modo cada vez más intenso en décadas recientes. Se puede cuestionar la exactitud de la descripción de lo que ocurrió tanto en Europa como en el mundo entre los siglos XVI y XIX. Se puede ciertamente cuestionar la verosimilitud de los presuntos antecedentes culturales de lo que ocurrió en este periodo. Se puede insertar la historia de los siglos XVI-XIX en una duración mayor, extendiéndola a lo largo de varios siglos o decenas de miles de años. Si se hace esto, se estará afirmando que los “logros” europeos de los siglos XVI-XIX parecen por ello menos notables o que forman parte en realidad de una variante cíclica, o incluso que pueden considerarse en menor medida logros cuyo mérito principal puede atribuirse Europa. Por último, puede aceptarse que las novedades fueron reales, pero sostener que fueron un logro más negativo que positivo.

² Véase, por ejemplo, E.L Jones, *The European Miracle: Environment, Economics and Geopolitics in the History of Europe and Asia*, Cambridge, 1981.

Esta clase de historiografía revisionista es a menudo persuasiva en su minuciosidad, y ciertamente tiende a ser acumulativa. En un momento dado, desenmascarar o deconstruir pueden llegar a ser omnipresentes, e incluso una contrateoría puede tener éxito. Esto es, por ejemplo, lo que parece estar pasando, o prácticamente ya ha ocurrido, con la historiografía de la Revolución Francesa, en la que, en cierto momento, se empezó a cuestionar la llamada interpretación social que había dominado la literatura especializada sobre la misma durante al menos siglo y medio, hasta que de alguna manera se destronó la mencionada interpretación durante los últimos treinta años. Hoy en día estamos entrando probablemente en uno de tales cambios de paradigma en la historiografía fundamental de la modernidad.

Cuando se produce un cambio de este tipo, sin embargo, deberíamos respirar hondo, volver atrás y evaluar si las hipótesis alternativas son de veras más plausibles y, por encima de todo, si en realidad rompen con las premisas esenciales de las anteriores hipótesis dominantes. Esta es la pregunta que quiero plantear en relación con la historiografía de los presuntos logros europeos en el mundo moderno. Esta siendo atacada ¿Qué propuestas alternativas a la misma existen? ¿Y hasta qué punto son diferentes? No obstante, antes de abordar esta amplia cuestión, debemos revisar las otras críticas al eurocentrismo.

2. *Universalismo*

El universalismo es el punto de vista que sostiene que existen verdades científicas válidas en todo tiempo y lugar. El pensamiento europeo de estos últimos siglos ha sido en su casi totalidad marcadamente universalista. Se trataba de la era del triunfo cultural de la ciencia como actividad cognoscitiva. La ciencia desplazó a la filosofía como la forma más prestigiosa de conocimiento y arbitro del discurso social. La ciencia a la que nos referimos es la ciencia de Newton y Descartes. Sus premisas eran que el mundo estaba gobernado por leyes deterministas que adoptaban la forma de procesos de equilibrio lineal y que, postulando estas leyes como ecuaciones reversibles universales, tan sólo necesitábamos conocer además un conjunto dado de condiciones iniciales, para que nos fuera posible predecir el estado del sistema en cualquier momento futuro o pasado.

Lo que esto significaba para el conocimiento social parecía evidente. Los científicos sociales tendrían la posibilidad de descubrir los procesos universales que explican el comportamiento humano y cualquier hipótesis que pudiesen verificar se entendía que era válida en cualquier tiempo y lugar o debía enunciarse en términos tales que fuera cierta en cualquier tiempo y lugar. La persona del estudioso era irrelevante, ya que los estudiosos actuaban como analistas cuyos valores eran neutros. Y la ubicación de la evidencia empírica podía básicamente ignorarse con tal de que los datos fueran manejados de modo correcto, ya que se pensaba que los procesos eran constantes. Las conclusiones no eran muy diferentes en el caso de aquellos estudiosos que preferían un acercamiento más histórico e ideográfico, en tanto que se asumiera la existencia de un modelo subyacente de desarrollo histórico. Todas las teorías de las etapas (ya procedan de Comte, de Spencer o de Marx, por citar sólo algunos nombres de una larga lista) fueron principalmente teorizaciones de lo que se ha dado en llamar la interpretación *whig* de la historia, es decir, la presunción de que el presente es el mejor de los tiempos y de que el pasado llevaba inevitablemente al presente. E incluso los escritos históricos de marcada tendencia empirista, independientemente de cuánto proclamen su rechazo a teorizar, tendían de todas formas a reflejar inconscientemente una teoría de las etapas subyacente.

Ya sea en la forma ahistórica de un tiempo reversible de acuerdo con el modelo de los científicos sociales nomotéticos o ya sea en la forma diacrónica de la teoría de las etapas de los historiadores, las ciencias sociales europeas han sido resueltamente universalistas al afirmar que sea lo que fuere lo que ocurrió en Europa entre los siglos XVI y XIX, ello representó un modelo que era aplicable en todas partes, ya fuera porque suponía un logro progresivo irreversible de la humanidad o porque representara la satisfacción de las necesidades humanas básicas mediante la eliminación de los obstáculos que se oponían a su realización. Lo que podía observarse

entonces en Europa no era sólo bueno, sino el rostro del futuro que se desplegaría en todas partes.

Las teorías universalistas siempre han sido atacadas aduciendo que una situación particular en un momento y lugar particulares no parecía encajar en el modelo. Algunos estudiosos han argumentado también que las generalizaciones universalistas eran intrínsecamente imposibles. Sin embargo, en los últimos treinta años se ha lanzado un tercer ataque contra las teorías universalistas de las ciencias sociales modernas. Se ha sostenido la posibilidad de que estas teorías que se pretenden universales en realidad no lo sean, sino que sean una presentación del modelo histórico occidental tomado como universal. Joseph Needham señaló, ya hace algún tiempo, como “el error fundamental del eurocentrismo... el postulado tácito de que la ciencia y la tecnología modernas, que en realidad tienen sus raíces en la Europa del Renacimiento, son universales y que de eso se deduzca que todo lo que es europeo es universal”³.

Así, las ciencias sociales han sido acusadas de ser eurocéntricas en la medida en que eran particularistas. Y, más que eurocéntrica, se afirmaba que eran provincianas. Esta acusación golpeaba justo donde más dolía, ya que las ciencias sociales modernas se enorgullecían especialmente de haber superado cualquier provincianismo. En tanto que esta acusación parecía razonable, era mucho más convincente que afirmar nuevamente que las proposiciones universales todavía no habían sido formuladas de tal manera que pudieran explicar todos los casos.

3. *Civilización*

El término civilización se refiere a un grupo de características sociales que contrastan con el primitivismo o la barbarie. La Europa moderna se consideraba a sí misma algo más que una “civilización” entre varias; se consideraba la única “civilizada” o aquella especialmente “civilizada”. Lo que caracterizaba este estado de civilización no es algo sobre lo que haya habido un consenso manifiesto ni siquiera entre los propios europeos. Para algunos la civilización se hallaba englobada en la “modernidad”, esto es, en los avances de la tecnología y en el incremento de la productividad así como en la creencia cultural en la existencia del desarrollo histórico y del progreso. Para otros, civilización significaba un incremento en la autonomía del “individuo” frente a los demás actores sociales: la familia, la comunidad, el Estado, las instituciones religiosas. Para otros, civilización significaba un comportamiento no brutal en la vida cotidiana, modales sociales en el más amplio sentido de la palabra. Y finalmente para otros, civilización significaba reducir la esfera de la violencia legítima y ampliar la definición de crueldad. Y, por supuesto, para muchos, civilización incluía la combinación de algunos o de la totalidad de los mencionados rasgos.

Cuando los colonizadores franceses del siglo XIX hablaban de *la mission civilisatrice*, se referían a que, mediante la conquista colonial, Francia o, en general, Europa, impondrían a la población no europea los valores y las normas que estaban incluidos en estas definiciones de civilización. Cuando, durante la década de 1990, distintos grupos de países occidentales han hablado del “derecho a interferir” en situaciones políticas existentes en diversas partes del mundo, aunque casi siempre en zonas no occidentales, lo han hecho en nombre de tales valores de la civilización, que les conferían tal derecho.

Este conjunto de valores, con independencia de como prefiramos designarlos -valores civilizados, valores secular-humanistas, valores modernos-, impregna las ciencias sociales, como era de esperar, ya que las ciencias sociales son producto del mismo sistema histórico que los ha elevado a lo más alto de la jerarquía. Los científicos sociales han incorporado estos

³ Citado en Anouar Abdel-Malek, *La dialectique sociale*, París, 1972; traducido como *Social Dialectics* vol I, *Civilisations and Social Theory*, Londres, 1981 [ed. cast.: *La dialéctica social*, Madrid, Siglo XXI, 1974].

valores en sus definiciones de los problemas -los problemas sociales, los problemas intelectuales-, que consideran dignos de ser estudiados. Han incorporado estos valores a los conceptos que han inventado y con los que analizan estos problemas, así como a los indicadores que utilizan para medir los conceptos. En su mayoría, estos científicos sociales han insistido, sin duda, en que lo que pretendían era estar libres de valores, en tanto que han proclamado que sus preferencias sociopolíticas no les hacían tergiversar o malinterpretar los datos intencionadamente. Pero estar libre de valores en este sentido no significa en absoluto que los valores, en el sentido de decisiones sobre la importancia histórica de los fenómenos observados, estén ausentes. Este, por supuesto, es el argumento central de Heinrich Rickert acerca de la especificidad lógica de lo que él denomina “ciencias culturales”⁴. Son incapaces de ignorar “valores” en el sentido de evaluar su importancia social.

Obviamente, las premisas occidentales y sociocientíficas sobre la “civilización no eran completamente insensibles al concepto de la multiplicidad de “civilizaciones”. Cada vez que se planteaba la cuestión del origen de los valores civilizados, es decir, cómo es que éstos habían aparecido originalmente, al menos eso se argumentaba, en el moderno mundo occidental, la respuesta casi inevitablemente era que esos valores eran producto de tendencias únicas e inmemoriales inscritas en el pasado del mundo occidental, alternativamente descrito como la herencia de la Antigüedad y/o de la Edad Media cristiana, la herencia del mundo hebreo, o la herencia combinada de ambos, esta última también rebautizada y recalificada, en ocasiones, como la herencia judeo-cristiana.

Se pueden plantear y se han planteado muchas objeciones a este conjunto de sucesivas premisas. Se ha cuestionado si el mundo moderno o el mundo europeo moderno es civilizado, de acuerdo con el propio sentido con el que la palabra se usa en el discurso europeo. Recuérdese el celebre sarcasmo de Mahatma Ghandi, quien, ante la pregunta: “Sr. Ghandi, ¿qué piensa de la civilización occidental?”, respondió: “Sería una buena idea”. Además, se ha discutido la afirmación de que los valores de la antigua Grecia y de la Roma antigua o del antiguo Israel fueran más propicios para servir de base para estos denominados valores modernos, que los valores de otras civilizaciones antiguas. Y por último, que la Europa moderna pueda señalar de una forma verosímil a Grecia o Roma, por un lado, o al antiguo Israel, por el otro, como su primer zócalo de civilización no es en absoluto obvio. De hecho, se ha prolongado durante mucho tiempo el debate entre aquellos que han contemplado Grecia o Israel como orígenes culturales alternativos. En este debate, cada bando ha negado la plausibilidad de la alternativa del otro. El debate mismo arroja dudas sobre la plausibilidad de tal derivación.

En cualquier caso ¿quién discutiría que Japón pueda señalar a las antiguas civilizaciones del Índico como sus precursoras, basándose en que fueron el lugar de origen del Budismo, que se ha convertido en un componente central de la historia cultural de Japón? ¿Están los actuales Estados Unidos más cerca culturalmente de la antigua Grecia, de Roma o de Israel que Japón de la civilización del Índico?. Se podría aducir, después de todo, que la Cristiandad, lejos de representar una continuidad, marcó una ruptura decisiva con la antigua Grecia, con Roma y con Israel. En realidad, los cristianos, hasta el Renacimiento, utilizaron precisamente este mismo argumento. Y ¿no es la ruptura con la Antigüedad aún hoy en día parte de la doctrina de las iglesias cristianas?

Sin embargo, actualmente, la esfera en la que la discusión sobre los valores ha alcanzado más intensidad ha sido la esfera política. El primer ministro de Malasia, Mahathir, ha sido muy específico al argumentar que los países asiáticos pueden y deben “modernizarse” sin aceptar todos o algunos de los valores de la civilización europea. Y sus puntos de vista han encontrado amplio eco en otros líderes políticos asiáticos. El debate sobre los “valores” también ha adquirido una importancia decisiva en los propios países europeos y especialmente en los Estados

⁴ Heinrich Rickert, *Die Grenzen der naturwissenschaftlichen Begriffsbildung*, Tübingen, 1913; traducido como *The Limits of Concept Formation in the Physical Sciences*, Cambridge, 1986.

Unidos, bajo la forma del debate sobre el “multiculturalismo”. Esta versión del debate actual ha tenido de hecho un gran impacto en las ciencias sociales institucionalizadas, con el florecimiento de estructuras dentro de la universidad que agrupan a los estudiosos que niegan la premisa de la singularidad de algo denominado “civilización”.

4. *Orientalismo*

El orientalismo se refiere a una declaración estilizada y abstracta de las características de las civilizaciones no-occidentales. Es el anverso del concepto “civilización” y se ha convertido en tema fundamental en la discusión pública a partir de los escritos de Anouar Abdel-Malek y Edward Said.⁵ El orientalismo era hasta hace no mucho un signo de distinción.⁶ Es un modo de conocimiento que tiene sus raíces en la Edad Media europea, cuando algunos monjes intelectuales cristianos se asignaron a sí mismos la tarea de comprender mejor las religiones no cristianas, aprendiendo sus lenguas y leyendo cuidadosamente sus textos religiosos. Por supuesto, partieron de la premisa de la verdad de la fe cristiana y del deseo de convertir a los paganos, pero de todas formas se tomaron los textos en serio, como expresiones, aunque pervertidas, de la cultura humana.

Cuando el orientalismo se secularizó en el siglo XIX, la actividad se llevaba a cabo de una forma que no era muy diferente. Los orientalistas continuaban aprendiendo las lenguas y descifrando los textos. Durante el proceso, continuaban basándose en una visión binaria del mundo social. En lugar de la distinción cristiano/pagano, colocaron la distinción occidental/oriental, o la de moderno/no moderno. En las ciencias sociales emergió una larga cadena de conocidas polaridades: sociedades militares e industriales, *Gemeinschaft* y *Gesellschaft*, solidaridad mecánica y orgánica, legitimación tradicional y racional-legal, estática y dinámica. Aunque frecuentemente estas polaridades no se relacionaban directamente con la literatura sobre el orientalismo, no deberíamos olvidar que una de las primeras polaridades fue la de estatus y contrato de Maine, que se basaba explícitamente en una comparación de los sistemas legales hindú e inglés.

Los orientalistas se veían a sí mismos como personas que expresaban su benevolente aprecio por una civilización no occidental dedicando diligentemente sus vidas al estudio erudito de los textos para comprender (*verstehen*) la cultura. La cultura que comprendían de esta manera era, claro está, un constructo fabricado por alguien que provenía de una cultura distinta. La validez de estos constructos se ha puesto en tela de juicio a tres diferentes niveles: se ha dicho que los conceptos no coinciden con la realidad empírica; que abstraen demasiado y, por lo tanto, eliminan la variedad empírica; y que son extrapolaciones de los prejuicios europeos.

El ataque contra el orientalismo fue, de todas formas, algo más que un ataque contra las carencias de esa disciplina académica. También fue una crítica de las consecuencias políticas de estos conceptos de las ciencias sociales. Se dijo que el orientalismo legitimaba la posición de Europa como potencia dominante, y que de hecho desempeñaba un papel esencial en el caparazón ideológico del papel imperial de Europa dentro del marco del sistema-mundo moderno. El ataque al orientalismo ha estado unido al ataque contra la reificación y ha sido aliado de los múltiples intentos por deconstruir las narrativas de las ciencias sociales. De hecho, se han discutido algunos intentos no occidentales de crear un contradiscurso de “occidentalismo” y se ha sostenido, por ejemplo, que “todos los discursos elitistas del antitradicionalismo en la China moderna, desde el Movimiento del 4 de mayo hasta las

⁵ Abdel-Malek, *La dialectique sociale*; Edward Said, *Orientalism*, New York, 1978 [ed. cast: *Orientalismo*, Barcelona, Anagrama, 1996].

⁶ Véase Wilfred Cantwell Smith, “The place of Oriental Studies in a University”, *Diogenes* 16, 1956, pp. 106-111

manifestaciones de los estudiantes en 1989 en la plaza de Tiannamen, han estado ampliamente orientalizados,⁷ lo cual ha servido para sostener el orientalismo, en lugar de socavarlo.

5. Progreso

El progreso, su realidad, su inevitabilidad, fue un tema fundamental de la Ilustración europea. Hay quien lo remite a toda la filosofía occidental.⁸ En cualquier caso, se convirtió en el punto de vista consensuado de la Europa del siglo XIX, y siguió siéndolo durante gran parte del siglo XX. Las ciencias sociales, tal y como fueron creadas, estuvieron profundamente marcadas por la teoría del progreso.

El progreso se convirtió en la explicación subyacente de la historia del mundo, y en el fundamento racional de casi todas las teorías de las etapas. Incluso se convirtió en el motor de todas las ciencias sociales aplicadas. Se nos decía que debíamos estudiar ciencias sociales para entender mejor el mundo social, ya que así podríamos impulsar el progreso de una forma más sabia y acelerar su ritmo de un modo más seguro en cualquier parte o, al menos, ayudar a eliminar los obstáculos que se interponen en su camino. Las metáforas de la evolución o del desarrollo no eran meros intentos de describir; eran también incentivos para prescribir. Las ciencias sociales se convirtieron en el consejero, a veces incluso en la criada, de los responsables políticos, desde el panopticon de Bentham, pasando por la *Verein für Sozialpolitik*, hasta el *Beveridge Report* y otras innumerables comisiones gubernamentales, de las series sobre el racismo de la Unesco tras la II Guerra Mundial, hasta a las sucesivas investigaciones de James Coleman sobre el sistema educativo estadounidense. Tras la II Guerra Mundial, “el desarrollo de los países subdesarrollados” constituyó una rúbrica que justificaba el compromiso de los científicos sociales de cualquier opción política con la reorganización social y política del mundo no occidental.

El progreso no sólo se asumió o analizó, también se impuso. Esto quizás no difiere demasiado de las actitudes que estudiamos bajo el epígrafe de “civilización”. Lo que ha de subrayarse es que, en el momento en que la categoría de “civilización” empezó a ser una categoría que había perdido su inocencia y atraído sospechas, básicamente a partir de 1945, el “progreso” sobrevivió como categoría y fue más que adecuada para sustituir a la de “civilización”, ya que olía algo mejor. La idea del progreso parecía servir como el último reducto del eurocentrismo, como posición de retirada defensiva.

La idea de progreso ha tenido siempre, por supuesto, sus críticos conservadores, aunque se puede decir que la fuerza de su resistencia decreció drásticamente durante el periodo 1850-1950. Sin embargo, al menos desde 1968, han surgido muchos críticos de la idea de progreso: entre los conservadores con renovadas fuerzas, y entre la izquierda con una fe recién descubierta. Existen, no obstante, muchas maneras distintas de atacar la idea de progreso. Se puede sugerir que lo que se ha llamado progreso es un falso progreso, pero que existe un progreso real, aduciendo que la versión europea era un engaño o un intento de engañar. O puede sugerirse que no existe esa cosa llamada progreso, debido al “pecado original” o al ciclo eterno de la humanidad. O se puede sugerir que Europa ha conocido realmente el progreso, pero que ahora está intentado alejar al resto del mundo de los frutos del mismo, como han sostenido algunos críticos no occidentales del movimiento ecologista.

Lo que sí es evidente para muchos es que la idea de progreso se ha identificado como una idea europea, hecho por el que ha sido atacada por su eurocentrismo. Este ataque ha sido, sin

⁷ Xianomei Chen, “Occidentalism as Counterdiscourse: “HeShang” in Post Mao China”, *Critical Inquiry*, vol. 18, nº 4, Verano de 1992, pág. 687.

⁸ J. B. Bury, *The Idea of Progress*, Londres, 1920; Robert A. Nisbet, *History of the Idea of Progress*, Nueva York, 1980.

embargo, muy contradictorio, dados los esfuerzos realizados por otros no occidentales por apropiarse del progreso, expulsando a Europa de la escena, pero no al progreso.

II. LAS REIVINDICACIONES DEL ANTIEUROCENTRISMO

Las múltiples formas de eurocentrismo y de crítica al eurocentrismo no presentan necesariamente un cuadro coherente. Intentaremos evaluar el debate fundamental. Como hemos observado, las ciencias sociales institucionalizadas empezaron su actividad en Europa. Se las ha acusado de dibujar una descripción falsa de la realidad social malinterpretando, exagerando en gran medida y/o distorsionando el papel histórico de Europa, particularmente su papel histórico en el mundo moderno.

Los críticos plantean generalmente tres reivindicaciones diferentes, en cierto sentido contradictorias. La primera es que con independencia de lo que hizo Europa, otras civilizaciones lo estaban haciendo, hasta que Europa empleó su poder geopolítico para interrumpir este proceso en otras partes del mundo. La segunda es que lo que Europa hizo no es sino la continuación de lo que otros ya estaban haciendo durante mucho tiempo, incorporándose los europeos en un momento determinado al primer plano. La tercera es que lo que Europa hizo se ha analizado incorrectamente y ha sido objeto de extrapolaciones inapropiadas, que a su vez han tenido consecuencias peligrosas tanto para la ciencia como para el mundo político. Los dos primeros argumentos, ampliamente representados, me parece que adolecen de lo que yo llamaría “eurocentrismo antieurocéntrico”. El tercero me parece indudablemente correcto y se merece que le prestemos toda nuestra atención ¿Qué clase de extraño animal es ese “eurocentrismo antieurocéntrico”? Estudiemos cada uno de estos argumentos sucesivamente.

El primero que llega a la meta

A lo largo del siglo XX, hay quien ha sostenido que en el marco de, por ejemplo, la “civilización” china, india o árabe-musulmán, existían tanto los fundamentos culturales, como la pauta sociohistórica de desarrollo, que hubieran llevado a la emergencia del capitalismo moderno con todas sus características, o que, en realidad, tales civilizaciones se hallaban inmersas en el proceso que las conducía en esa dirección. En el caso de Japón, el argumento cobra más fuerza incluso, afirmándose que el capitalismo moderno se desarrolló allí, independientemente, pero coincidiendo en el tiempo con su desarrollo en Europa. El núcleo de la mayoría de estos argumentos está constituido por la teoría de las etapas del desarrollo, frecuentemente en su versión marxista, de la cual se deduce lógicamente que diferentes partes del mundo seguían caminos paralelos hacia la modernidad o el capitalismo. Este tipo de argumento suponía tanto la especificidad y la autonomía social de las distintas regiones civilizadas del mundo, por un lado, y su común subordinación a un modelo omnicompresivo por otra.

Dado que todas las discusiones de este tipo se refieren específicamente a una determinada zona cultural y a su desarrollo histórico, sería un ejercicio imponente discutir la verosimilitud histórica de cada caso, y no pretendo hacerlo aquí. Lo que quiero destacar es que existe una limitación lógica a esta línea de argumentación, con independencia de la región de la que hablemos, y una consecuencia intelectual general. La limitación lógica es bastante obvia. Incluso si fuera cierto que algunas otras partes del mundo hubieran estado avanzando por el camino de la modernidad/capitalismo o quizás hubieran avanzando tremendamente en el mismo, esta argumentación nos deja todavía con el problema de explicar el hecho de que fuera Occidente, o Europa, quien alcanzó primero el objetivo y por lo tanto, quien pudo “conquistar el mundo”. En este punto volvemos a la pregunta tal y como la planteamos originalmente ¿por qué la modernidad/el capitalismo en Occidente?

Por supuesto, en la actualidad hay quien niega que Europa conquistara el mundo en el sentido estricto de la palabra, aduciendo que siempre ha habido resistencia; a mi juicio, creo que esto

fuerza nuestra lectura de la realidad. Hubo, después de todo, una conquista colonial real que cubrió una gran porción del globo. Existen, después de todo, auténticos indicadores militares de la fuerza europea. Sin duda siempre existieron diversas formas de resistencia, activas y pasivas, pero si esta resistencia hubiera sido verdaderamente tan formidable, no tendríamos en la actualidad nada que discutir al respecto. Si insistimos demasiado en el tema de una agencia no europea acabaremos lavando todos los pecados europeos o, al menos, la mayoría. No me parece que sea esta la intención de los críticos.

En cualquier caso, independientemente de lo transitoria que consideremos la dominación europea, aún tenemos que explicarla. La mayoría de los críticos que siguen esta línea de argumentación tiene más interés en explicar cómo es que Europa interrumpió un proceso indígena en la parte del mundo objeto de su consideración, que en explicar cómo Europa fue capaz de hacerlo. Aún más, intentando disminuir los méritos de Europa por este hecho, por este presunto “logro”, refuerzan la idea de que fue un logro. La teoría convierte a Europa en un “héroe villano”: villano, sin duda, pero también sin duda héroe en el sentido más dramático del término, pues fue Europa la que hizo el esfuerzo final en la carrera y cruzó la línea de llegada en primer lugar. Y, aún peor, existe la implicación, no demasiado lejos de la superficie, de que, si hubieran tenido la oportunidad los chinos, los indios o los árabes no sólo podrían haber hecho lo mismo, sino que lo habrían hecho; es decir, habrían fundado la modernidad/capitalismo, conquistado el mundo, explotado recursos y personas y adoptado también el papel de héroe villano.

Esta visión de la historia moderna parece ser muy eurocéntrica en su antieurocentrismo, ya que acepta la importancia, esto es, el valor, de los “logros” europeos precisamente en los mismos términos con que Europa los ha definido, y afirma tan sólo que otros podrían haberlo hecho también, o que también estaban haciéndolo. Probablemente por alguna razón accidental, Europa logró una ventaja temporal e interfirió en su desarrollo por la fuerza. La afirmación de que otros también podrían haber sido europeos me parece una forma muy débil de oponerse al eurocentrismo que, en realidad, refuerza las peores consecuencias del pensamiento eurocéntrico sobre el conocimiento social.

Capitalismo eterno

La segunda línea de oposición a los análisis eurocéntricos es aquella que niega que hubiera algo realmente nuevo en lo que Europa hizo. Este argumento empieza por destacar que en la baja Edad Media, e incluso desde mucho tiempo antes, Europa occidental era un área marginal y periférica del continente eurasiático, cuyo papel histórico y logros culturales estaban por debajo de los de otras partes del mundo, como Arabia o China. Esto es indudablemente cierto, al menos en un primer nivel de generalización. Después, se da un rápido salto para situar a la Europa moderna dentro de la construcción de un ecumene o estructura-mundo que se ha estado creando durante varios miles de años.⁹ Esto no es inverosímil, pero en mi opinión la significación sistémica de este ecumene aún tiene que ser dilucidada. Es ahora cuando llegamos al tercer elemento de la secuencia. De la inicial marginalidad de Europa occidental y de la construcción milenaria del ecumene-mundo eurasiático, se desprende que sea lo que pasara en Europa occidental, no era nada especial, sino tan sólo una variante más en la construcción histórica de un sistema singular.

Este último argumento me parece conceptual e históricamente totalmente erróneo. No es mi intención, sin embargo, volver sobre él.¹⁰ Tan sólo deseo subrayar las formas en que este argumento es otra forma de eurocentrismo antieurocéntrico. Lógicamente, implica suponer que

⁹ Véanse varios autores en Stephen K. Sanderson, *Civilisations and World Systems: Studying World-Historical Change*, Walnut Creek, CA, 1995.

¹⁰ Immanuel Wallerstein, “The West, Capitalism and the Modern World-System” *Review*, vol XV, n° 4, otoño de 1992, pp. 561-619.

el capitalismo no es nada nuevo, y, de hecho, algunos de los que defienden la continuidad del desarrollo del ecumene eurasiático han adoptado explícitamente esta posición. A diferencia de la posición de aquellos que sostenían que alguna otra civilización se dirigía también hacia el capitalismo cuando Europa interfirió en este proceso, el argumento que se aduce aquí es que todos nosotros estábamos realizando esta tarea conjuntamente, y que en realidad no ha habido un desarrollo hacia el capitalismo en los tiempos modernos, porque el mundo en su conjunto, o por lo menos todo el ecumene eurasiático, había sido capitalista en algún sentido durante varios miles de años.

Permítaseme indicar, en primer lugar, que esta es la posición clásica de los economistas liberales. No difiere mucho en realidad de Adam Smith cuando sostiene que existe una “propensión” (en la naturaleza humana) a trocar, permutar e intercambiar una cosa por otra”.¹¹ Elimina diferencias esenciales entre sistemas históricos distintos. Si los chinos, los egipcios y los europeos occidentales han estado haciendo lo mismo históricamente, ¿en qué sentido son civilizaciones diferentes o sistemas históricos distintos?¹² Quitándole méritos a Europa ¿a quién concedérselos sino a la toda la humanidad?

Sin embargo, y es lo peor de todo, al apropiarnos de lo que la moderna Europa hizo y anotararlo en el balance del ecumene eurasiático estamos aceptando el argumento ideológico esencial del eurocentrismo: que la modernidad, o el capitalismo, es milagroso y maravilloso, tan sólo añadiendo que todo el mundo siempre lo ha estado practicando siempre de una u otra manera. Al negar el mérito de Europa, negamos su culpa. ¿Por qué es tan terrible la “conquista del mundo” por parte de Europa, si no se trata de nada más que el último tramo del proceso inexorable del ecumene? Lejos de ser un argumento crítico con Europa, implica aplaudir el que Europa, habiendo sido una parte “marginal” del ecumene, aprendiera finalmente la sabiduría de los otros, más antiguos, y la aplicara con éxito.

Y de ello se desprende inevitablemente el siguiente argumento no explicitado. Si el ecumene eurasiático ha seguido un hilo conductor durante miles de años y el sistema-mundo capitalista no es nada nuevo, entonces, ¿qué posible razón existe para afirmar que este hilo no continuará para siempre o, al menos, durante un larguísimo e indefinido periodo de tiempo? Si el capitalismo no empezó en el siglo XVI, o en el XVIII, no es probable que acabe en el siglo XXI. Personalmente, no lo creo, y he tratado el asunto en varios escritos recientes.¹³ Mi argumento principal es que esta línea de razonamiento no es en absoluto antieurocéntrica, ya que acepta el conjunto básico de valores propuesto por Europa en su periodo de dominación del mundo y, por consiguiente, niega y/o infravalora los sistemas de valores rivales que estaban o están vigentes en otras partes el mundo.

El análisis del desarrollo europeo

Creo que tenemos que encontrar bases más sólidas para ir contra el eurocentrismo en las ciencias sociales así como caminos más sólidos para perseguir este objetivo. La tercera forma de crítica -que todo lo que Europa ha hecho se ha analizado de forma incorrecta y ha sido objeto de extrapolaciones inapropiadas, que han tenido consecuencias peligrosas tanto para la ciencia como para el mundo político- en realidad es cierta. Creo que hemos de empezar por cuestionarnos la presunción de que lo que Europa hizo fue positivo. Creo que hemos de establecer un cuidadoso balance de situación de lo que ha conseguido la civilización capitalista durante su vida histórica, y valorar si los beneficios son mayores que los perjuicios. Esto es algo

¹¹ Adam Smith, *The Wealth of the Nations* [1776], Nueva York, 1939, p. 13.

¹² Para un punto de vista opuesto véase Samir Amin, “The Ancient World-Systems Versus the Modern Capitalis World-System”, *Review* XIV, 3, verano de 1991, pp. 349-385.

¹³ Immanuel Wallerstein, *After Liberalism*, Nueva York, 1995; Terence K. Hopkins e Immanuel Wallerstein, coord., *The Age of Transition: Trajectory of the World-System, 1945-2025*, Londres, 1996.

que ya intenté en una ocasión, y que animo a otros a hacer.¹⁴ Mi propio balance es totalmente negativo y, por lo tanto, no considero al capitalismo como una prueba del progreso humano. Por el contrario, lo considero consecuencia de una ruptura de las barreras históricas contra esta particular versión de un sistema explotador. Considero que el hecho de que China, la India, el mundo árabe y otras regiones no se hayan dirigido directamente hacia el capitalismo es una prueba de que estaban, y eso es mérito histórico suyo, mejor inmunizadas contra la toxina. Transformar su mérito en algo que deben justificar, supone para mí la quintaesencia del eurocentrismo.

Permítaseme explicarme mejor. Creo que en los sistemas históricos (“civilizaciones”) más importantes ha existido siempre un cierto nivel de mercantilización y, por tanto, de comercialización. En consecuencia, siempre ha habido personas que buscaban beneficios en el mercado. Pero existe una diferencia abismal entre un sistema histórico en el que existen algunos empresarios o mercaderes o “capitalistas”, y otro en el que dominan el *ethos* y la práctica capitalista. Antes del sistema-mundo moderno lo que ocurría en cada uno de estos otros sistemas históricos es que en el momento en que un estrato capitalista se hacía demasiado rico o tenía demasiado éxito o adquiría demasiada influencia sobre las instituciones existentes, otros grupos institucionales, culturales, religiosos, militares, o políticos lo atacaban, utilizando tanto su importante cuota de poder como sus sistemas de valores para afirmar la necesidad de contener y refrenar al estrato orientado hacia el beneficio. El resultado es que estos estratos vieron malogrados sus intentos de imponer sus prácticas en el sistema histórico como una prioridad. En ocasiones, se les arrebató cruel y brutalmente el capital acumulado y, en cualquier caso, se les obligó a obedecer a los valores y las prácticas que les mantenían a raya. A esto es a lo que me refiero cuando hablo de las antitoxinas que contuvieron el virus.

Lo que ocurrió en el mundo occidental fue que por una serie específica de razones momentáneas, o coyunturales, o accidentales, las antitoxinas fueron más difíciles de encontrar y menos eficaces, y el virus se extendió con rapidez mostrándose invulnerable a posteriores intentos de revertir sus efectos. La economía-mundo europea del siglo XVI se convirtió irremediabilmente en capitalista. Y una vez que el capitalismo se consolidó en este sistema histórico, una vez que este sistema se rigió por la prioridad de la incesante acumulación de capital, adquirió tal fuerza contra otros sistemas históricos, que ello le permitió expandirse geográficamente hasta absorber físicamente todo el globo, convirtiéndose en el primer sistema histórico que lograba este tipo de expansión total. El hecho de que el capitalismo lograra esta clase de ruptura en el ámbito europeo y de que después se expandiera hasta cubrir el globo no significa, sin embargo, que esto fuera inevitable, deseable o que en cualquier sentido supusiese un progreso. En mi opinión no fue nada de esto. Y un punto de vista antieurocéntrico debe empezar por afirmarlo.

Preferiría, por consiguiente, reconsiderar lo que no es universalista en las doctrinas universalistas que han surgido a partir de ese sistema histórico que es capitalista, nuestro moderno sistema-mundo. El sistema-mundo moderno ha desarrollado estructuras de conocimiento significativamente distintas de las anteriores estructuras de conocimiento. Se dice a menudo que lo que es diferente es el desarrollo del pensamiento científico. Parece evidente, sin embargo, que esto no es cierto, independientemente de lo espléndidos que sean los modernos avances científicos. El pensamiento científico antecede ampliamente al mundo moderno y está presente en la totalidad de las principales zonas civilizacionales. Todo esto ha sido magistralmente demostrado para el caso de China, por el conjunto de la obra de Joseph Needham.¹⁵

¹⁴ Véase Immanuel Wallerstein, “Capitalist Civilisation”, Wei Lun Lecture Series II, *Chinese University Bulletin* 23, reproducido en *Historical Capitalism, with Capitalist Civilisation*, Londres, Verso, 1995.

¹⁵ Joseph Needham, *Science and Civilisation in China*, Cambridge, 1954 y otras obras posteriores del mismo autor.

Lo que sí es específico de las estructuras del sistema-mundo moderno, por el contrario, es el concepto de las “dos culturas”. Ningún otro sistema histórico ha instituido un divorcio fundamental entre la ciencia, por un lado, y la filosofía y las humanidades, por el otro; lo cual creo que se caracterizaría mejor describiéndolo como la separación entre la búsqueda de la verdad y la búsqueda de lo bueno y de lo bello. En realidad, no fue tan sencillo incluir este divorcio en la geocultura del moderno sistema-mundo. Se necesitaron tres siglos antes de que la escisión se institucionalizara. En nuestros días, sin embargo, constituye un rasgo fundamental de geocultura actual y forma la base de nuestros sistemas universitarios.

Esta escisión conceptual ha permitido que el mundo moderno concibiese ese extraño concepto del especialista no afectado por sus valores, cuyas valoraciones objetivas de la realidad podrían conformar la base no sólo de las decisiones técnico-organizativas, en el más amplio sentido del término, sino también de las decisiones sociopolíticas. Al proteger a los científicos de la valoración colectiva, y, en realidad, al fundirlos con los tecnócratas, se liberó a los científicos de la mano muerta de una autoridad intelectualmente irrelevante. Pero, simultáneamente, ello evitó que las mayores y más fundamentales decisiones sociales que hemos tomado durante los últimos 500 años fueran objeto de un debate científico sustantivo, es decir, no técnico. La idea de que la ciencia está en un lado y las decisiones políticas en otro es el concepto central que sostiene al eurocentrismo, ya que las únicas proposiciones universalistas que han sido aceptables son aquellas que son eurocéntricas. Cualquier argumento que refuerce esta separación de las dos culturas sostiene, por tanto, el eurocentrismo. Si se niega la especificidad del mundo moderno, no hay ninguna forma plausible de debatir la reconstrucción de las estructuras del conocimiento y, por lo tanto, ninguna forma plausible de alcanzar alternativas inteligentes y substancialmente racionales al sistema-mundo existente.

Durante los últimos veinte años, la legitimidad de este divorcio ha sido puesta en duda por vez primera de una forma significativa. Este, por ejemplo, es el sentido del movimiento ecologista. Y este es el tema central que subyace en el ataque público contra el eurocentrismo. Los desaffos han producido las llamadas “guerras de ciencias” y “guerras de culturas”, que muy a menudo han sido obscurantistas y ofuscantes. Si debemos dotarnos de una estructura de conocimiento reunificada y, por lo tanto, no eurocéntrica, es absolutamente esencial que no nos desviemos por caminos secundarios, que evitan este problema central. Si tenemos que construir un sistema-mundo alternativo al actual que se halla inmerso en una fuerte crisis, debemos tratar simultánea e inextricablemente los problemas de lo que es verdad y lo que es bueno.

Y si queremos lograrlo, hemos de reconocer que Europa hizo algo especial entre los siglos XVI y XVIII que transformó el mundo, pero en una dirección cuyas consecuencias negativas estamos sufriendo ahora. No debemos acometer el intento de privar a Europa de su especificidad aduciendo la falsa premisa de que estamos así privándola de un mérito ilegítimo. Todo lo contrario. Debemos reconocer abiertamente la particularidad de la reconstrucción del mundo por Europa, pues sólo entonces será posible superarla y alcanzar una visión más inclusivamente universalista de las posibilidades humanas, que no evite ninguno de los intrincados y complejos problemas que supone buscar simultáneamente lo que es verdad y lo que es bueno.

Acuñé el término «movimiento antisistémico» durante la década de 1970 con el fin de disponer de una formulación que agrupara los dos tipos específicos de movimiento popular existentes analítica e históricamente, los cuales además habían rivalizado entre sí de innumerables formas: los reconocidos bajo las denominaciones de movimiento «social» y de movimiento «nacional». Los movimientos sociales fueron concebidos primordialmente como partidos socialistas y sindicatos; intentaban intensificar la lucha de clases en el interior de cada uno de los Estados contra la burguesía o los patronos. Los movimientos nacionales eran aquellos que combatían por la creación de un Estado nacional, bien combinando unidades políticas separadas que se consideraba que formaban parte de una nación –como aconteció, por ejemplo, Italia–, o bien logrando la secesión de Estados considerados imperiales y opresivos por la nacionalidad en cuestión, como sucedió, por ejemplo, con las colonias de África o Asia.

Ambos tipos de movimiento emergieron como estructuras burocráticas significativas durante la segunda mitad del siglo XIX y se hicieron más fuertes con el paso del tiempo. Ambos tendieron a conceder prioridad a sus objetivos sobre cualquier otro objetivo político y, específicamente, frente a los de su rival social o nacional. Esta tendencia acabó con frecuencia en duras denuncias recíprocas. Ambos tipos apenas cooperaron políticamente y, cuando lo hicieron, tendieron a contemplar tal cooperación como una táctica temporal y no como una alianza fundamental. Sin embargo, la historia de estos movimientos entre 1850 y 1970 revela una serie de características comunes.

- La mayoría de los movimientos socialistas y nacionalistas se proclamaron repetidamente como «revolucionarios», es decir, se declararon partidarios de que se produjeran transformaciones fundamentales en las relaciones sociales. Es cierto que ambos tipos albergaron en su seno habitualmente un ala, en ocasiones constituida como una organización independiente, que abogaba por un planteamiento más gradualista y que, por lo tanto, renunciaba a la retórica revolucionaria. En general, sin embargo, inicialmente –y con frecuencia durante muchas décadas– quienes ocupaban el poder contemplaron a todos estos movimientos, incluso aquellos que presentaban un perfil más moderado, como amenazas para su estabilidad o, incluso, para la propia supervivencia de sus estructuras políticas
- En segundo lugar, ambas variantes fueron en un principio políticamente muy débiles y tuvieron que librar una ardua batalla meramente para asegurarse su existencia. Ambos tipos de movimiento fueron reprimidos o puestos fuera de la ley por sus gobiernos, sus líderes fueron arrestados y sus miembros sufrieron con frecuencia la violencia sistemática desplegada por el Estado o por fuerzas privadas. Muchas de las versiones primigenias de estos movimientos fueron totalmente destrazadas.
- En tercer lugar, durante las tres últimas décadas del siglo XIX ambos tipos de movimiento protagonizaron una serie paralela de grandes debates sobre estrategia que incluyeron a aquellos cuyas perspectivas se hallaban «orientadas hacia el Estado» contra quienes consideraban a éste como un enemigo intrínseco e insistían en la transformación individual. En el campo de los movimientos sociales, este debate enfrentó a marxistas y anarquistas; en el de los movimientos nacionales, los partidarios del nacionalismo político se contrapusieron a quienes propugnaban un nacionalismo cultural.

* «Nuevas revueltas contra el sistema», *New Left Review* 18, enero-febrero de 2003, Madrid, Ediciones Akal.

- Lo que sucedió históricamente en estos debates –y ésta constituye la cuarta similitud– fue que quienes sostenían la posición «orientada hacia el Estado» vencieron. El argumento decisivo en cada uno de los casos fue que la fuente inmediata de poder real se localizaba en el aparato estatal y que cualquier intento de ignorar su centralidad política estaba condenado al fracaso, ya que el Estado suprimiría exitosamente cualquier avance conseguido en pos del anarquismo o el nacionalismo cultural. A finales del siglo XIX, estos grupos enunciaron la denominada estrategia en dos fases: primero, conquistar el poder en el interior de la estructura estatal; después, transformar el mundo. Esto fue cierto tanto para los movimientos sociales como para los nacionales.
- La quinta característica común resulta menos obvia, pero no es menos real. Los movimientos socialistas incluyeron frecuentemente la retórica nacionalista en sus argumentos, mientras que el discurso nacionalista tuvo a menudo un componente social. El resultado fue que la indistinción entre ambas posiciones fue mayor de lo que jamás reconocieron sus partidarios. Se ha observado en repetidas ocasiones que en Europa los movimientos socialistas desempeñaron habitualmente un papel más eficaz como fuerza de integración nacional que los conservadores o que el propio Estado; por su parte, los partidos comunistas que tomaron el poder en China, Vietnam y Cuba funcionaron claramente como movimientos de liberación nacional. Concurrieron dos razones para que esto fuera así. En primer lugar, el proceso de movilización obligó a ambos grupos a intentar atraer a sectores cada vez más importantes de la población a sus respectivos campos, para lo cual fue de utilidad la ampliación del alcance de su retórica. En segundo lugar, sin embargo, los líderes de ambos movimientos reconocieron, con frecuencia inconscientemente, que su enemigo común era el sistema existente y que, por lo tanto, tenían más en común entre sí que lo que se desprendía de sus pronunciamientos públicos.
- Los procesos de movilización popular desplegados por ambos tipos de movimiento fueron básicamente muy similares. Ambos comenzaron a actuar, en la mayoría de los países, como pequeños grupos a menudo formados por un puñado de intelectuales a los que se sumaba un reducido número de militantes provenientes de otros estratos sociales. Aquellos que tuvieron éxito, lo habían conseguido porque se habían asegurado mediante largas campañas de educación y organización bases populares seguras, conformadas por círculos concéntricos de militantes, simpatizantes y partidarios pasivos. Cuando el círculo exterior de partidarios crecía lo suficiente para que los militantes operasen, según la frase de Mao Zedong, como pez en el agua, los movimientos se convertían en serios contendientes por el poder político. Deberíamos indicar también, por supuesto, que los grupos que se denominaban a sí mismos «socialdemócratas» tendieron a ser fuertes fundamentalmente en los Estados localizados en el centro de la economía-mundo capitalista, mientras que aquellos que se describían como movimientos de liberación nacional florecieron por lo general en las zonas periféricas y semiperiféricas de la misma. Ésta última característica también fue cierta de los partidos comunistas. La razón parece obvia. Aquellos que se hallaban en las zonas más débiles entendían que la lucha por la igualdad dependía de que pudieran hacerse con el control de las estructuras estatales de las potencias imperiales, con independencia de que éstas ejercieran un dominio directo o indirecto. Quienes se encontraban en las zonas del centro ya se hallaban en Estados fuertes. Para que su lucha por la igualdad progresase, tenían que arrancar el poder a sus propios estratos dominantes. Pero precisamente porque tales Estados eran fuertes y ricos, la insurrección constituía una táctica implausible y estos partidos optaron por utilizar la ruta electoral.
- La séptima característica común es que ambos tipos de movimiento lucharon con la tensión que enfrentaba la «revolución» y la «reforma» como modos básicos de transformación. Un discurso interminable ha girado en torno a este debate en ambos

movimientos, pero ambos, a fin de cuentas, se basaron en una lectura errónea de la realidad. Los revolucionarios no fueron en la práctica muy revolucionarios, y los reformistas no siempre fueron reformistas. Ciertamente, la diferencia existente entre estos dos planteamientos perdió paulatinamente su nitidez inicial a medida que los movimientos recorrieron sus trayectorias políticas. Los revolucionarios tuvieron que efectuar muchas concesiones para sobrevivir. Los reformistas aprendieron que las sendas hipotéticamente legales hacia el cambio se hallaban con frecuencia firmemente bloqueadas en la práctica y que se requería la fuerza, o al menos la amenaza de la misma, para superar esas barreras. Los denominados movimientos revolucionarios habitualmente llegaron al poder como consecuencia de la destrucción de las autoridades existentes provocada por la guerra antes que gracias a su propia capacidad insurreccional. Como se dijo que afirmaron los bolcheviques en la Rusia de 1917, «el poder estaba tirado en las calles». Una vez instalados en el poder, los movimientos intentaron permanecer en él, con independencia de cómo lo hubieren obtenido; con frecuencia esto requirió sacrificar la militancia así como la solidaridad con las fuerzas amigas presentes en otros países. El apoyo popular a estos movimientos fue inicialmente idéntico, sin importar si habían ganado en las urnas o triunfado por las armas: las mismas danzas en las calles celebraban su toma del poder tras un largo periodo de lucha.

- Finalmente, ambos movimientos se enfrentaron al problema de implementar la mencionada estrategia en dos fases. Una vez que se completó la «fase uno», y habían llegado al poder, sus seguidores esperaron que estos movimientos cumplieran la promesa contenida en la fase dos: transformar el mundo. Lo que descubrieron, si es que no lo sabían de antemano, fue que el poder estatal era más limitado de lo que habían pensado. Cada Estado se halla constreñido por el hecho de que forma parte del sistema interestatal, en el cual la soberanía de ninguno de los Estados que lo componen es absoluta. Cuanto más tiempo permanecían en el poder esos movimientos, más parecían posponer la realización de sus promesas; los cuadros de un movimiento militante movilizador se convertían en funcionarios del partido en el poder. Sus posiciones sociales se transformaban y así, de modo inevitable, lo hacían sus psicologías individuales. Lo que se conocía en la Unión Soviética como la *nomenklatura* parecía emerger, en alguna forma, en cada uno de los Estados en el que un movimiento se hacía con el control del mismo, es decir, surgía una casta privilegiada de funcionarios superiores, que disponía de más poder y más riqueza real que el resto de la población. Al mismo tiempo, a los trabajadores ordinarios se les ataba a su herramienta de trabajo de un modo todavía más férreo y se les exigía un sacrificio cada vez más intenso en nombre del desarrollo nacional. Las tácticas militantes, sindicalistas, que habían sido el pan de cada día del movimiento social pasaban a ser, una vez que éste ocupaba el poder, «contrarrevolucionarias», desaconsejadas en grado sumo y habitualmente reprimidas.

El análisis de la situación mundial de la década de 1960 revela que estos dos tipos de movimiento se parecían más que nunca. En la mayoría de los países habían completado la «fase uno» de la mencionada estrategias en dos fases, habiendo llegado al poder prácticamente en todos los sitios. Los partidos comunistas gobernaban sobre un tercio del mundo, desde el Elba hasta el Yalu¹; los movimientos de liberación nacional habían ocupado el poder en Asia y África, y los movimientos socialdemócratas, o sus afines, en la mayor parte del mundo paneuropeo desempeñando al menos tareas de gobierno según el principio de alternancia. Sin embargo, no habían transformado el mundo.

1968 y después

¹ Río de 790 kilómetros de longitud que traza la frontera nordoccidental entre Corea del Norte y la región nordoriental de Manchuria (China) [N. del T.].

La combinación de estos factores define una de las características fundamentales de la revolución mundial de 1968. Los revolucionarios tenían diferentes demandas locales, pero compartían dos argumentos fundamentales en casi todas partes. Ante todo, se oponían tanto a la hegemonía de Estados Unidos *como* a la participación colusoria en esta hegemonía de la Unión Soviética. En segundo lugar, condenaban a la vieja izquierda, ya que a su juicio ésta «no formaba parte de la solución, sino del problema». Esta segunda característica común surgió de la enorme desilusión sentida por los sectores populares que apoyaron los movimientos antisistémicos tradicionales ante los resultados reales conseguidos por éstos una vez que ocuparon el poder. Los países gestionados por ellos experimentaron un cierto número de reformas, produciéndose habitualmente un crecimiento de los servicios educativos y de salud, y garantizándose el empleo. Siguieron existiendo, sin embargo, desigualdades considerables. El trabajo asalariado alienante no había desaparecido; por el contrario, se había incrementado como porcentaje de la actividad laboral. Se verificó una expansión escasa o nula de la participación democrática real, ya fuera en el ámbito gubernamental o en el lugar de trabajo; con frecuencia ocurrió lo contrario. En el plano internacional, estos países tendieron a jugar un papel muy similar al que habían desempeñado antes en el sistema-mundo. Cuba, por ejemplo, había sido una economía azucarera orientada hacia la exportación antes de la revolución y siguió siéndolo después, al menos hasta el hundimiento de la Unión Soviética. En resumen, no se había producido un cambio suficiente. Las situaciones injustas podían haberse alterado ligeramente pero eran tan reales y, en general, tan amplias como antes. Las poblaciones de estos países fueron invitadas por los movimientos que habían tomado el poder a ser pacientes, ya que la historia estaba de su parte. Pero su paciencia se estaba resquebrajando.

La conclusión que las poblaciones de todo el mundo extrajeron de los resultados obtenidos por los movimientos antisistémicos clásicos que habían ocupado el poder fue negativa. Ellas cesaron de creer en que estos partidos construirían un glorioso futuro o un mundo más igualitario y dejaron de concederles su legitimación; al perder la confianza en estos movimientos, también dejaron de creer en el Estado como mecanismo de transformación. Esto no significaba que importantes secciones de la población dejara de votar por tales partidos en las contiendas electorales; su voto, sin embargo, había adquirido un carácter defensivo, ya que optaba por el menor de los males sin expresar una afirmación de ideología o expectativas.

Del maoísmo a Porto Alegre

Desde 1968 se ha verificado, sin embargo, una prolongada búsqueda de un movimiento antisistémico de un tipo mejor, que condujera realmente a un mundo más democrático e igualitario. Se han producido cuatro intentos diferentes de conseguir tal objetivo, algunos de los cuales continúan en la actualidad. El primero estuvo constituido por el florecimiento de los múltiples maoísmos. Desde la década de 1960 hasta aproximadamente mediados de la de 1970, surgió un gran número de diferentes movimientos en competencia recíproca, habitualmente pequeños pero en ocasiones impresionantemente amplios, que se declararon maoístas, entendiéndolo por ello que se inspiraban de algún modo en la Revolución Cultural que había tenido lugar en China. Esencialmente, estos movimientos maoístas sostenían que la vieja izquierda había fracasado porque no había practicado la doctrina pura de la revolución, que ellos en ese momento proponían. Estos movimientos, sin embargo, decayeron por dos razones. En primer lugar, se enfrentaron ferozmente cuando debieron acordar cuál era la doctrina pura y en consecuencia pronto se convirtieron en pequeños grupos sectarios aislados; o si se trataba de grupos importantes, como en India, evolucionaron hacia versiones novedosas de los movimientos de la vieja izquierda. En segundo lugar, y ello tuvo mayor importancia, con la muerte de Mao Zedong el maoísmo se desintegró en China, desapareciendo la fuente de su inspiración. En la actualidad, no existe ningún movimiento de este tipo que tenga cierta importancia.

Una variedad más duradera de aspirante al *status* antisistémico estuvo constituida por los nuevos movimientos sociales: los verdes y otros grupos ecologistas, los movimientos

feministas, las campañas de las «minorías» raciales y étnicas, como los negros en Estados Unidos o los *beurs* en Francia. Estos movimientos reivindicaban una larga historia pero, en realidad, llegaron a ser prominentes por primera vez durante la década de 1970 o bien reemergieron entonces asumiendo una forma renovada y más militante. Por otro lado, fueron más fuertes en el mundo paneuropeo que otras partes del sistema-mundo. Sus rasgos comunes radicaban, en primer lugar, en su vigoroso rechazo de la estrategia en dos fases propugnada por la vieja izquierda, de sus jerarquías internas y de sus prioridades: la idea de que las necesidades de las mujeres, de las «minorías» y del medioambiente eran secundarias y que debían abordarse «después de la revolución». Albergaban, en segundo lugar, profundas sospechas respecto al Estado y la acción orientada hacia el mismo.

En la década de 1980, todos estos movimientos sociales llegaron a encontrarse divididos internamente –de acuerdo con la denominación de los Verdes alemanes– entre *fundis* y *realos*. Esta división reprodujo una vez más los debates entre «revolucionarios y reformistas» de comienzos del siglo XX. El resultado de los mismos fue que los *fundis* perdieron en todos los casos, y más o menos desaparecieron. Los victoriosos *realos* adquirieron paulatinamente la apariencia de una especie de partido socialdemócrata, no demasiado diferente de la variedad clásica, aunque cargados con una mayor retórica sobre la ecología, el sexismo, el racismo, o sobre el conjunto de estas tres problemáticas. En la actualidad, estos movimientos continúan siendo significativos en determinados países, pero parecen poco más antisistémicos que los movimientos pertenecientes a la vieja izquierda, especialmente porque una de las lecciones que éstos últimos extrajeron de 1968 fue que tenían que preocuparse por la ecología, el género, la opción sexual y el racismo en sus declaraciones programáticas.

El tercer tipo de aspirante al *status* antisistémico estuvo constituido por las organizaciones defensoras de los derechos humanos. Algunas, como Amnistía Internacional, existían como es sabido antes de 1968, pero por regla general estas organizaciones se convirtieron en una fuerza política importante únicamente en la década de 1980, ayudadas por la adopción por el presidente Carter de la terminología de los derechos humanos respecto a América Central, y por la firma del Acuerdo de Helsinki relativo a los países comunistas de Europa centro-oriental. Ambos procesos propiciaron que el *establishment* concediera su legitimidad a las numerosas organizaciones que en esos momentos estaban abordando la cuestión de los derechos civiles. En la década de 1990, la atención de los medios de comunicación a la limpieza étnica, fundamentalmente en Rwanda y los Balcanes, propició una considerable discusión pública de estos problemas.

Las organizaciones defensoras de los derechos humanos afirmaban hablar en nombre de la «sociedad civil». El propio término indica la estrategia: la sociedad civil es por definición lo que *no* es el Estado. El concepto se inspira en la distinción vigente durante el siglo XIX entre le *pays légal* y le *pays réel* –entre aquellos que ocupan el poder y aquellos que representan el sentimiento popular– y plantea la siguiente cuestión: ¿cómo puede cerrar la sociedad civil la brecha existente entre ella misma y el Estado? ¿Cómo puede llegar a controlar la sociedad civil al Estado, o hacer que éste refleje sus valores? La distinción parece asumir que el Estado se halla actualmente controlado por pequeños grupos privilegiados, mientras que la «sociedad civil» consiste en la población ilustrada en general.

Estas organizaciones han tenido impacto, ya que han obligado a determinados Estados –quizá a todos– a reorientar sus políticas en la dirección de las preocupaciones suscitadas por los derechos humanos; pero en el curso de ese proceso se han convertido paulatinamente más en los coadyuvantes de los Estados que en sus oponentes y, en conjunto, escasamente parecen muy antisistémicas. Se han convertido en ONG, localizadas en gran medida en las zonas del centro de la economía-mundo pero intentando implementar sus políticas en la periferia, donde han sido contempladas con frecuencia como agentes de su propio Estado de origen y no como organizaciones críticas de éste último. En todo caso, estas organizaciones apenas han

movilizado apoyo de masas, recurriendo más a su capacidad para utilizar el poder y la posición de sus militantes de elite presentes en los países del centro de la economía-mundo capitalista.

La cuarta y más reciente variante de aspirante a movimiento antisistémico ha sido la de los denominados movimientos antiglobalización, una designación utilizada no tanto por estos movimientos como por sus oponentes. El uso del término por los medios de comunicación escasamente antecede a su cobertura de las protestas contra la cumbre de la OMC celebrada en Seattle en 1999. La «globalización», concebida como la retórica neoliberal que aboga por el libre comercio de bienes y capital, se había convertido por supuesto en una poderosa fuerza durante la década de 1990. Su estandarte mediático lo constituía el Foro Económico Mundial de Davos, y su implementación institucional se concretó mediante el consenso de Washington, las políticas del FMI y el fortalecimiento de la OMC. Seattle se concibió como un momento clave en la expansión del papel de la OMC, y las importantes protestas que allí se produjeron, que finalmente provocaron la suspensión del encuentro, causaron una gran sorpresa. Los manifestantes incluían un gran contingente norteamericano, proveniente de la vieja izquierda, los sindicatos, los nuevos movimientos y los grupos anarquistas. En realidad, el mero hecho de que la AFL-CIO se mostrara dispuesta a situarse del mismo lado que los grupos ecologistas en una acción tan militante fue algo nuevo, especialmente para Estados Unidos.

Después de Seattle, la serie de manifestaciones que han tenido lugar por todo el mundo contra los encuentros intergubernamentales inspirados por al agenda neoliberal condujo a su vez a la construcción del Foro Social Mundial, cuyas convocatorias iniciales se han celebrado en Porto Alegre; el segundo de éstos, celebrado en 2002, atrajo a más de 50.000 delegados de más de un millar de organizaciones. Desde entonces, han tenido lugar diversos encuentros regionales para preparar el FSM de 2003.

Las características de este nuevo aspirante al papel de movimiento antisistémico son muy diferentes de las que exhibían quienes protagonizaron los intentos anteriores. Ante todo, el FSM intenta agrupar a todos los tipos previos de movimiento –vieja izquierda, nuevos movimientos, grupos pro derechos humanos, y otras agrupaciones no fácilmente clasificables en estas categorías– e incluye grupos organizados de modo estrictamente local, regional, nacional y transnacional. La base de participación es un objetivo común –la lucha contra los males sociales derivados del neoliberalismo– y un respeto compartido por las prioridades inmediatas de cada uno de los demás participantes. Reviste su importancia el hecho de que el FSM intente agrupar a movimientos provenientes del Norte y del Sur en un único marco. El único eslogan hasta la fecha es «otro mundo es posible». Y lo que aún resulta más extraño, el FSM pretende hacer esto sin crear una superestructura omnicompreensiva. En estos momentos, dispone únicamente de un comité de coordinación internacional, de unos cincuenta miembros, que representa a una variedad de movimientos que provienen de ubicaciones geográficas diversas.

Aunque se han expresado diversas quejas por parte de los movimientos de la vieja izquierda que acusaban al FSM de ser una fachada reformista, hasta ahora éstas han sido mínimas. Quienes se quejan cuestionan, todavía no denuncian. Se reconoce ampliamente, por supuesto, que este grado de éxito se ha basado en un rechazo negativo del neoliberalismo, como ideología y como práctica institucional. Son muchos quienes han sostenido que resulta esencial para el FSM que éste opte por defender un programa más claro y positivo. Si puede hacerlo y, sin embargo, mantener el nivel de unidad actual y la ausencia de una estructura omnicompreensiva (inevitablemente jerárquica) es la gran cuestión de los próximos diez años.

Un periodo de transición

Si, como he sostenido en otra parte, el sistema-mundo moderno se halla inmerso en una crisis estructural y hemos entrado en una «era de transición» –un periodo de bifurcación y caos–, entonces es obvio que los problemas a los que se enfrentan los movimientos antisistémicos se

plantean de un modo muy diferente a como se plantearon en el siglo XIX y en la mayor parte del siglo XX. La mencionada estrategia en dos fases orientada hacia el Estado ha perdido todo su interés, lo que explica la desazón experimentada por la mayoría de aquellos procedentes de las viejas organizaciones antisistémicas cuando plantean paquetes de objetivos políticos sean a largo plazo o inmediatos. Los pocos que los plantean se enfrentan al escepticismo de sus potenciales seguidores; o peor aun, topan con su indiferencia.

Un periodo de transición como el actual presenta dos características que dominan la idea misma de una estrategia antisistémica. La primera es que quienes ocupan el poder van dejar de intentar conservar el sistema existente (condenado como está a su autodestrucción); van a procurar, por el contrario, que la transición conduzca a la construcción de un nuevo sistema que replicará las peores características del actual, esto es, su jerarquía, sus privilegios, sus desigualdades. No pueden utilizar, sin embargo, un lenguaje que refleje el hundimiento de las estructuras existentes, pero están implementando una estrategia basada en tales hipótesis. Por supuesto, su campo no está unido, como ha demostrado el conflicto surgido entre los denominados «tradicionalista» de centro-derecha y los halcones militaristas de extrema derecha. Pero las elites en el poder están trabajando duro para provocar cambios que no serán tales, para construir un nuevo sistema que será tan malo –o peor– que el actual. La segunda característica fundamental es que un periodo de transición sistémica es un periodo de profunda incertidumbre en el que es imposible conocer cuál será el desenlace. La historia no está del lado de nadie. Cada uno de nosotros puede influir en el futuro, pero no sabemos y no podemos saber cómo actuarán los demás para también influir en él. El marco básico del FSM refleja este dilema y lo pone de relieve.

Consideraciones estratégicas

Una estrategia para el periodo de transición debe incluir, por lo tanto, cuatro componentes, todos ellos más fáciles de enunciar que de realizar. El primero supone un proceso de debate constante y abierto sobre la transición y el resultado que deseamos alcanzar. Esto nunca ha sido fácil, y los movimientos antisistémicos históricos nunca fueron demasiado competentes al respecto. Hoy, sin embargo, la atmósfera es más favorable de lo que lo ha sido en cualquier otro momento anterior, y tal tarea sigue siendo urgente e indispensable, lo cual subraya el papel de los intelectuales en esta coyuntura. La estructura del FSM se ha prestado a estimular este debate; veremos si es capaz de mantener este grado de apertura.

El segundo componente debe ser evidente: un movimiento antisistémico no puede descuidar la acción defensiva a corto plazo, incluida la acción electoral. Las poblaciones del mundo viven en el presente, y sus necesidades inmediatas deben ser tenidas en cuenta. Todo movimiento que las descuide está condenado a perder el amplio apoyo pasivo que es esencial para su éxito a largo plazo. Pero la razón y la justificación de la acción defensiva no debe ser el ofrecer un remedio a las fallas del sistema, sino por el contrario impedir que sus efectos negativos sean todavía peores en el corto plazo. Esto es muy diferente política y psicológicamente.

El tercer componente tiene que ser el establecimiento de objetivos provisionales de rango medio que parezcan moverse en la dirección adecuada. Sugeriría que uno de los más útiles –substantiva, política y psicológicamente– es la tentativa de moverse hacia una desmercantilización selectiva pero siempre de mayor alcance. En la actualidad, estamos sometidos a un aluvión de intentos neoliberales de mercantilizar lo que previamente apenas o jamás había sido apropiado para proceder a su venta privada: el cuerpo humano, el agua, los hospitales. Debemos no solo oponernos a esto, sino movernos en dirección opuesta. Las industrias, especialmente las industrias en dificultades, deben ser desmercantilizadas. Esto no significa que deban ser «nacionalizadas», ya que para la mayoría significa tan solo otra versión de la mercantilización. Significa que debemos crear estructuras que operen en el mercado y cuyo objetivo sea la prestación de un servicio y su supervivencia, y no el beneficio. Esto puede hacerse, como sabemos de la historia de las universidades y de los hospitales: no conseguirlo

todo, pero si el máximo posible ¿Por qué es tal lógica imposible de aplicar a las acerías amenazadas por un proceso de deslocalización?

Finalmente, hemos de desarrollar el sentido substantivo de nuestros objetivos a largo plazo, que yo asumo que han de ser lograr un mundo que sea relativamente democrático y relativamente igualitario. Digo «relativamente» porque es realista. Siempre habrá brechas, pero no existe ninguna razón para que sean tan amplias, incrustadas o hereditarias. ¿Se trata de lo que una vez se denominaba socialismo o incluso comunismo? Quizá sí, quizá no. Esta cuestión nos retrotrae al problema del debate. Debemos dejar de dar por hecho que ya sabemos cómo será la sociedad mejor (no perfecta) que queremos construir. Necesitamos discutirla, bosquejarla, experimentar con estructuras alternativas para realizarla; tenemos que hacer esto al mismo tiempo que llevamos a la práctica las tres primeras partes de nuestro programa en un mundo caótico en transición sistémica. Y si este programa es insuficiente, y probablemente lo sea, entonces esta misma insuficiencia debe formar parte del debate que constituye el punto número uno de aquel.

Bienvenidos a la anarquía global*

Inmmanuel Wallerstein

La Administración de Bush disfruta de una posición de cómoda ventaja con la conquista de Iraq. Piensa que puede obrar a su antojo y probablemente se comportará de acuerdo con esta creencia en el futuro próximo. Es comprensible que los halcones del Pentágono, que durante mucho tiempo han defendido que el militarismo rendiría sus dividendos, sientan que en estos momentos sus tesis están siendo validadas. Es igualmente natural que quienes se oponen al imperialismo estadounidense se sientan desmoralizados por el evidente éxito de Estados Unidos. En mi opinión, ambos razonamientos no tienen en cuenta los parámetros definitorios de la situación ni aferran lo que está sucediendo realmente en el ámbito geopolítico. En este artículo construiré mi análisis alrededor de tres periodos: el momento álgido de la hegemonía estadounidense durante el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial, que abarcó desde 1945 hasta 1967/1973; el momento de los últimos resplandores de esa hegemonía, que se extendió desde 1967/1973 hasta 2001; y la época que se abre ante nosotros, que arranca de esta última fecha y llegará hasta 2025 o 2050, y que se caracterizará por ser un periodo de anarquía que Estados Unidos no puede controlar. Distinguiré tres ejes dentro de cada uno de estos periodos: las luchas competitivas internas de las sedes más importantes de acumulación de la economía-mundo capitalista; la lucha «Norte-Sur»; y la batalla para determinar el sistema-mundo futuro librada por los dos grupos que yo metafóricamente denomino los campos de Davos y de Porto Alegre.

Durante el periodo comprendido entre 1945 y 1967/1973, Estados Unidos fue incuestionablemente la potencia hegemónica en el sistema-mundo, ya que se hallaba en posesión de una combinación de ventajas económicas, militares, políticas y culturales que excedía la poseída tanto por cualquiera de los restantes Estados como por el conjunto de todos ellos. Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, era la única potencia industrial que había eludido la destrucción bélica y había incrementado de modo notable sus recursos productivos en comparación con los niveles alcanzados antes del conflicto mundial. Las empresas estadounidenses podían producir bienes con una eficiencia tan por encima de la de sus competidores que estuvieron en condiciones de penetrar los mercados nacionales de éstos últimos. En realidad, la situación era tan desigual que Estados Unidos tuvo que acometer la reconstrucción de Europa occidental y de Japón para constituir una demanda de consumo razonable a escala mundial.

Esta aplastante ventaja económica se combinaba con una neta superioridad militar. Después de 1945, la opinión pública estadounidense insistió, como es sabido, en una reducción inmediata de las fuerzas armadas, que cristalizó en la expresión que «los chicos vuelvan a casa». Estados Unidos, sin embargo, poseía la bomba atómica y una fuerza aérea capaz de arrojarla en cualquier punto del mundo. La única fuerza militar realmente equiparable era el ejército de la Unión Soviética, que en 1949 poseía ya armas nucleares. Estados Unidos no tuvo más remedio que sellar un trato. Aunque los acuerdos de Yalta suponían tan solo una pequeña parte de unos pactos mucho más amplios, la negociación alcanzada entre las grandes potencias ha sido conocido por ese nombre desde entonces. Contenían tres cláusulas primordiales: conservación del *status quo* en Europa de acuerdo con los límites definidos por la presencia de tropas soviéticas en 1945; la compartimentación económica de las dos zonas mundiales; y la libertad de utilizar recíprocamente una retórica de denuncia frente a la otra parte.

Estos tres puntos fueron más o menos respetados hasta 1980 y, en cierta medida, hasta el colapso de la Unión Soviética. El *status quo* fue puesto a prueba por el bloqueo de Berlín en

* «Bienvenidos a la anarquía global», *New Left Review* 22 septiembre-octubre de 2003, Madrid, Ediciones Akal.

1949, pero salió reafirmado por el desenlace de la crisis. Posteriormente, Estados Unidos se abstuvo rigurosamente de prestar su ayuda, más allá de la denuncia retórica, a ninguno de los levantamientos que se produjeron en la zona soviética. En Yugoslavia y en Albania, los dos disidentes del bloque soviético, la URSS no tenía tropas estacionadas. Sin embargo, estos Estados en vez de integrarse en la esfera estadounidense, tuvieron la libertad de permanecer «neutrales» frente a ambas superpotencias durante la Guerra Fría. Si se pretendió aplicar el acuerdo de Yalta a la Guerra de Corea es algo que no estuvo claro inicialmente, pero su resultado –una tregua armada en la línea de partida– colocó la península coreana rotundamente dentro del marco de aquella. La compartimentación económica persistió también durante las primeras décadas de posguerra, aunque comenzó a resquebrajarse después de 1973. La retórica estridente de la denominada Guerra Fría fue la única responsable de transmitir la impresión que se estaba librando una seria batalla. Evidentemente, muchos todavía creen que así sucedió en realidad; pero contemplado con la perspectiva que da el paso del tiempo, podría igualmente describirse como un conflicto coreografiado en el cual realmente nunca sucedió nada.

Políticamente, los acuerdos de Yalta permitieron que ambas partes alinearan una serie de leales aliados en sus bandos respectivos. Ha sido costumbre referirse a los de la Unión Soviética como países satélites; pero los clientes de Estados Unidos –en Europa, los países de la OTAN; en Asia oriental, Japón, Corea del Sur y Taiwán– apenas fueron menos serviles. Nueva York se convirtió en el centro mundial del arte, mientras la cultura de masas se «americanizaba» cada vez más. Finalmente, en cuanto a la dominación ideológica, el concepto de «mundo libre» funcionó tan bien como la noción de «campo socialista».

En el Norte, por consiguiente, Estados Unidos fue capaz de imponer sus deseos tanto sobre sus competidores capitalistas como sobre la superpotencia rival con un 95 por 100 de éxito y en el 95 por 100 de las ocasiones. Esto era evidentemente una hegemonía. El único contratiempo que experimentó la maquinaria fue una cierta resistencia por parte del Sur a este orden mundial definido por Estados Unidos. En teoría, la superpotencia americana postulaba «el desarrollo y la liberación del Sur del dominio colonial: la Unión Soviética entonaba la misma canción en tonos todavía más estridentes. En la práctica, sin embargo, ninguno de los dos tenía ninguna prisa por fomentar dichos objetivos, y se dejó que los pueblos del Sur persiguieran sus propias causas con grados diversos de militancia y energía política. Se produjeron algunas luchas célebres y revoluciones violentas –fundamentalmente, en China, Vietnam, Cuba y Argelia– que se colocaron al margen de las coordenadas marco de Yalta. Estados Unidos hizo lo que pudo por suprimir tales movimientos y cosechó algunos éxitos significativos: el derrocamiento de Mossadegh en Irán y la expulsión de Arbenz en Guatemala en 1954, entre otros muchos. Pero el Norte también experimentó un puñado de importantes fracasos: la Unión Soviética en China; Francia en Argelia; Estados Unidos en Cuba; y Francia, primero, y Estados Unidos, después, en Vietnam. Tanto Occidente como la URSS se vieron obligados a ajustarse a estas «realidades», es decir, a absorber los acontecimientos en el ámbito de su retórica, mientras intentaban cooptar a estos nuevos regímenes limitando así su impacto geopolítico y sus consecuencias sobre la economía-mundo. Durante este periodo, el resultado de lo que puede denominarse la lucha de clases mundial parece haber sido de empate. Por un lado, se había extendido por todo el mundo, especialmente en el Sur, un sentimiento antisistémico que tuvo un efecto de autocumplimiento y que se tradujo en un triunfalismo generalizado. Por otro, este levantamiento comenzó a apagarse cuando el Norte consideró que ya había satisfecho suficientes de sus demandas.

Últimos resplandores

El periodo 1967-1973 representa el momento en el que los *trente glorieuses* llegaron a su fin, y la economía-mundo entró en una larga fase-B de Kondratieff. Con toda probabilidad, la causa inmediata fundamental de la ralentización fue el auge económico de Europa occidental y de Japón, que inevitablemente provocó una situación de sobreproducción en los sectores industriales anteriormente punteros. Política y culturalmente, el levantamiento revolucionario de 1968 –en realidad, de 1966-1970– representó un desafío integral al periodo anterior. Se

desencadenó por una combinación de resistencia a la hegemonía estadounidense y de desilusión con los movimientos antisistémicos tradicionales. En el plano militar, la ofensiva del Tet en febrero de 1968 fue el toque de difuntos para la intervención estadounidense en Vietnam. Aunque la guerra todavía se prolongó otros 5 años agonizantes antes de la retirada final de 1973, la cuestión es que Estados Unidos perdió la guerra contra una pequeña nación del Tercer Mundo. La combinación de estos tres sucesos –la ralentización de la economía-mundo, el levantamiento de 1968 y la derrota de Estados Unidos en Vietnam– transformó la escena geopolítica y señaló el inicio del lento declive de la hegemonía estadounidense. Estados Unidos ya no sería capaz de cumplir sus objetivos con el 95 por 100 de éxito mencionado anteriormente, ni siquiera en el Norte. Pero el control hegemónico no se desvaneció de la noche a la mañana y todavía se produjo un último resplandor.

Los fundamentos económicos de este periodo no son difíciles de comprender. Una fase-B de Kondratieff presenta determinadas características típicas:

- el declive en la rentabilidad de las empresas productivas –especialmente en aquellas que habían sido más rentables previamente– y la consecuente reorientación de los capitalistas desde la actividad productiva a la financiera;
- la huida de industrias cuyos beneficios están disminuyendo –porque sus ventajas monopolistas han desaparecido– de las zonas del centro de la economía-mundo capitalista a los países «en vías de desarrollo» semiperiféricos, en los que los salarios son menores aunque sean superiores los costes de transacción;
- el incremento significativo de las tasas de desempleo y, por consiguiente, el esfuerzo acometido por parte de las áreas más importantes de acumulación de capital para «exportarlo» a las restantes en gran medida para minimizar las repercusiones políticas derivadas del mismo.

Todos estos procesos hicieron su aparición puntualmente. Los acontecimientos espectaculares del declive –aunque no sus causas– fueron los aumentos de los precios del petróleo de 1973 y 1979 y una serie de devastadoras crisis provocadas por los altos niveles de endeudamiento: la crisis de la deuda del Tercer Mundo y del bloque socialista durante la década de 1980; la crisis del gobierno de Estados Unidos y de las corporaciones transnacionales durante la de 1990; la crisis de los consumidores estadounidenses, así como la provocada por las devaluaciones que tuvieron lugar en Asia oriental y en otros lugares a finales de esta misma década; y otra ronda de excesivo endeudamiento público protagonizada por la segunda Administración de Bush. En cuanto al bienestar comparativo de las áreas más importantes de acumulación podemos decir que Europa se comportó mejor en la década de 1970, Japón en la de 1980 y Estados Unidos a finales de la de 1990, pero que todos ellos se han comportado pobremente desde 2000. En el resto del mundo, la promesa de «desarrollo», tan activa y optimistamente perseguida en el periodo anterior, se reveló como el espejismo que siempre había sido, al menos para la gran mayoría de los Estados.

Políticamente, el orden centrado en Estados Unidos comenzó a desintegrarse. Europa occidental y Japón ya no deseaban ser tratados como satélites, sino que exigían, por el contrario, ser tratados como socios. Estados Unidos intentó aplacarles con nuevas estructuras –la Comisión Trilateral y las reuniones del G-7–, desplegando además dos argumentos fundamentales para mantener el orden entre sus aliados: la Unión Soviética seguía constituyendo una amenaza para sus intereses; y una posición de unidad frente a un Sur cada vez más levantisco era esencial para mantener sus ventajas colectivas. Estas líneas de razonamiento cosecharon un éxito tan solo parcial. La zona soviética, entretanto, también estaba comenzando a fragmentarse tras el espectacular ascenso de Solidarność en Polonia y las reformas de Gorbachev. Su disolución se aceleró por el colapso del desarrollismo, paralelo a sus fracasos en el Tercer Mundo, lo cual puso en evidencia que los Estados del bloque del Este nunca habían dejado de ser componentes

periféricos o semiperiféricos de la economía-mundo capitalista. En el Sur, la posición de debilidad mostrada tanto por Estados Unidos como la URSS pareció que dejaba cierto espacio para la resolución parcial de un determinado número de conflictos seculares existentes en América Central, Sudáfrica, y el sudeste de Asia, pero cuyo desenlace representó a la postre una u otra forma de compromiso político.

El levantamiento revolucionario de 1968 y el colapso del desarrollismo en la fase-B de Kondratieff erosionó severamente la legitimidad moral de la vieja izquierda –los movimientos antisistémicos clásicos– que ahora parecía que tan solo ofrecían en opinión de la mayoría de sus antiguos partidarios poco más que un electoralismo defensivo. Sus sucesores –en particular, los múltiples maoísmos y la denominada nueva izquierda, los verdes, las feministas y los muchos movimientos basados en las diferentes formas de identidad– tuvieron breves y brillantes impactos en algunos países, pero no lograron adquirir ni nacional ni internacionalmente la posición central que habían adquirido los movimientos de la vieja izquierda durante el primer periodo que siguió a la Segunda Guerra Mundial.

Desde la perspectiva de la lucha de clases mundial, el debilitamiento de los movimientos antisistémicos –viejos y nuevos– permitió a las fuerzas de los poderes dominantes lanzar una contraofensiva de considerable magnitud. Inicialmente, ésta se materializó en los regímenes neoliberales de Gran Bretaña y Estados Unidos; en el auge del «consenso de Washington», que enterró el ideal del desarrollismo y lo reemplazó por el de la globalización; y en la vigorosa expansión del papel y de las actividades del FMI, del Banco Mundial y de la recientemente creada Organización Mundial de Comercio, instituciones, todas ellas, que intentaron achicar el poder de los Estados periféricos de interferir el libre flujo de bienes y, sobre todo, de capitales. Esta ofensiva de alcance mundial tenía tres objetivos primordiales: reducir el nivel de los salarios; restaurar la externalización de los costes de producción poniendo fin a las serias constricciones que pesaban sobre los abusos ecológicos; y reducir los niveles de fiscalidad desmantelando los dispositivos del Estado del bienestar. En un primer momento, este programa pareció que había sido coronado con éxito, y que el eslogan de Thatcher –«no hay alternativa»– se imponía sin contemplaciones. A finales de la década de 1990, sin embargo, esta ofensiva había alcanzado sus límites políticos.

Las devaluaciones monetarias que afectaron a las economías de Asia oriental y sudoriental y a Brasil a finales de esta década auparon al poder a una serie de líderes –Roh en Corea del Sur, Putin en Rusia, Megawati en Indonesia, Lula en Brasil– cuyos programas electorales o actuaciones gubernamentales no siempre han seguido las prescripciones de Washington. El colapso de Yugoslavia y de la Unión Soviética provocó una serie de conflictos nacionales, que fueron testigos de una «limpieza étnica» de envergadura, amplias zonas de inestabilidad y escaso crédito político para Estados Unidos o Europa occidental. La deuda y la guerra civil agarraron un buen número de Estados africanos. El predominio cultural e ideológico del «campo» de Davos se topó con un desafío inesperado en Seattle en 1999, cuando los muy tradicionales y moderados sindicalistas estadounidenses en conjunción con los grupos de la nueva izquierda consiguieron forzar la suspensión de las negociaciones de la OMC, de la cual ésta todavía no ha logrado recuperarse. Después, el ímpetu se tradujo en una coalición mundial de movimientos laxamente organizada, que ha mantenido una serie de encuentros exitosos en Porto Alegre y que se han autoproclamado como contrapunto de la cumbre de Davos. Cuando George W. Bush optó a la presidencia de Estados Unidos, las perspectivas no eran halagüeñas para la única superpotencia en activo. Uno de los temas de su campaña había sido el ataque a la política exterior de Clinton, aun cuando ésta había estado orientada por las mismas premisas que habían seguido todos los presidentes estadounidenses desde los tiempos de Nixon: es decir, intentos de parchear el renqueante globo de la hegemonía estadounidense mediante negociaciones recurrentes con sus supuestos aliados, así como con Rusia y China, combinados con esporádicos recursos a la fuerza en el Tercer Mundo. Desde 1970, la política exterior estadounidense ha tenido indefectiblemente dos objetivos primordiales: impedir la emergencia de una entidad europea políticamente independiente y mantener el predominio militar mediante la restricción de la difusión de las armas nucleares en el Sur. En 2000, el balance de situación de

estos dos objetivos estratégicos era en el mejor de los casos mediocre y el futuro se antojaba preso de una gran incertidumbre.

La estrategia de la guerra interminable

Fue en este momento cuando Bush llegó al poder. Su Administración se dividió entre aquellos que deseaban proseguir la política exterior vigente en el periodo 1973-2001 y quienes defendían estrepitosamente que ésta había fracasado y era la causa –no meramente el resultado– del declive relativo de la hegemonía estadounidense. El grupo que adoptaba la última de las posiciones mencionadas está constituido por tres áreas principales: los neoconservadores, como Wolfowitz y Perle; la derecha cristiana; los militaristas «clásicos», como Cheney, Rumsfeld y otros, cuyas opiniones fueron secundadas por McCain aunque él mismo estuviera enemistado personalmente con Bush. Los motivos, las prioridades y las bazas políticas de estos tres grupos son muy diferentes, pero pese a ello han conseguido formar un bloque políticamente muy cohesionado a partir de ciertas premisas comunes que comparten todos ellos.

- El declive estadounidense es una realidad, y ha sido causado por la torpe timidez de los sucesivos gobiernos estadounidenses; podría ser revertido, sin embargo, acometiendo acciones militares preventivas, contundentes, explícitas y rápidas en una zona tras otra;
- cualquier reticencia o incluso oposición iniciales mostradas por el *establishment* estadounidense, por la opinión pública nacional, o por los aliados europeos y asiáticos, será neutralizada por las demostraciones exitosas del poderío armado estadounidense, lo cual hará que los aliados de Estados Unidos acepten su línea de conducta;
- el modo de manejar a los regímenes recalcitrantes del Sur es la intimidación y, si ésta falla, la conquista.

Había otra lectura de la historia sobre la cual los halcones se mostraba de acuerdo: nunca habían conseguido que una Administración estadounidense adoptara sus razonamientos y siguiera sus prescripciones en la medida en que ellos deseaban. Como grupo se hallaban frustrados, y cuando Bush ocupó el poder, no estuvieron del todo seguros de que el presidente estuviera de su lado. Temían más bien que sería una réplica de su padre –aunque se abstuvieron cuidadosamente de decirlo– o de Reagan, que había cometido el imperdonable pecado de intentar firmar un acuerdo con Gorbachev. El 11 de septiembre fue un increíble regalo para este contingente. Catapultó a Bush a su campo, aunque tan solo fuera porque ser un presidente en guerra que libraba una campaña interminable contra el «terrorismo» parecía garantizar su futuro político. Esta guerra interminable legitimaba el uso de la fuerza militar contra un oponente ultradébil, los Talibanes, en una operación que recogió una legitimidad mundial de tal amplitud como nunca la había alcanzado una acción de tales características. Tras este paso, los halcones percibieron que podían poner toda la carne en el asador: Iraq. Sabían que sería más difícil políticamente, pero también que esta era una oportunidad irrepetible no únicamente para conquistar Bagdad, sino para aplicar la totalidad de su programa geopolítico.

Se encontraron muchas más dificultades de las que habían previsto. En primer lugar, los veteranos de la Administración de Bush senior –probablemente con la aquiescencia de su anterior empleador– persuadieron al presidente de que adoptase un planteamiento «multilateralista». Tras este paso, las profecías de los halcones parecía que se estaban materializando. Francia anunció que utilizaría el veto frente a una segunda resolución del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas que autorizase el uso de la fuerza, y se mostró capaz de que Alemania y Rusia se unieran a ella, lo cual provocó en marzo de 2003 la humillación de Estados Unidos, quien a pesar de ejercer toda la presión a su alcance no pudo conseguir la mayoría simple del Consejo de Seguridad y tuvo que retirar su resolución. Entretanto, el 15 de

febrero de 2003, las fuerzas de lo que he denominado el campo de Porto Alegre movilizaron una protesta global contra la guerra, que no conocía de precedentes en la historia mundial. Finalmente, incluso la leal Turquía no cumplió los deseos de Estados Unidos a pesar del enorme soborno que se le ofreció a cambio. La invasión de Iraq, por supuesto, se produjo y el régimen de Saddam Hussein colapsó. Rumsfeld y Powell están lanzando ahora nuevas amenazas a Oriente Próximo, Asia nordoriental e incluso a América Latina. Están convencidos de que su estratagema ha tenido éxito y que la hegemonía estadounidense ha sido restaurada. Hablan explícitamente, y sin vergüenza, de la función imperial de Estados Unidos. Pero, ¿han intimidado ellos a alguien más?

Creo que no. En estos momentos, avanzamos hacia un futuro inmediato incierto, y en momentos de anarquía sistémica como el actual puede suceder casi cualquier cosa. Sin embargo, parece posible discernir ciertas tendencias:

- el actual gobierno estadounidense se halla comprometido con una política exterior unilateralista y en verdad muy agresiva;
- la integración europea proseguirá –sin duda con dificultades, pero imparablemente– y Europa se distanciará cada vez más de Estados Unidos;
- China, Corea y Japón darán los primeros pasos para aproximar posiciones, proyecto éste cargado con muchas más complicaciones que el de la integración europea, pero preñado de consecuencias geopolíticas mucho mayores;
- la proliferación nuclear en el Sur continuará y probablemente se expandirá;
- la asunción del manto imperial por Estados Unidos erosionará todavía más sus pretensiones de arrojarse de legitimidad moral en el sistema-mundo;
- el campo de Porto Alegre se hará más sólido y probablemente más militante;
- el campo de Davos puede muy bien dividirse de un modo cada vez nítido entre quienes deseen unirse, llegar a un acuerdo o cooptar al campo de Porto Alegre, y quienes estén determinados a destruirlo;
- Estados Unidos puede no tardar en lamentar el torbellino que ha desencadenado en Iraq.

Hemos entrado en una transición anárquica desde el sistema-mundo existente hacia uno diferente. Como todos los periodos de tales características, nadie controla la situación en un grado significativo y menos todavía una potencia hegemónica en declive como Estados Unidos. Aunque los partidarios del *imperium* estadounidense piensen que tienen los elementos de su parte, soplan fuertes vendavales en todas las direcciones y el problema real va a ser –para todos nuestros barcos– evitar el naufragio. Si el resultado último de todo ello va a ser un orden más o menos igualitario y democrático, es totalmente incierto. Pero el mundo que emerja será consecuencia de cómo actuemos, colectiva y concretamente, durante las próximas décadas.

La trayectoria del poder estadounidense*

Immanuel Wallerstein

Desde que finalizó la Segunda Guerra Mundial, la geopolítica del sistema-mundo ha pasado por tres fases diferentes: desde 1945 hasta 1970, poco más o menos, Estados Unidos ejerció una hegemonía indiscutible en el sistema-mundo. Ésta comenzó a declinar durante el período comprendido entre 1970 y 2001, pero la intensidad y profundidad de ese declive se vio limitada por la estrategia puesta en práctica por Estados Unidos para retrasar y minimizar los efectos de su pérdida de ascendencia. Desde 2001 Estados Unidos ha tratado de recuperarla mediante políticas más unilaterales, que sin embargo han tenido un efecto contrario, acelerando de hecho la velocidad y profundidad de su declive.

I. HEGEMONÍA INDISCUTIDA, 1945-1970

Si dirigimos retrospectivamente la mirada a 1945, podemos ver que el final de la Segunda Guerra Mundial marcó la conclusión de una contienda que duró ochenta años entre Estados Unidos y Alemania, en la que se dirimía cuál de las dos potencias sucedería a Gran Bretaña —en declive desde al menos 1873— como potencia hegemónica en el sistema-mundo. La fase culminante de esa pugna cobró la forma de una guerra durante treinta años, de 1914 a 1945, en la que participaron todas las grandes potencias industriales del sistema-mundo, y que en su última fase (la llamada Segunda Guerra Mundial) infligió una destrucción física masiva a las poblaciones de Europa y Asia y arrasó la mayor parte de sus instalaciones industriales. Estados Unidos ganó la guerra contra Alemania y obtuvo su «rendición incondicional» con la indispensable ayuda de sus principales aliados, la URSS y Gran Bretaña, que sufrieron enormes pérdidas. En 1945 Estados Unidos salió de la guerra como la única gran potencia que había mantenido intactas sus instalaciones industriales, de hecho muy fortalecidas por la propia expansión bélica. Esto permitió que, durante los siguientes quince o veinte años, Estados Unidos pudiera producir todas las mercancías clave con una eficiencia tan superior a la de otros países industriales que podía competir con ventaja con los productores extranjeros en sus propios mercados nacionales. Además, la destrucción física en Europa y Asia fue tan enorme que muchos de esos países sufrieron después de la guerra una gran escasez de alimentos, inestabilidad en sus monedas y graves problemas en la balanza de pagos. Necesitaban ayuda económica urgente de muchos tipos y pidieron a Estados Unidos que se la proporcionara.

Para Estados Unidos fue fácil transformar su absoluto dominio económico en primacía política. Por primera vez en su historia se convirtió también en el perno crucial de la geocultura, mientras Nueva York sustituyó a París como capital del arte mundial en todas sus formas. El sistema universitario estadounidense fue dominando el mundo académico en prácticamente todos los campos. El único en el que Estados Unidos permaneció inseguro, y con buenas razones, era el militar. La política interna había obligado a una rápida reducción del ejército estadounidense tras la guerra, cuya envergadura se había mantenido hasta entonces gracias al servicio militar obligatorio. Washington dependía por ello sobre todo de dos activos militares: el arma nuclear y un dominio estratégico del aire capaz de hacer llegar esas bombas a cualquier lugar del mundo. Había, sin embargo, otra importante potencia militar, la Unión Soviética, que si bien había sufrido enormes pérdidas durante la guerra contaba con un ejército muy numeroso que no había sido desmovilizado. Además, en el plazo de cuatro años los soviéticos pudieron conseguir sus propias armas nucleares y romper así el monopolio estadounidense.

* «La trayectoria del poder estadounidense», *New Left Review* 40, septiembre-octubre de 2006, Madrid, Ediciones Akal.

Los acuerdos de Yalta

La única salida razonable para esa situación militar era algún tipo de acuerdo político entre lo que más tarde se llamarían las dos superpotencias. Ese acuerdo recibió el nombre simbólico de Yalta, pero suponía mucho más que los acuerdos formales alcanzados en la conferencia celebrada en aquel pintoresco balneario a orillas del mar Negro. El acuerdo constaba de tres apartados: el primero consistía en una división del mundo en esferas de influencia. La Segunda Guerra Mundial había concluido en Europa al encontrarse los ejércitos aliados a lo largo de cierta línea que dividía Alemania, coincidiendo aproximadamente con el curso del río Elba, y que se prolongaba hipotéticamente hacia el sur hasta el Mediterráneo; de modo similar en Asia oriental corría una línea similar a lo largo del paralelo 38 que dividía Corea en dos mitades. Esas líneas iban a separar las respectivas zonas de influencia y cada parte mantendría el control de su zona, comprometiéndose tácitamente a no utilizar la fuerza militar para tratar de cambiar el *status quo*. De hecho, este apartado del acuerdo concedía a la Unión Soviética las áreas que habían sido ocupadas por el Ejército Rojo, alrededor de una tercera parte del mundo, y garantizaba el control anglo-estadounidense sobre el resto.

Dado que aquel trato nunca se hizo explícito, en años posteriores hubo varias ocasiones en que se puso en cuestión: el norte de Irán, la guerra civil griega, el bloqueo de Berlín, la guerra de Corea, el embrollo de Quemoy-Matsu en el estrecho de Taiwán, varios levantamientos en Europa oriental (1953, 1956, 1968 y 1980-1981), y sobre todo la crisis de los misiles en Cuba. Habría que señalar que en cada una de esas mini «crisis» ambos bandos declinaron siempre utilizar las armas nucleares (el llamado equilibrio del terror) y que todas ellas concluyeron con el regreso al *status quo ante*. El hecho es que la aceptación mutua de las fronteras geopolíticas del otro bando se mantuvo durante la llamada Guerra Fría, pese a todo tipo de presiones internas surgidas en cada campo para no respetar los términos del acuerdo.

El segundo aspecto de «Yalta» correspondía a la esfera económica. Estados Unidos estaba decidido a reconstruir la infraestructura económica de sus aliados. La razón era en parte política –asegurarse su lealtad como satélites– y en parte económica: no sirve de nada ser el productor más eficiente del mundo si no hay clientes suficientes para lo que se produce. Lo que Estados Unidos no quería era invertir dinero en la reconstrucción de la infraestructura económica de la Unión Soviética y su bloque. Ambos bandos aprovecharon el bloqueo de Berlín para erigir lo que equivalía a una muralla entre las zonas económicas respectivas. El gobierno estadounidense utilizó el bloqueo como excusa política para que el Congreso aprobara el plan. Más tarde utilizó la guerra de Corea para justificar una ayuda económica similar a Japón, Taiwán y Corea del Sur. La Unión Soviética, por su parte, estableció el COMECON con sus satélites de Europa central y oriental y forjó estrechos vínculos económicos con China y Corea del Norte. El resultado fue que el tercio comunista del mundo se apartó de cualquier interacción significativa con el resto de la economía-mundo capitalista, en una especie de proteccionismo colectivo. El bloque soviético y sus aliados aprovecharon aquella separación para impulsar la industrialización, consiguiendo tasas muy notables de crecimiento durante aquel período. Estados Unidos construyó entretanto un orden económico interestatal en el que el dólar era la moneda de reserva mundial y las empresas industriales y financieras estadounidenses podían prosperar sin trabas.

La tercera parte del acuerdo de Yalta era ideológica. Cada bando tenía permiso, e incluso se le alentaba, para llevar a cabo denuncias muy enérgicas del otro. La retórica estadounidense enfrentaba al «mundo libre» con los «Estados totalitarios»; la soviética hablaba de «campo burgués» y «campo socialista». Los nombres eran diferentes, pero las listas eran esencialmente las mismas. Ningún bando aceptaba que en aquella guerra ideológica la «neutralidad» pudiera ser legítima; pero nunca se permitió que la ideología determinara las decisiones políticas y económicas en curso. La función real de la retórica consistía en permitir que los dirigentes de cada bando mantuvieran sometidos a los disidentes potenciales de su propio campo, y evitasen así el surgimiento de grupos que pudieran poner en cuestión los acuerdos geopolíticos

existentes. El resultado fue una opinión pública mundial dividida en dos campos, contando cada bando con un grupo sustancial de seguidores.

Nubes de tormenta en el horizonte

Con el acuerdo de Yalta en sus manos, Estados Unidos no tuvo grandes dificultades para hacer lo que suelen hacer las potencias hegemónicas, esto es, establecer un orden global acorde con sus intereses, basado en una especie de proyecto societario mundial a largo plazo. En la arena geopolítica inmediata, Estados Unidos podía contar con obtener el 95 por 100 de lo que quería durante el 95 por 100 del tiempo. Aquél fue un período de muy rápida expansión de la economía-mundo, durante el cual los niveles de vida subieron en general, se expandió la educación y la atención sanitaria, y las artes y las ciencias florecieron. Pese a varios ataques de histeria, la confianza en el futuro era generalizada; pero las armonías de aquellos años –*les trente glorieuses*, como los llamaron los franceses– eran demasiado buenas para durar. Dos acontecimientos iban a socavar el orden de postguerra; el primero fue la recuperación económica de Europa occidental y Japón (más los llamados «cuatro dragones»). A esas zonas les fue tan bien, como consecuencia de la política de reconstrucción impulsada por Estados Unidos, que a mediados de la década de 1960 comenzaron a acercarse a la paridad económica con éstos. Dejó de ser verdad que los productores estadounidenses pudieran derrotar a los productores alemanes, franceses o japoneses en sus propios mercados. Por el contrario, Estados Unidos comenzó a importar productos industriales de esos países, que también resultaban relativamente competitivos en mercados del Tercer Mundo. Al reducirse tanto la brecha económica entre Estados Unidos y sus principales aliados, el alineamiento político y financiero automático de esos países con Estados Unidos comenzó a alterarse.

El segundo acontecimiento se produjo en el llamado Tercer Mundo, esto es, todos aquellos países cuyos intereses e incluso opiniones quedaban fuera de las preocupaciones de las superpotencias. Esos países procedieron a actuar por su cuenta, incluso desconsiderada o violentamente, allí donde podían. Los comunistas chinos ignoraron el mandato estalinista de cerrar un trato con el Kuomintang y marcharon por el contrario sobre Shanghai, proclamando la República Popular China. El Viet Minh no se sintió vinculado por los acuerdos tomados en Ginebra entre Estados Unidos, Francia y la Unión Soviética y procedió a liberar la totalidad de su país. Los argelinos rechazaron la idea de que el Partido Comunista francés pudiera dictar su estrategia y su futuro e iniciaron una guerra de liberación nacional; y los cubanos dirigidos por Castro en Sierra Maestra no se dejaron disuadir por el apoyo del Partido Comunista cubano a los gobiernos de Batista. Bajaron de la Sierra y tomaron, primero La Habana, y luego el propio Partido Comunista de Cuba.

En resumen, la capacidad de la Unión Soviética para poner freno a las fuerzas populares del Tercer Mundo descontentas con los acuerdos de Yalta se demostró limitada y las superpotencias tuvieron que comenzar a tenerlas en cuenta, aunque fuera de mala gana y con retraso. Esto hizo que los movimientos del Tercer Mundo nunca se sintieran muy queridos por ninguna de las dos superpotencias, aunque ambas abandonaban ahora su política de rechazo a la «neutralidad» y comenzaban a buscar en esos países líderes nacionalistas que pudieran alinearse con ellos. Estados Unidos irritó con ello inevitablemente a las viejas potencias coloniales, que consideraban que esa nueva política estadounidense era entrometida e imprudente. Aquel viraje tácito de la política de las superpotencias señaló el triunfo de Bandung, la conferencia de veintinueve países de Asia y África celebrada en 1955 que proclamó la aparición de una nueva fuerza en el proceso de toma de decisiones en el sistema-mundo, a la que tanto Estados Unidos como la Unión Soviética se vieron obligados a cortejar.

La combinación del auge económico de Europa occidental y Japón, el peaje cobrado a Estados Unidos por la guerra de Vietnam y la difusión de la ideología de la «liberación» –no sólo en el Tercer Mundo, sino también en la propia Europa occidental y Estados Unidos– dejó oír el toque

de difuntos por el marco geopolítico posterior a 1945. Simbólicamente, su fin llegó con la revolución mundial de 1968.

II. EL DECLIVE, 1970-2000

El nuevo período estuvo marcado por dos grandes cambios: las transformaciones político-culturales provocadas por la agitación de 1968 y la turbulencia económica que siguió al fin de la larga expansión de la economía-mundo –una fase A de Kondratieff– y el inicio de lo que se iba a convertir en un período de estancamiento durante más de treinta años: una fase B de Kondratieff. Debemos analizar cuidadosamente cada una de ellas, si queremos entender cómo se reestructuró de arriba abajo la arena geopolítica.

La revolución mundial de 1968, que duró más o menos desde 1966 hasta 1970, fue un tumultuoso levantamiento contra la autoridad de cualquier tipo por parte de los estudiantes, y en muchos casos también de los trabajadores. Esas revueltas estallaron repentinamente y luego volvieron a apagarse, aunque en su momento les parecieran un huracán de fuerza 5 a los que se vieron mezclados en ellas. Podemos llamarla revolución *mundial* porque tuvo lugar prácticamente en todas partes, atravesando la división tripartita del sistema-mundo de la época: Occidente, el bloque comunista y el Tercer Mundo. Todavía está por escribir una historia verdaderamente completa de aquellos acontecimientos, ya que la mayoría de los comentarios se han concentrado en los acontecimientos más espectaculares cubiertos por los medios de comunicación, ignorando muchos levantamientos más pequeños, a menudo contra regímenes muy autoritarios.

Las cuestiones relevantes en cada caso siempre poseían una dimensión local y otra global. En casi todas aquellas revueltas se planteaban de alguna forma dos cuestiones globales. La primera era un rechazo de los acuerdos de Yalta, normalmente bajo la forma de una denuncia, tanto del imperialismo estadounidense (era la época de la guerra de Vietnam) como de la «colusión» soviética con él. De hecho, la descripción del mundo como un escenario compartido y dividido entre dos superpotencias y todos los demás –una innovación conceptual del maoísmo chino– es fruto de aquellos años. La segunda cuestión global era una crítica de los revolucionarios hacia la «vieja izquierda», esto es, las tres variedades clásicas de los movimientos antisistémicos: los partidos comunistas (en el poder en el llamado bloque socialista), los partidos socialdemócratas (alternando en el poder en la mayoría de los países de Occidente), y los movimientos de liberación nacional y populistas (en el poder en muchos países del Tercer Mundo). La acusación básica contra la vieja izquierda desde la nueva era que había ofrecido a sus seguidores un programa en dos etapas –primero conquistar el poder del Estado, y luego transformar el mundo–, pero una vez en el poder no habían llegado a cambiar, ni nacional ni internacionalmente, un orden jerárquico, antidemocrático y discriminatorio. En opinión de los revolucionarios de 1968, los partidos de la vieja izquierda en el poder se habían convertido en un obstáculo importante para conseguir el cambio que ellos mismos habían prometido en su fase de movilización.

Este par de percepciones –la colusión de la Unión Soviética con el imperialismo estadounidense y el fracaso político de la vieja izquierda– socavaron inexorablemente la fuerza política de los viejos movimientos. El desengaño generalizado con respecto a la idea de que el objetivo principal de los movimientos populares debía ser conquistar el poder, Estado por Estado, hacía preciso repensar estrategias radicales. Por otra parte, a ese desencanto político se sumaron pronto dudas económicas. Durante el período comprendido entre 1945 y 1970 la idea clave fue la del «desarrollo», esto es, la convicción de que adoptando una política estatal correcta todos los países podrían alcanzar el nivel de vida de los más ricos. Estados Unidos, la Unión Soviética y los países del Tercer Mundo utilizaban sin duda vocabularios diferentes acerca del desarrollo, pero sus objetivos básicos eran notablemente similares. La propuesta subyacente entendía como vía hacia la tierra prometida de la prosperidad una combinación de industrialización y urbanización, una agricultura más eficiente y una mejor educación, a lo que se añadía el recurso a un proteccionismo de corta duración (sustitución de importaciones).

Del desarrollo a la desregulación

En la década de 1960 las Naciones Unidas habían proclamado que la siguiente sería la Década del Desarrollo. Pero en realidad la de 1970 resultó ser la década de la muerte del desarrollismo como idea y como política, ya que la economía mundial en expansión había alcanzado los límites de la multiplicación de productores en los principales sectores industriales (como resultado de la reconstrucción económica de Europa occidental y Asia oriental), provocando un brusco declive de los beneficios en los sectores más dinámicos de la producción mundial. Esto, que es un fenómeno recurrente en el funcionamiento de la economía-mundo capitalista, condujo a los mismos resultados que en otras ocasiones anteriores: relocalización de muchas de esas industrias en países semiperiféricos en los que los niveles salariales eran más bajos (esos países solían considerar esa relocalización como un «desarrollo»); aumento del desempleo a escala mundial, en particular en los países más ricos, lo que indujo una reducción de los salarios reales y de los ingresos tributarios; competencia en la «tríada» formada por Estados Unidos, Europa occidental y Japón/Asia oriental para exportarse mutuamente el desempleo; desplazamiento del capital inversor de las empresas productivas a la especulación financiera; y un pronunciado aumento de la deuda pública en casi todos los países. Durante la década de 1970 se produjeron también dos importantes subidas del precio del petróleo, que golpearon duramente a la mayor parte del Tercer Mundo. Tanto los países del Tercer Mundo como los del bloque socialista tuvieron problemas en su balanza de pagos al debilitarse los mercados para sus exportaciones a los países ricos y encarecerse sus importaciones. Las rentas obtenidas por los países productores de petróleo se depositaron en una gran proporción en bancos estadounidenses y alemanes, desde donde ese dinero era «prestado» a países ahora desesperados del Tercer Mundo y del bloque socialista. Al poco tiempo la mayoría de ellos comprobaron que la carga de los intereses y del pago de su endeudamiento era demasiado pesada para sus economías y en la década de 1980 estalló la crisis de la deuda. El «fracaso» de la ideología desarrollista preparó la escena para el ataque neoliberal, encabezado por los regímenes de Thatcher y Reagan, el Fondo Monetario Internacional y el Foro Económico Mundial de Davos.

A partir de aquel momento una nueva definición de la vía hacia la tierra prometida –el llamado Consenso de Washington– invirtió la mayoría de los dogmas del desarrollismo. La industrialización mediante sustitución de importaciones se entendía ahora como un mecanismo de corrupción entre camarillas privilegiadas, la construcción del Estado como hipertrofia de la burocracia, la ayuda financiera de los países ricos como dinero arrojado a la alcantarilla, y las estructuras paraestatales como barreras al desarrollo empresarial. Se urgió a los Estados a reducir sus gastos en escuelas y en sanidad; las empresas públicas, consideradas por definición ineficientes, fueron destinadas a una privatización tan rápida como fuera posible; el «mercado» sustituyó al bienestar de la población como criterio de medida de cualquier actividad del Estado. El FMI puso en vigor esta concepción al hacer depender sus créditos del «ajuste estructural», lo que esencialmente significaba seguir las prescripciones del consenso de Washington.

La geopolítica del sistema-mundo cambió radicalmente. Los países del Tercer Mundo perdieron la confianza en sí mismos que habían logrado durante la época anterior, y las mejoras en su nivel de vida desaparecieron al verse golpeados internamente por las consecuencias económicas del estancamiento global. Muchos de sus regímenes políticos comenzaron a derrumbarse y a la zozobra económica se vinieron a sumar guerras civiles y otros tipos de trastornos internos. Uno por uno fueron cediendo a las exigencias del Consenso de Washington. El bloque soviético no quedó exento de ese deterioro. Sus tasas de crecimiento, en otro tiempo impresionantes, se vinieron abajo bruscamente, su cohesión interna autoritaria se desintegró, y la capacidad de Moscú para controlar a los «satélites» ahora impacientes desapareció poco a poco. Finalmente, la propia Unión Soviética entró con Gorbachov en la vía de la «reforma» política y económica (*glasnost* más *perestroika*). El remedio fue en muchos sentidos un éxito brillante; desgraciadamente, el paciente falleció.

La gestión del declive estadounidense

A muchos les parecía que el período posterior a 1970 era una época dorada para Estados Unidos. No era así en absoluto, sino más bien todo lo contrario. En primer lugar, Estados Unidos perdió una guerra importante contra un pequeño país. Nixon se retiró ignominiosamente de Saigón y Estados Unidos tuvo que debatirse a partir de entonces con el síndrome de Vietnam, esto es, una seria renuencia de la población estadounidense a enviar sus soldados a guerras potencialmente ruinosas en lugares muy remotos. A la derrota en Vietnam se añadió el escándalo Watergate, que obligó a Nixon a dimitir. La derrota militar y la crisis política doméstica eran empero sólo una gota de agua comparadas con el mar del problema geopolítico más grave de Estados Unidos, la pérdida de superioridad económica automática sobre sus principales aliados de Europa occidental y Japón, ya que una vez que los componentes de la Tríada alcanzaron cierta paridad económica, Estados Unidos no podía ya contar con que Europa occidental y Japón se comportaran como satélites políticos. La política exterior de Estados Unidos tuvo que cambiar, y durante treinta años (desde Nixon hasta Clinton pasando por Reagan) los sucesivos gobiernos se concentraron en un objetivo no declarado: retrasar el declive de la hegemonía estadounidense.

El programa que pusieron en práctica era triple. El primer elemento –destinado a mantener el poder político estadounidense– era una oferta de «asociación» a Europa occidental y Japón. Washington les ofreció a sus principales aliados voz y voto en la construcción de una geopolítica mundial conjunta, a cambio de que Europa occidental y Japón se abstuvieran de poner en práctica medidas unilaterales. La «asociación» se puso en marcha mediante la creación de una serie de instituciones, entre ellas la Comisión Trilateral, las reuniones del G-7 y el Foro Económico Mundial de Davos. Un importante argumento esgrimido por Estados Unidos fue la necesidad de mantener un frente unido contra la Unión Soviética, que había comenzado a ignorar los acuerdos de Yalta con su intervención en apoyo de un régimen comunista en Afganistán. La «asociación» no consiguió constreñir del todo a los principales aliados. Contra los deseos de los gobiernos estadounidenses, Alemania prosiguió su *Ostpolitik*; Europa occidental (incluido el gobierno de Margaret Thatcher) construyó un gasoducto desde la Unión Soviética hasta Occidente; y en la década de 1990 Corea del Sur emprendió una «política del rayo de sol» hacia Corea del Norte. Pero aunque sólo tuviera un éxito parcial, la política de «asociación» estadounidense consiguió al menos que sus aliados no se alejaran demasiado.

El segundo elemento estaba destinado a asegurar la ventaja militar estadounidense. Ahora que Vietnam había mostrado los límites de las fuerzas terrestres de Estados Unidos, era más importante que nunca mantener su ventaja nuclear. Ciertamente es que había perdido el monopolio absoluto de las armas nucleares, ya que desde mediados de la década de 1960 Gran Bretaña, la Unión Soviética, Francia y China contaban con ellas, pero Estados Unidos decidió que era crucial detener en aquel punto la proliferación nuclear, y ése era el segundo aspecto más importante de su política exterior. El Tratado de No Proliferación de Armas Nucleares entró en vigor el 5 de marzo de 1970. Ofrecía un trato: las cinco potencias nucleares se esforzarían en mantener negociaciones para el desarme nuclear y permitirían e incluso ayudarían a otros países a desarrollar los usos pacíficos de la energía nuclear; a cambio, el resto del mundo renunciaría a la obtención de armamento nuclear. Tres países se negaron a firmar el tratado –India, Pakistán e Israel– y todos ellos cuentan ahora con arsenales nucleares. Pero la mayoría de los Estados lo firmaron, y muchos países de los que se pensaba que habían iniciado programas encaminados al desarrollo de armamento nuclear los interrumpieron. La lista no es formal, pero probablemente incluye al menos a Suecia, Alemania, Corea del Sur, Japón, Sudáfrica, Brasil y Argentina. Desde el colapso de la Unión Soviética tres nuevas repúblicas independientes –Ucrania, Bielorrusia y Kazajistán– han renunciado a las armas nucleares que se habían instalado en su territorio. Existe por supuesto un pequeño grupo de países cuyos logros reales en ese terreno no acaban de estar claros: Iraq (cuyas instalaciones nucleares de Osirak fueron bombardeadas por Israel en el 1981), Libia (que desmontó las suyas en 2004), y Corea del Norte e Irán. La razón por la que ese Tratado es tan crucial para Estados Unidos es que unas pocas armas nucleares dan

a un país la posibilidad de limitar las opciones estratégicas de Estados Unidos y el alcance de su fuerza militar. Podemos decir que en este segundo objetivo también alcanzó un éxito parcial, tan sólo parcial.

El tercer elemento de la política exterior estadounidense era económico. Cuando el Consenso de Washington sustituyó al desarrollismo como doctrina mundial reinante, la economía estadounidense y en particular su implicación financiera en los países del Tercer Mundo se hizo mucho más rentable, compensando así parte del declive de rentabilidad de antiguas industrias punta en Estados Unidos. En muchos sentidos, este aspecto de la nueva política exterior fue el que más éxito tuvo de los tres hasta finales de la década de 1990.

Tras la Guerra Fría

Pero el propio éxito, por parcial que fuera, de estos esfuerzos por frenar el declive de su hegemonía, creó dificultades a Estados Unidos en el momento mismo en que se felicitaba por su consolidación como «única superpotencia». La primera de éstas fue provocada por el colapso de la Unión Soviética. Estados Unidos siempre había proclamado que el sistema soviético debía desaparecer: Reagan denunció el «imperio del mal» y pidió a Gorbachov «derruir el muro (de Berlín)». Cuando Gorbachov lo hizo en efecto, por sus propias razones, y forzó con ello un considerable desarme mutuo de las superpotencias, Estados Unidos no estaba muy seguro de cómo manejar ese nuevo escenario. En un período relativamente breve los países de Europa central y oriental se deshicieron de sus regímenes comunistas y cortaron sus lazos económicos y militares con la Unión Soviética. Esto fue seguido por la disolución del Partido Comunista de la Unión Soviética, el desmantelamiento de la URSS dando lugar a quince repúblicas independientes, y el desmantelamiento paralelo de la República Federal Socialista de Yugoslavia.

Las principales consecuencias geopolíticas fueron dos: Washington perdió el último argumento importante que podía emplear para convencer a Europa occidental de que le fuera policialmente leal: la necesidad de mantener un frente común contra la Unión Soviética. También perdió la mayor restricción indirecta sobre la política de los países del Tercer Mundo: el papel de la Unión Soviética como garante de la aplicación de las reglas acordadas en Yalta en países hostiles a Estados Unidos. Este último efecto se hizo espectacularmente notorio en el momento de la invasión iraquí de Kuwait en 1990. No debemos equivocarnos al analizar los motivos de Saddam Hussein para tomar aquella decisión. Iraq acababa de concluir una guerra irresuelta y agotadora contra Irán, llevada a cabo con el aliento activo de Estados Unidos, y tenía grandes deudas con Kuwait y Arabia Saudí como consecuencia del conflicto que iba a tener dificultades para saldar. Sus dirigentes tenían razones para creer que Kuwait estaba sacando petróleo de los campos iraquíes mediante pozos oblicuos. Además, Iraq venía argumentando desde hacía setenta años que Kuwait formaba parte de su territorio, ilegítimamente escindido por los británicos por sus propios intereses. Saddam Hussein pensó que podía resolver todos esos problemas de un solo golpe marchando sobre Kuwait, que militarmente no era enemigo para el ejército iraquí.

Evidentemente le preocupaban las eventuales reacciones mundiales frente a lo que era obviamente, bajo el derecho internacional, una agresión. Pero debido al inminente colapso de la Unión Soviética, podía permitirse desatender su opinión. Arabia Saudí no suponía una seria amenaza militar. El único obstáculo era Estados Unidos. Saddam Hussein probablemente razonó así: o bien Estados Unidos no reacciona (como le aseguró la embajadora estadounidense en Iraq April Glaspie dos días antes de la invasión) o si reacciona, lo peor que nos puede hacer es expulsarnos de Kuwait. Así que, valorando una y otra posibilidad, parecía una apuesta que merecía la pena intentar. Y por supuesto resultó estar en lo cierto. Estados Unidos, tras un titubeo momentáneo, puso en marcha una campaña política y militar para expulsar a los iraquíes de Kuwait, consiguiendo que cuatro países (Alemania, Japón, Arabia Saudí y Kuwait) soportaran el 90 por 100 del coste de la operación estadounidense; pero se detuvo en la frontera

por temor a las eventuales consecuencias negativas para los intereses estadounidenses de invadir el propio Iraq. El resultado final fue el *status quo ante*. Esto se iba a modificar evidentemente con las sanciones de la ONU y varias limitaciones a la soberanía iraquí; pero Saddam Hussein permaneció en el poder.

En el frente económico mundial, la década de 1990 iba a ser la de la institucionalización a largo plazo del orden global neoliberal. Su principal instrumento, la Organización Mundial del Comercio, quedó encargada de asegurar que los países del Sur abrieran sus fronteras a los flujos comerciales y financieros del Norte, respetando al mismo tiempo la «propiedad intelectual» de éstos. El mensaje básico era el eslogan lanzado por Margaret Thatcher una década antes: «No hay alternativa». Un logro geopolítico inicial de Estados Unidos fue la firma del Acuerdo de Libre Comercio de América del Norte (ALCAN), que entró en vigor el 1 de enero de 1994. Los países del ex bloque socialista, incluida la propia Rusia, se lanzaron a una orgía de privatizaciones y desregulaciones, como hicieron muchos otros Estados en el Sur.

La consecuencia inmediata en muchos países fue un empeoramiento de la situación económica, con la desaparición de las redes de seguridad social, crecientes tasas de desempleo y monedas a la baja, todo esto junto al espectacular auge de las nuevas capas ricas. Las desigualdades internas en los países menos desarrollados del mundo aumentaron espectacularmente. Cuando la única área del Sur a la que le había ido bastante bien económicamente –el Este y Sureste de Asia– sufrió una grave crisis financiera en 1997, seguida por percances similares en Rusia y Brasil, la opción neoliberal perdió gran parte de su credibilidad como solución para los problemas económicos del mundo. Ya había habido resistencias políticas de diversos tipos, uno de las cuales fue el regreso al poder en varios países de los antiguos partidos comunistas, ahora remodelados como organizaciones socialdemócratas dispuestas a mantener al menos algunos aspectos del Estado del bienestar. Otro fue la aparición de los zapatistas en el Estado mexicano de Chiapas, que iniciaron simbólicamente su levantamiento el mismo día en que entró en vigor el ALCAN. Hablaban en nombre de las poblaciones indígenas que reivindicaban el control sobre sus propias vidas y rechazaban globalmente las opciones neoliberales.

Cuando la OMC se reunió en Seattle en 1999 para establecer las reglas definitivas de un orden económico mundial neoliberal, se encontró con las manifestaciones populares (en gran medida de movimientos sociales estadounidenses) que hicieron descarrilar el proyecto. Durante los años siguientes se produjeron protestas similares coincidiendo con otras conferencias internacionales, que desembocaron en la creación del Foro Social Mundial, reunido por primera vez en Porto Alegre en enero de 2001 y que se presentaba como una respuesta popular al Foro Económico Mundial de Davos, el lugar oficial de encuentro del neoliberalismo global. El programa para frenar el declive de la hegemonía estadounidense parecía rechinar, y era hora de revisarlo.

Esa reflexión partió del grupo de los (bien llamados) neoconservadores a los a los que George W. Bush instaló en puestos destacados de su gobierno tras su acceso al poder en 2001. Ese grupo se había constituido en la década de 1990 en torno al Proyecto para un Nuevo Siglo Americano. Aunque Bush no era miembro de esa organización, su vicepresidente, su secretario y vicesecretario de defensa, su hermano y varios altos funcionarios o asesores de su gobierno lo eran o lo habían sido. Este grupo era extremadamente crítico hacia la política exterior de Clinton, pero de hecho rechazaba todo el planteamiento de la política exterior estadounidense que había tratado de frenar el declive de su hegemonía desde 1970. Creían que el vaso del poder estadounidense no estaba medio lleno, sino medio vacío, o que el declive estadounidense era demasiado patente, lo cual no atribuían a los cambios estructurales verificados en el sistema-mundo (por ejemplo, el fin de la superioridad económica de Estados Unidos frente a Europa occidental y Japón), sino por el contrario a errores políticos garrafales y a la falta de resolución de los sucesivos presidentes estadounidenses. No exceptuaban ni siquiera a Reagan de esa crítica, aunque no lo decían en voz muy alta.

Aquel *lobby* reclamaba una revisión radical de la política exterior estadounidense. Deseaban sustituir el multilateralismo blando que servía de base a la «asociación» que Estados Unidos había ofrecido a sus principales aliados entre 1970 y 2000 por decisiones unilaterales que debían presentarse imperiosamente a los aliados. Los países que parecían resistirse a la no proliferación nuclear debían ser obligados a tomar una decisión inmediata. Al mismo tiempo, había que esforzarse por liberar a Estados Unidos de las restricciones que había aceptado en cuanto a la expansión y puesta al día de su propio arsenal nuclear. Los neoconservadores pretendían bloquear la participación estadounidense en nuevos tratados internacionales que pudieran limitar en algún sentido las decisiones nacionales estadounidenses (Protocolo de Kioto, Ley del Mar, etcétera). Pero sobre todo les distinguía su empeño en derrocar por la fuerza a Saddam Hussein, que en su opinión había humillado a Estados Unidos permaneciendo en el poder en Iraq. Implícitamente acusaban al primer presidente Bush de no haber marchado sobre Bagdad en 1991.

Es importante señalar que muchos, si no la mayoría, de esos individuos habían ocupado altos puestos en los gobiernos de Reagan y Bush, pero nunca habían conseguido que las Administraciones de éstos se adhirieran a su programa. Se habían visto boicoteados por un amplio grupo de funcionarios partidarios de la estrategia seguida desde Nixon hasta Clinton que consideraban sus propuestas una insensatez peligrosa. Así que no sólo se sentían burlados por Saddam Hussein, sino también por los responsables de la política exterior estadounidense. Su frustración se prolongó durante los ocho primeros meses de la Administración de Bush. Entonces llegó el ataque de Osama bin Laden contra las Torres Gemelas y el Pentágono. Casi inmediatamente consiguieron que Bush se pusiera de su parte. Lo que probablemente los convenció, a él y a sus asesores políticos más cercanos, fue el hecho de que asumir el manto de «presidente de guerra» parecía la vía más segura para la reelección así como para la materialización de sus objetivos domésticos más ambicionados.

La lógica de la actitud neoconservadora era muy simple. Derrocar a Saddam Hussein por la fuerza, preferiblemente unilateral, no sólo restauraría el honor estadounidense, sino que también intimidaría a tres grupos cuyas políticas parecían constituir la principal amenaza para la hegemonía estadounidense: Europa occidental con sus pretensiones de autonomía geopolítica; los aspirantes a ingresar en el club nuclear, especialmente Corea del Norte e Irán; y los gobernantes de los Estados árabes que invocaban sin convicción una solución «duradera» del conflicto palestino-israelí. Los neoconservadores razonaban que, si se podían conseguir esos objetivos rápida y conclusivamente, cualquier oposición sería a la hegemonía estadounidense se desintegraría y el mundo entraría realmente en «un nuevo siglo americano».

Cálculos equivocados

Pero cometieron varios errores importantes. Supusieron que la conquista militar de Iraq sería relativamente fácil y poco costosa en personal y en dinero. Ahora está claro que estaban equivocados. Aunque las tropas estadounidenses entraron rápidamente en Bagdad en 2003, fueron incapaces de establecer el orden en el país. Las fuerzas ba'azistas se clandestinizaron para formar las bases de una resistencia guerrillera, cuyo alcance y eficacia ha crecido constantemente. Washington estaba manifiestamente mal preparado para afrontar la complejidad de la política interna iraquí y se encontró atrapado en un cenagal, no sólo militar sino también político, del que hasta ahora no ha conseguido salir. De hecho, a medida que pasa el tiempo Estados Unidos cuenta con un margen de maniobra cada vez menor, llegando a parecer un Gulliver atado por los diminutos liliputienses.

Además, la política de intimidación sólo tuvo un éxito parcial. En 2002 y 2003 Francia y Alemania mostraron públicamente su desacuerdo con la invasión de Iraq y Estados Unidos tuvo que retirar su segundo proyecto de resolución en el Consejo de Seguridad de la ONU cuando quedó claro el poco apoyo que recibiría. La intimidación tampoco disuadió a los potenciales aspirantes a conseguir armas nucleares. Tanto Corea del Norte como Irán sacaron de la invasión

estadounidense de Iraq la conclusión de que Estados Unidos pudo emprenderla, no porque Iraq poseyera armas nucleares, sino porque no disponía de ellas. A ambos gobiernos les parecía obvio que su defensa más segura consistía en acelerar la adquisición de un arsenal nuclear. Por razones tácticas Irán lo ha venido negando mientras que Corea del Norte ha hecho lo contrario. Estados Unidos asegura que ambos países están llevando a la práctica tales programas; pero se encuentra debilitado militar y políticamente por la ocupación de Iraq. Ha quedado claro que Estados Unidos no es capaz de llevar a cabo con éxito una invasión terrestre de otro país parecido. Podría lanzar preventivamente bombas nucleares, pero las consecuencias serían aterradoras e imprevisibles. De hecho, ahora se halla en una posición más difícil para conseguir el apoyo de cualquier país de Europa occidental o de Asia oriental para cualquier intento de obligar a esos dos países a interrumpir sus programas nucleares. Así, pues, la capacidad de Estados Unidos para impedir la proliferación nuclear es menor tras la invasión de Iraq que antes de ella, al contrario de lo que preveía el proyecto neoconservador. En cuanto a los regímenes árabes, la conclusión que han sacado de la invasión de Iraq ha sido que la política ambigua que han mantenido durante décadas era la única recomendable para su propia supervivencia. En general se mostraron horrorizados ante las consecuencias políticas de la invasión, tanto para Iraq como para sus propios países; y claramente desconfían de cualquier nuevo proyecto estadounidense en Oriente Próximo.

Finalmente, en el frente del neoliberalismo, el Consenso de Washington ya no parece tan vinculante para los países del Sur, gracias al debilitamiento de la situación geopolítica estadounidense como consecuencia de la guerra de Iraq. Tanto las negociaciones en la OMC, que la Administración de Bush trata de revitalizar, como la apuesta de Washington por crear un Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), se han estancado debido a los obstáculos planteados por Brasil y otros gobiernos del Sur. En la asamblea de la OMC en Cancún en 2003, Brasil unió sus fuerzas con Sudáfrica, India y China para constituir el bloque G-20 de países del Tercer Mundo para negociar con Estados Unidos y Europa occidental¹. La posición básica del G-20 es que si el Sur debe abrir sus fronteras al comercio y los flujos financieros del Norte y proteger los derechos de propiedad intelectual de las firmas del Norte, éste tiene a su vez que abrir sus fronteras a los flujos comerciales del Sur en áreas tales como los productos textiles y agrícolas. Por razones políticas domésticas, a Estados Unidos y Europa occidental les resulta imposible acceder a esa reivindicación. El G-20 respondió que en ese caso no podía acceder a las demandas del Norte. El resultado ha sido un *impasse* que ha acabado con la capacidad de la OMC para llevar a la práctica sus objetivos neoliberales. Algo parecido ha sucedido con el ALCA. Brasil y Argentina, fuertemente apoyados por Venezuela, han presionado sobre otros países sudamericanos para que reforzaran sus lazos con Mercosur en lugar de firmar el ALCA. Como consecuencia, el proyecto del ALCA no ha progresado apenas y Estados Unidos trata ahora de establecer pactos comerciales bilaterales con países más pequeños, una táctica que de hecho reduce el libre comercio mundial en lugar de expandirlo.

El resultado neto de toda la política exterior de Bush ha sido pues acelerar el declive de la hegemonía estadounidense en lugar de frenarlo. El mundo ha entrado en una fase de división multilateral, relativamente desestructurada, del poder geopolítico, con varios centros regionales de diversa capacidad de maniobra: al menos Estados Unidos, el Reino Unido, la Unión Europea, Rusia, China, Japón, India, Irán, Brasil. No existe una superioridad abrumadora –económica, política, militar o ideológico-cultural– de ninguno de estos centros; y tampoco existe por el momento ningún conjunto fuerte de alianzas, aunque es probable que emerja alguno.

¹ Este G-20 está formado por Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, China, Cuba, Egipto, Filipinas, Guatemala, India, Indonesia, México, Nigeria, Pakistán, Paraguay, Sudáfrica, Tailandia, Tanzania, Uruguay, Venezuela y Zimbabue; pero existe otro G-20, creado en 1999 como ampliación del G-8, y que está formado por Alemania, Arabia Saudí, Argentina, Australia, Brasil, Canadá, China, Corea del Sur, Estados Unidos, Francia, India, Indonesia, Italia, Japón, México, Rusia, Sudáfrica, Turquía, el Reino Unido y la Unión Europea. Conviene tener presente esta ambigüedad, porque es habitual la confusión entre ambos G-20, por ejemplo en Wikipedia en castellano [N. del T.].

¿Escenarios futuros?

Mirando hacia adelante, hacia las próximas dos décadas, ¿qué tipo de escenarios son probables? El primero es un hundimiento total de la no proliferación nuclear, con la aparición de una o dos docenas de pequeñas potencias nucleares sumándose a las existentes. El declive de la potencia estadounidense más los intereses en competencia de múltiples centros de poder garantiza prácticamente que los países que interrumpieron tales programas en el período 1970-2000 los reanudarán, sin duda acompañados por otros. Esto actuará como elemento disuasorio de acciones militares en muchas zonas del planeta y hará mucho más peligrosas las consecuencias de tales acciones.

En el campo de las finanzas mundiales, es probable que desaparezca el dominio del dólar estadounidense, dando paso a un sistema de múltiples monedas. Es obvio que el euro y el yen se utilizarán más, como medios de acumulación financiera y para intercambiar mercancías. La cuestión es si se unirán otras monedas a la lista, y el grado en que la ampliación del número de monedas en uso en el mundo económico real desequilibrará el sistema o lo hará extremadamente volátil. En cualquier caso, el declive del papel central del dólar creará importantes dilemas económicos para Estados Unidos en relación con la deuda nacional existente, y probablemente dé lugar a una reducción del nivel de vida allí.

Hay tres regiones que merecen un examen especial porque se encuentran actualmente en un estado de considerable agitación, y lo que de éste derive es probable que cambie el panorama geopolítico: Europa, Asia oriental y América Latina. La historia de Europa es la más conocida. En los cinco años transcurridos entre 2000 y 2005, en esa región han tenido lugar dos importantes acontecimientos. El primero fue el resultado directo de la revisión unilateralista por parte de Bush de la política exterior estadounidense. Tanto Francia como Alemania se opusieron públicamente a la invasión estadounidense de Iraq en marzo de 2003 durante los preparativos de ésta y obtuvieron el apoyo de muchos otros países europeos. Al mismo tiempo hicieron propuestas de apertura a Rusia, comenzando a crear un eje París-Berlín-Moscú. Como respuesta, Estados Unidos ayudó a Gran Bretaña a crear un movimiento opuesto, arrastrando tras de sí a la mayoría de los países de Europa central y oriental, lo que Rumsfeld llamaba «nueva» Europa frente a la «vieja». Las motivaciones de los Estados de Europa central y oriental derivaban principalmente de su temor a Rusia y de su consiguiente necesidad de mantener fuertes vínculos con Estados Unidos.

El segundo acontecimiento fue la derrota del proyecto de Constitución europea en los referendos celebrados en Francia y los Países Bajos. Ahí las líneas fueron diferentes de las contempladas con respecto a la invasión de Iraq. Algunos votos «no» provenían de la oposición popular al neoliberalismo y del temor a que la nueva Constitución lo consolidara; otros de los recelos frente a una nueva expansión de Europa hacia el Este y la posible entrada de Turquía en la UE. En ambos casos, quienes votaron «no» querían una Europa más autónoma, capaz de distanciarse más de Estados Unidos. Pero la combinación de los dos acontecimientos –las discrepancias acerca de la invasión de Iraq y la derrota de la nueva Constitución– ha bloqueado hasta ahora cualquier impulso hacia una Europa más fuerte y más independiente. La cuestión es si durante la próxima década ese proyecto podrá relanzarse sobre una base institucional y popular más firme. Todavía sigue siendo una cuestión abierta si tal proyecto europeo reanimado, si llegara a despegar, lograría un acuerdo político con Rusia, de forma que pudiéramos hablar de un polo geopolítico euro-ruso.

En cuanto a la región de Asia oriental, el escenario es bastante diferente, ya que esa zona comprende sólo tres países, todos ellos grandes: China, Corea y Japón. Es improbable que las divisiones que afectan actualmente a dos de ellos se mantengan. Aunque ninguna de las dos reunificaciones (entre Corea del Norte y del Sur y entre la República Popular China y Taiwán) será fácil de conseguir, es muy posible que ambas se produzcan antes de 2025. Pero hay una segunda cuestión diferente de las que se dan en el otro extremo de Eurasia. En Europa, la

enemistad histórica entre Francia y Alemania se ha desvanecido en gran medida, mientras que las diferencias existentes entre Japón y China o Corea son profundas, con intensas pasiones en ambos bandos. Por otra parte, las ventajas económicas para los tres países de establecer vínculos más estrechos serían muy grandes, y podrían aliviar los rencores históricos. Hay una cuestión peliaguda que resolver: ¿cuál de estos dos países, China o Japón, desempeñará el papel «dirigente» en una eventual unificación de algún tipo de Asia oriental? El problema, que incluye aspectos militares, monetarios y político-culturales, no es insoluble, pero requerirá un liderazgo político muy capaz en los tres países. Si a pesar de todo se pueden superar los obstáculos, la Unión de Asia oriental podría emerger como el miembro más fuerte de la tríada todavía existente en el Norte. En tal caso, probablemente arrastrará a Estados Unidos a su campo como una especie de combinación entre viejo estadista experimentado y socio menor. Éste no es exactamente el papel que Washington pretende desempeñar, pero en torno a 2025 podría parecer un acuerdo atractivo tanto para el gobierno estadounidense como para su población.

Finalmente, América Latina cuenta con el potencial suficiente para emerger como un agente autónomo significativo, si se libera de la dependencia de Estados Unidos y es capaz de consolidar alguna forma de unidad económica. Podría atraer hacia su campo a México, y también podría dar gigantescos pasos económicos y políticos hacia adelante, en detrimento, evidentemente, de Estados Unidos. Cómo se adecuarían otras fuerzas potenciales – especialmente, pero no sólo, India, Irán, Indonesia y Sudáfrica– a tal realineamiento geopolítico general es la cuestión menos clara del próximo futuro. Y acechando tras cualquier posible reconfiguración de la política mundial estarían las cuestiones del acceso a la energía y al agua, en un mundo agobiado por dilemas ecológicos y que podría producir mucho más de lo que permiten las capacidades de acumulación capitalista existentes. Ahí podría estar la cuestión más explosiva de todas, para la que ninguna maniobra geopolítica de remodelación ofrece ninguna solución.

2. Capítulos 22, 27, 28 y 29 del libro *Capitalismo histórico y movimientos antisistémicos. La geopolítica y la geocultura del sistema-mundo moderno*, Madrid, Ediciones Akal, «Cuestiones de antagonismo 24», 2004.

Capítulo 22. Las tensiones ideológicas del capitalismo: universalismo frente a racismo y sexismo

Del mismo modo que nacionalismo y etnicidad surgen unidos, creo que el universalismo y el racismo/sexismo, como ideologías, nacen juntos y forman una pareja simbiótica. El sistema-mundo moderno se basa en ambas ideologías, aparentemente contradictorias, al mismo tiempo. Esto explica el tipo de fracturas que observamos y la continua ambigüedad epistemológica de la antinomia universalismo/particularismo.

Desde hace mucho tiempo venimos oyendo que el mundo moderno ha sido el primero en superar los límites de los estrechos vínculos locales para proclamar la fraternidad universal entre los hombres. Al menos así era hasta la década de 1970, pero desde entonces hemos cobrado conciencia de que la propia terminología de la doctrina universalista se contradice; por ejemplo, la expresión *fraternidad entre los hombres* se refiere al género masculino y, por lo tanto, excluye o relega implícitamente a una esfera secundaria a todas las mujeres. Sería fácil multiplicar los ejemplos lingüísticos que revelan la tensión subyacente entre la continua legitimación ideológica del universalismo en el mundo moderno y la realidad permanente (tanto material como ideológica) del racismo y el sexismo en este mismo mundo. Pretendo poner de relieve esa tensión o, para ser más precisos, contradicción, porque las contradicciones no sólo aportan la fuerza dinámica de los sistemas históricos, sino que ponen al descubierto sus características fundamentales.

Una cosa es preguntarse por el origen y arraigo de la doctrina universalista o por qué existen y persisten el racismo y el sexismo, y otra muy distinta indagar el vínculo entre ambas ideologías, lo que podemos entender en realidad como relación simbiótica entre estos presuntos contrarios. Comencemos por una aparente paradoja. Las creencias universalistas han supuesto el principal desafío al racismo y al sexismo, y las ideas racistas y sexistas el principal desafío al universalismo. Suponemos que los partidarios de cada uno de estos sistemas de creencias son personas que militan en campos opuestos. Sólo ocasionalmente nos permitimos advertir que el enemigo, como decía Pogo¹, somos nosotros mismos; que a la mayoría de nosotros (tal vez a todos) nos parece perfectamente posible seguir simultáneamente ambas doctrinas. Es una situación deplorable, sin duda, pero hay que explicarla, y no basta invocar la hipocresía: esta paradoja (o hipocresía) es permanente, generalizada y estructural, no un error humano pasajero.

En los sistemas históricos anteriores era más fácil mantener la coherencia. Por distintas que fueran sus estructuras y sus premisas, esos sistemas no vacilaban en establecer una distinción moral y política entre el integrante del grupo y el individuo ajeno a él. Al miembro del grupo propio se le atribuían cualidades morales superiores, y el sentido de obligación recíproca entre los componentes de la colectividad prevalecía sobre cualquier concepción abstracta de la especie humana, si es que tales abstracciones llegaban a formularse. Hasta las tres religiones monoteístas de ámbito universal (judaísmo, cristianismo e islam) distinguían entre fieles e infieles, pese a su hipotético compromiso con un dios único que reina sobre una especie humana igualmente única.

Estudiaremos en primer lugar los orígenes de las doctrinas universalistas modernas, luego las fuentes del racismo y el sexismo modernos y por último la combinación de ambas ideologías en la práctica, tanto desde el punto de vista de sus causas como de sus consecuencias.

¹ Personaje de un cómic de Walt Kelly, 1972 [N. del T.].

Hay dos formas principales de explicar los orígenes del universalismo como ideología de nuestro sistema histórico actual. La primera lo entiende como culminación de una antigua tradición intelectual, mientras que la segunda lo juzga especialmente adecuado para una economía-mundo capitalista. Estos dos tipos de explicación no son necesariamente contradictorios. El razonamiento que presenta el universalismo como resultado o culminación de una larga tradición tiene que ver precisamente con las tres religiones monoteístas. El salto moral decisivo tuvo lugar, según se dice, cuando los seres humanos (o algunos de ellos) dejaron de creer en un dios tribal y admitieron la unicidad de Dios, y con ella, implícitamente, la de la humanidad. Por supuesto –prosigue la argumentación–, las tres religiones monoteístas no llevaron su lógica hasta las últimas consecuencias. El judaísmo reservó un lugar privilegiado para el pueblo elegido y se ha mostrado reacio a acoger a nuevos miembros en su seno. El cristianismo y el islam levantaron las barreras que impedían la incorporación al grupo elegido y emprendieron por el contrario el camino del proselitismo. Pero tanto uno como otro exigían normalmente a quienes deseaban acceder plenamente al reino de Dios un juramento de fidelidad (que el adulto antes no creyente podía realizar mediante la conversión formal). El pensamiento ilustrado moderno se limitó a ir un poco más allá en esa lógica monoteísta e hizo derivar la igualdad moral y los derechos humanos de la propia naturaleza humana, por lo que éstos son derechos naturales con los que todos nacemos y no privilegios adquiridos.

Esta visión de la historia de las ideas no es incorrecta. Disponemos de varios documentos político-morales importantes de finales del siglo XVIII que reflejan esta ideología de la Ilustración, documentos que adquirieron gran crédito y adhesión como consecuencia de convulsiones políticas trascendentales (Revolución Francesa, descolonización de América, etc.). Por otra parte, podemos ir más lejos en la historia ideológica, ya que en estos documentos del siglo XVIII había numerosas omisiones de hecho, sobre todo en lo que se refiere a las personas no blancas y a las mujeres. Con el paso del tiempo, estas y otras omisiones han sido rectificadas incluyendo explícitamente a esos grupos bajo el amparo de la doctrina universalista. En la actualidad, hasta los movimientos sociales que pretenden llevar a la práctica políticas racistas o sexistas tienden a aceptar de boquilla la ideología del universalismo, dando así la impresión de que consideran un tanto vergonzoso proclamar abiertamente lo que creen que debería regir las prioridades políticas. No es difícil, por lo tanto, deducir de la historia de las ideas una especie de curva temporal ascendente de la aceptación de la ideología universalista y afirmar, basándose en esa curva, la existencia de una especie de proceso histórico mundial inexorable.

Sin embargo, dado que el universalismo sólo se ha propugnado seriamente como doctrina política en el mundo moderno, parece sólidamente fundado argumentar que su origen ha de buscarse en el marco socioeconómico de este mundo. La economía-mundo capitalista es un sistema basado en la acumulación incesante de capital. Uno de los principales mecanismos que la hacen posible es la mercantilización de todo. Las mercancías circulan en lo que llamamos mercado mundial en forma de bienes, capital y fuerza de trabajo. Es de suponer que cuanto más libre sea la circulación, más profunda será la mercantilización, y en consecuencia todo lo que restrinja el flujo está hipotéticamente contraindicado.

Todo aquello que impida que los bienes, el capital y la fuerza de trabajo circulen como mercancías vendibles supone un obstáculo para esos flujos. Todo recurso a criterios diferentes de su valor de mercado para evaluar los productos, el capital y la fuerza de trabajo, atendiendo a otras prioridades, dificultan su comercialización. Por una suerte de lógica interna impecable, todos los particularismos, del tipo que sean, se consideran pues incompatibles con la lógica del sistema capitalista, o como mínimo un obstáculo para su funcionamiento óptimo. Por consiguiente, en el seno del sistema capitalista resulta imperativo proclamar y desarrollar una ideología universalista como elemento fundamental de la incesante acumulación de capital, de forma que las relaciones sociales capitalistas actúan como un «disolvente universal» que lo reduce todo a una forma mercantil homogénea cuyo único criterio de valoración es el dinero.

Esto da lugar, se dice, a dos consecuencias principales. Permite la máxima eficiencia posible en la producción de bienes. En concreto, en cuanto a la fuerza de trabajo, si tenemos una «carrera abierta a los talentos» (una de las consignas nacidas en la Revolución Francesa), es probable que coloquemos a las personas más competentes en las funciones profesionales más adecuadas para ellos en la división mundial del trabajo. De hecho, hemos desarrollado todo un conjunto de mecanismos institucionales (enseñanza pública, funcionariado, normas contra el nepotismo) destinados a establecer lo que hoy llamamos sistema «meritocrático».

Por otra parte, la meritocracia no sólo es económicamente eficaz, sino también un factor de estabilización política. En la medida en que en el capitalismo histórico (al igual que en los sistemas históricos anteriores) existen desigualdades en la distribución de las recompensas, el resentimiento hacia quienes reciben las más elevadas por parte de quienes reciben las más modestas es menos intenso al justificarse por el mérito y no por la tradición. En otras palabras, se piensa que la mayor parte de la gente considera más aceptables, moral y políticamente, los privilegios derivados del mérito que los adquiridos gracias a la herencia.

Esta sociología política me parece discutible. Diría incluso que sucede exactamente al revés. Mientras que los privilegios adquiridos gracias a la herencia han sido aceptados durante mucho tiempo por los oprimidos, justificados al menos en parte por creencias místicas o fatalistas en un orden eterno que al menos ofrecía la comodidad de la certeza, el privilegio adquirido porque alguien que es quizá más inteligente y seguramente más instruido que otro es sumamente difícil de admitir, salvo por la minoría dedicada a trepar por la escala. Nadie que no sea un *yuppie* puede amar o admirar a otro *yuppie*. Los príncipes, al menos, podían parecer figuras bondadosamente paternas, pero un *yuppie* nunca será más que un hermano superprivilegiado. El sistema meritocrático es uno de los menos estables políticamente, y es precisamente esta fragilidad política la que da entrada en escena al racismo y el sexismo.

Durante mucho tiempo se ha pensado que la supuesta curva ascendente de la ideología universalista se correspondía teóricamente con una curva descendente en el grado de desigualdad, ideológica y fáctica, determinada por la raza o el género. Desde el punto de vista empírico no ha sido así. Se podría incluso defender lo contrario, que las desigualdades raciales y de género han venido creciendo en el mundo moderno, o que, al menos, no se han reducido realmente ni en los hechos ni probablemente en la ideología. Para determinar las razones, debemos examinar qué proclaman realmente las ideologías racistas y sexistas.

El racismo no es sólo una actitud de desprecio o de miedo hacia quienes pertenecen a otros grupos definidos por criterios genéticos (como el color de la piel) o sociales (adscripción religiosa, pautas culturales, preferencia lingüística, etc.). Por regla general, aunque incluya ese desprecio y ese miedo, el racismo va mucho más lejos. El desprecio y el miedo son aspectos muy secundarios de lo que define la práctica del racismo en la economía-mundo capitalista. Puede afirmarse incluso que el desprecio y el miedo hacia el otro (xenofobia) es un aspecto del racismo que supone una contradicción.

En todos los sistemas históricos anteriores la xenofobia entrañaba una consecuencia fundamental: la expulsión del «bárbaro» del espacio físico de la comunidad, la sociedad, el grupo interno; la versión extrema de esta expulsión era la muerte. Cuando expulsamos físicamente al otro, el entorno gana en «pureza», que es lo que supuestamente pretendemos, pero es inevitable que al mismo tiempo perdamos algo. Perdemos la fuerza de trabajo de la persona expulsada y, por consiguiente, la contribución de esa persona a la creación de un excedente del que habríamos podido apropiarnos periódicamente. Esto representa una pérdida para todos los sistemas históricos, pero es particularmente grave cuando toda la estructura y la lógica del sistema se basan en la acumulación incesante de capital.

Un sistema capitalista en expansión (lo que sucede la mitad del tiempo) necesita toda la fuerza de trabajo disponible, ya que es este trabajo el que produce los bienes mediante los que se

genera, realiza y acumula el capital. La expulsión del sistema no tiene sentido. Pero si se quiere obtener la máxima acumulación de capital es preciso reducir simultáneamente al mínimo los costes de producción (y por ende los costes en fuerza de trabajo) y los derivados de la conflictividad política (y por lo tanto minimizar –no eliminar, ya que es imposible– las protestas de la fuerza de trabajo). El racismo es la fórmula mágica que reconcilia ambos objetivos.

Examinemos uno de los primeros y más famosos debates que haya tenido lugar a propósito del racismo como ideología. Cuando los europeos llegaron al Nuevo Mundo encontraron pueblos a los que exterminaron en gran cantidad, directamente con la espada o indirectamente con enfermedades. Un religioso español, fray Bartolomé de las Casas, hizo suya la causa de estos pueblos y afirmó que los indios tenían almas que había que salvar. Indaguemos más a fondo las implicaciones del argumento de Las Casas, que obtuvo la aprobación oficial de la Iglesia y finalmente de los Estados. Dado que tenían alma, los indios eran seres humanos y debían aplicárseles las normas del derecho natural. Por consiguiente, estaba moralmente prohibido matarlos de manera indiscriminada (esto es, expulsarlos del dominio de los vivos) y había que procurar la salvación de su alma (es decir, convertirlos a los valores universalistas del cristianismo). Al estar vivos y presumiblemente en vías de conversión, podían ser integrados en la fuerza de trabajo, desde luego según el nivel de sus aptitudes, lo que quería decir en el más bajo de la jerarquía profesional y salarial.

Desde un punto de vista operativo, el racismo ha adoptado la forma de lo que podemos denominar «etnización» de la fuerza de trabajo, con lo que quiero decir que en todo momento ha existido una jerarquía de ocupaciones y remuneraciones relacionada con ciertos criterios supuestamente sociales. Pero mientras que el patrón de la etnización ha sido constante, sus detalles han variado con el lugar y el momento, dependiendo de la localización de los pueblos y razas en un espacio y tiempo concretos, y de las necesidades jerárquicas de la economía en ese momento y lugar.

Eso quiere decir que el racismo ha conjugado siempre las pretensiones basadas en la continuidad de vínculos con el pasado (genético y/o social) con una gran flexibilidad orientada hacia el presente al definir las fronteras existentes entre estas entidades reificadas denominadas razas o grupos étnicos, nacionales y religiosos. La flexibilidad que ofrece la reivindicación de un vínculo con las fronteras del pasado, unida a la revisión continua de estas fronteras en el presente, adopta la forma de una creación y de una continua recreación de comunidades y grupos raciales y/o étnicos, nacionales y religiosos. Siempre están presentes, y siempre clasificados jerárquicamente, pero no siempre son exactamente los mismos. Ciertos grupos pueden desplazarse en la clasificación; algunos pueden desaparecer o unirse con otros, y los hay que se desgajan dando lugar a nuevos grupos. Pero entre ellos siempre hay algunos individuos que son «negros». Si no hay negros, o si su número es excesivamente reducido, siempre se pueden inventar «negros blancos».

Este tipo de sistema –un racismo constante en forma y ponzoña, aunque un tanto flexible en sus fronteras– hace sumamente bien tres cosas. En primer lugar, permite ampliar o contraer la cantidad de individuos disponibles para las ocupaciones económicas peor pagadas y menos gratificantes según las necesidades de cada zona espacio-temporal concreto. Propicia y recrea permanentemente comunidades sociales que en realidad socializan a sus hijos para que puedan desempeñar, a su vez, las funciones que les corresponden (aunque, desde luego, también les inculcan formas de resistencia). Por último, ofrece una base no meritocrática para justificar la desigualdad. Merece la pena subrayar este último aspecto. Precisamente por ser una doctrina antiuniversalista, el racismo ayuda a mantener el capitalismo como sistema, pues justifica que a un segmento importante de la fuerza de trabajo se le asigne una remuneración muy inferior a la que le correspondería según sus méritos.

Pero si el capitalismo, como sistema, engendra el racismo, también engendra necesariamente el sexismo? Sí, porque de hecho ambos están íntimamente unidos. La etnización de la fuerza de trabajo tiene como finalidad que grandes sectores de la fuerza de trabajo reciban salarios muy

bajos. De hecho, éstos sólo son posibles porque los asalariados pertenecen a estructuras familiares para las que los ingresos salariales sólo constituyen una parte relativamente reducida del total de ingresos familiares. Tales estructuras familiares (hogares) precisan una inversión considerable de trabajo en las actividades denominadas «de subsistencia» y en pequeñas actividades mercantiles, en parte de los varones adultos, pero sobre todo de las mujeres adultas, de los niños y adolescentes y de las personas de edad avanzada de ambos sexos.

En tal sistema, la aportación de trabajo no asalariado «compensa» el bajo nivel de los ingresos salariales y representa así, en la práctica, una subvención indirecta a los patronos efectuada por los asalariados pertenecientes a esos hogares. El sexismo nos permite olvidarlo. El sexismo no es sólo la asignación de tareas diferentes o menos valoradas a las mujeres, del mismo modo que el racismo no es sólo xenofobia. El racismo trata de mantener a la gente dentro del sistema laboral y no expulsarla de él; el sexismo persigue el mismo objetivo.

La manera en que inducimos a las mujeres –así como a los adolescentes y a los mayores– a trabajar para crear plusvalor para los propietarios del capital, que ni siquiera les pagan por ello, consiste en proclamar que en realidad su trabajo no es tal. Inventamos al «ama de casa» y afirmamos que no trabaja, que se contenta con «llevar la casa». Y así, cuando los gobiernos calculan el porcentaje de fuerza de trabajo activa, las «amas de casa» no figuran ni en el numerador ni en el denominador del cálculo. La discriminación de género va acompañada automáticamente de la discriminación por la edad. Del mismo modo que pretendemos que el trabajo del ama de casa no crea plusvalor, afirmamos que las múltiples aportaciones laborales de los adolescentes y mayores no asalariados tampoco la producen.

Nada de esto refleja la realidad laboral, pero forma parte de una ideología sumamente poderosa y en la que todo encaja. La combinación de universalismo-meritocracia, como base de legitimación del sistema por los cuadros o capas medias, y de racismo-sexismo como mecanismo destinado a estructurar la mayor parte de la fuerza de trabajo, funciona perfectamente, pero sólo hasta cierto punto, por una razón muy sencilla: las dos estructuras ideológicas de la economía-mundo capitalista están en flagrante contradicción. Su combinación, por delicado que sea el ajuste, es inestable y siempre está al borde de desintegrarse cuando diversos grupos tratan de llevar más lejos la lógica del universalismo, por una parte, y la del racismo-sexismo, por otra.

Sabemos lo que sucede cuando el racismo-sexismo va demasiado lejos. Los racistas pueden tratar de expulsar totalmente al grupo externo, ya sea rápidamente, como en el caso de la matanza de judíos por los nazis, o con mayor parsimonia, como en el de la adopción de un *apartheid* total. Llevadas a tales extremos, estas doctrinas son irracionales, por lo que hallan resistencia no sólo en las víctimas, sino también en fuerzas económicas poderosas que no se oponen al racismo, sino al olvido de su objetivo original: una fuerza de trabajo etnizada pero productiva.

También cabe imaginar lo que ocurriría si se tratara de llevar el universalismo demasiado lejos. Algunos podrían tratar de poner en práctica una verdadera igualdad laboral y retributiva en la que la raza (o su equivalente) y el género ya no desempeñaran ningún papel. Pero a diferencia de lo que sucede con el racismo, no hay fórmulas rápidas para implantar el universalismo, ya que es preciso eliminar no sólo las barreras legales e institucionales antiuniversalistas, sino también las estructuras interiorizadas de la etnización, y eso requiere tiempo: al menos una generación. Así pues, resulta más fácil impedir que el universalismo vaya demasiado lejos. Invocando el propio universalismo se puede denunciar el denominado «racismo a la inversa» siempre que se adopte una medida para dismantelar el aparato institucionalizado del racismo y del sexismo.

Lo que vemos, por lo tanto, es un sistema que funciona gracias a una estrecha correlación entre universalismo y racismo-sexismo en las proporciones correctas. Siempre hay intentos de llevar

«demasiado lejos» uno u otro término de la ecuación, de lo que se deriva una especie de trayectoria en zigzag. La situación podría prolongarse eternamente si no se planteara un problema. Con el tiempo, las fluctuaciones no se reducen, sino que tienden a aumentar. El empuje hacia el universalismo es cada vez más fuerte; pero también hacia el racismo y el sexismo. Las apuestas suben, y ello por dos razones.

Por un lado, constatamos el impacto informativo sobre todos los participantes de la experiencia histórica acumulada; por otro, las tendencias a largo plazo del propio sistema, ya que el zigzagueo entre universalismo y racismo-sexismo no es el único del sistema; también está el de la expansión y la contracción económicas, por ejemplo, con el que guarda una correlación parcial. El zigzagueo económico también se agudiza, pero no es éste el lugar para explicar por qué. Sin embargo, a medida que el sistema-mundo moderno se acerca a la bifurcación de la que surgirá un nuevo sistema espoleado por sus propias contradicciones generales, éstas tienden a intensificar la tensión existente entre el universalismo y el racismo-sexismo y a ampliar sus fluctuaciones zigzageantes. No se trata de saber cuál de ambos términos de la antinomia saldrá vencedor, ya que están íntima y conceptualmente vinculados entre sí. La cuestión es si sabremos inventar –y cómo– algún nuevo sistema que no se base en la ideología del universalismo ni en la del racismo-sexismo. Esa es nuestra tarea, y no es precisamente sencilla.

Capítulo 27. La agonía del liberalismo. ¿Cabe alguna esperanza de progreso?

Mi definición del liberalismo quizá no sea muy corriente, ya que para mí se trata sobre todo de una ideología y movimiento de reformismo racional centrista, cuyo momento histórico de gloria quedó atrás. Durante la década de 1990 escribí varios artículos tratando de argumentar esa posición, y de responder a la pregunta: ¿cabe alguna esperanza de progreso?

Nos encontramos en un triple aniversario: el vigésimo quinto aniversario de la fundación de la Universidad Kyoto Seika en 1968; el vigésimo quinto aniversario de la revolución mundial de 1968; el quincuagésimo segundo aniversario de la fecha exacta (al menos según el calendario de Estados Unidos) del bombardeo de Pearl Harbor por la aviación japonesa. Comenzaré por decir lo que, en mi opinión, representa cada uno de estos aniversarios¹.

La fundación de esta universidad es un símbolo de uno de los desarrollos más importantes en la historia de nuestro sistema-mundo: la extraordinaria expansión cuantitativa de las estructuras universitarias durante las décadas de 1950 y 1960². En cierto sentido, este período supuso la culminación de la promesa de la Ilustración de progreso a través de la educación, algo excelente de por sí y por eso lo celebramos hoy aquí. Pero como tantas cosas excelentes tuvo sus complicaciones y sus costes. Una de esas complicaciones consistió en que la expansión de la educación superior produjo un gran número de titulados que aspiraban a empleos y remuneraciones acordes con su *status*, pero surgieron algunas dificultades para satisfacer esa demanda, al menos tan rápida y completamente como se pedía. En cuanto al coste, se trataba del gasto social necesario para sostener esta expansión de la enseñanza superior, que no era sino una parte del gasto total preciso para proporcionar bienestar a las capas medias, significativamente ampliadas, del sistema-mundo. Este aumento de los costes del bienestar social comenzó a constituir una pesada carga para las haciendas públicas, y en 1993 se habla en todo el mundo de la crisis presupuestaria de los Estados.

Esto nos lleva al segundo aniversario, el de la revolución mundial de 1968, que en muchos lugares, aunque no en todos, comenzó en las universidades. Sin duda, una de las chispas que prendieron el incendio fue sin duda la súbita inquietud de esos futuros licenciados con respecto a su perspectiva de empleo, aunque evidentemente ese factor tan egoísta no fue el eje principal de la explosión revolucionaria. Debe entenderse, más bien, como un síntoma más del problema general, relacionado con el contenido real del conjunto de promesas de progreso de la Ilustración, promesas que a primera vista parecían haberse cumplido en el período posterior a 1945.

Y así llegamos al tercer aniversario: el del ataque a Pearl Harbor, que llevó a Estados Unidos a entrar formalmente en la Segunda Guerra Mundial. Pero en realidad esta guerra no fue principalmente entre Estados Unidos y Japón. Si me perdonan decirlo así, Japón era un actor secundario en ese drama global, y su ataque fue un episodio menor de una lucha mucho más prolongada. Se trataba fundamentalmente de una guerra entre Estados Unidos y Alemania que de hecho se prolongaba desde 1914, una «guerra de treinta años» entre los dos principales competidores por el puesto de sucesor de Gran Bretaña como potencia hegemónica en el sistema-mundo. Como sabemos, Estados Unidos ganó esa guerra y conquistó la hegemonía, presidiendo por consiguiente el aparente triunfo universal de las promesas de la Ilustración.

En lo que sigue organizaré mis comentarios en torno al conjunto de temas que hemos señalado por medio de estos aniversarios. Examinaré primero la era de esperanza y lucha por los ideales

¹ Pronuncié esta conferencia el 7 de diciembre de 1993 en la Kyoto Seika University, con motivo del XXV aniversario de su fundación.

² Véase John W. Meyer *et al.*, «The World Educational Revolution, 1950-1970», en J. W. Meyer y M. T. Hannan (eds.), *National Development 1950-1970*, Chicago, 1979.

de la Ilustración, que se extendió desde 1789 hasta 1945, y a continuación intentaré analizar la era de la realización, pero realización falsa, de las esperanzas de la Ilustración, que cubrió la época comprendida entre 1945 y 1989. En tercer lugar, me ocuparé de nuestra época, el «período negro» que se inició en 1989 y que durará, posiblemente, alrededor de medio siglo. Por último hablaré de las opciones que se abren ante nosotros, ahora y en los próximos tiempos.

La función del liberalismo

La primera gran expresión política de la Ilustración, con todas sus ambigüedades, fue evidentemente la Revolución Francesa, de por sí una de las grandes ambigüedades de nuestra época. La celebración en Francia de su bicentenario, en 1989, dio lugar a un importante intento de sustituir la «interpretación social» –durante mucho tiempo predominante y ahora proclamada obsoleta– por una nueva interpretación de la Revolución³.

La Revolución Francesa fue el punto final de un largo proceso, no sólo en Francia sino en la totalidad de la economía-mundo capitalista en tanto que sistema histórico; en 1789 buena parte del globo llevaba incorporada a ese sistema histórico unos tres siglos. Y durante estos tres siglos se habían establecido y consolidado la mayoría de sus instituciones clave: la división axial del trabajo, con una significativa transferencia de plusvalor desde las zonas periféricas a las centrales; la primacía de las recompensas recibidas por quienes actuaban a favor de los intereses de la incesante acumulación de capital; el sistema interestatal, formado por Estados supuestamente soberanos, limitados no obstante por el marco y las «reglas» de ese sistema interestatal; y la creciente polarización de ese sistema-mundo, que no era solamente económica sino también social y que estaba a punto de convertirse también en polarización demográfica.

Este sistema-mundo del capitalismo histórico no disponía aún, sin embargo, de una geocultura legitimadora cuyas doctrinas básicas habían sido elaboradas por los teóricos de la Ilustración en el siglo XVIII (antes en realidad), pero las cuales no habrían de institucionalizarse socialmente hasta la Revolución Francesa. Ésta desencadenó el apoyo público –y hasta un verdadero clamor– en favor de la aceptación de dos nuevas ideas universales: que el cambio político era algo normal, no excepcional; y que la soberanía residía en el «pueblo» y no en un soberano. En 1815, Napoleón, heredero y protagonista mundial de la Revolución Francesa, fue derrotado, produciéndose una presunta «Restauración» en Francia (y en todos los países donde se había desplazado al *Ancien Régime*) y dondequiera que los *anciens régimes* habían sido desplazados. Pero la Restauración no pudo anular realmente la amplia aceptación de estas ideas universales. Las tres grandes ideologías del siglo XIX –conservadurismo, liberalismo, socialismo– surgieron en estrecha relación con esta nueva situación, y suministraron el lenguaje empleado en los subsiguientes debates políticos en la economía-mundo capitalista⁴.

Pero de esas tres ideologías la que salió triunfante fue el liberalismo –ya desde el momento en que se produjo la que puede considerarse como la primera revolución mundial de este sistema, la revolución de 1848⁵–, ya que era la ideología más capacitada para dar a la economía-mundo capitalista una geocultura viable, capaz de legitimar a las demás instituciones tanto ante los ojos

³ Para un magnífico y muy detallado informe sobre los debates intelectuales que acompañaron al bicentenario en Francia, ver Steven Kaplan, *Adieu* 89, París, 1993.

⁴ Para un análisis de ese proceso, véase mi artículo «The French Revolution as a World-Historical Event», en *Unthinking Social Science: The Limits of Nineteenth-Century Paradigms*, Cambridge 1991 [ed. cast., «La Revolución Francesa como suceso histórico mundial», en *Impensar las ciencias sociales*, México, Siglo XXI, 1998, pp. 9-26].

⁵ El proceso que llevó al liberalismo a esa posición central convirtiendo al conservadurismo y al socialismo en virtuales adjuntos suyos, en lugar de oponentes, se detalla en mi artículo «Three Ideologies or One? The Pseudo-Battle of Modernity», reimpresso en *After Liberalism*, Nueva York, New Press, 1995, pp. 72-92 [ed. cast., «¿Tres ideologías o una? La seudobatalla de la modernidad», en *Después del liberalismo*, México, Siglo XXI, 1996, pp. 75-94].

de los cuadros del sistema como, en gran medida, a ojos de la masa de las poblaciones, la denominada gente corriente.

Una vez que el pueblo percibió que el cambio político era normal y que, en principio, él mismo era el soberano que decide el cambio político, todo era posible. Y éste era precisamente el problema que afrontaban los poderosos y privilegiados en el marco de la economía-mundo capitalista, cuyos temores inmediatos se centraban hasta cierto punto en el pequeño pero creciente grupo de los trabajadores industriales urbanos. Además, tal y como demostró fehacientemente la Revolución Francesa, los trabajadores rurales no industriales también podrían ser bastante molestos y hasta temibles para los poderosos y los privilegiados. ¿Cómo impedir que las «clases peligrosas» se tomaran demasiado en serio esas normas y llegaran a interferir en el proceso de acumulación de capital, minando las estructuras básicas del sistema? Éste era el dilema político más acuciante para las clases dominantes durante la primera mitad del siglo XIX.

Una respuesta obvia era la represión, a la que se recurrió ampliamente. Pero la revolución mundial de 1848 mostró que, en último término, la simple represión no era muy eficaz, pues provocaba a las *clases peligrosas*, irritando aún más los ánimos en lugar de calmarlos. Así que las clases dominantes se dieron cuenta de que la represión, para ser eficaz, tenía que combinarse con concesiones. Por otra parte, los supuestos revolucionarios de la primera mitad del siglo XIX también aprendieron una lección: las insurrecciones espontáneas tampoco eran muy eficaces, porque sofocarlas era relativamente fácil. Las amenazas de insurrección popular tenían que combinarse con una organización política consciente y duradera, si se quería acelerar un cambio significativo.

El liberalismo se ofreció entonces como solución inmediata para las dificultades políticas de la derecha y de la izquierda. A la derecha le recomendaba concesiones; a la izquierda organización política; y a ambas, derecha e izquierda, les pedía paciencia: a largo plazo, todos ganarían más siguiendo una *via media*. El liberalismo encarnaba el centrismo, y su canto de sirena era muy atractivo, ya que no predicaba un centrismo pasivo, sino una estrategia activa. Los liberales depositaban su fe en una de las premisas clave de la Ilustración: que el pensamiento y la acción racionales eran el camino hacia la salvación, hacia el progreso. Los hombres (rara vez se incluía a las mujeres) son, a la larga y por naturaleza, racionales.

De eso se deducía que el «cambio político normal» debía seguir el camino indicado por los más racionales, es decir, los más educados, los más cualificados, los más sabios. Estos hombres señalarían los mejores caminos para conseguir el cambio político e irían indicando las necesarias reformas que había que emprender y poner en vigor. El reformismo racional era el concepto organizador del liberalismo, lo que explica la apariencia errática de las posiciones de los liberales con respecto a la relación del individuo con el Estado. Los liberales podían sostener simultáneamente que el individuo no debía verse forzado por los dictados estatales (colectivos) y que la acción estatal era necesaria para minimizar la injusticia sufrida por los individuos. Podían defender, al mismo tiempo, el *laissez-faire* y las leyes fabriles, ya que la sustancia del liberalismo no era lo uno ni lo otro, sino por el contrario el progreso deliberado y medido hacia una sociedad justa, que podía obtenerse más fácilmente, y quizá únicamente, por la vía del reformismo racional.

Esta doctrina del reformismo racional demostró en la práctica su extraordinario atractivo. Parecía dar respuesta a las necesidades de todos. Para los conservadores podía ser la forma de amortiguar los instintos revolucionarios de las clases peligrosas. Algunos derechos de voto por aquí, un poco de Estado del bienestar por allá, más algo de unidad entre las clases bajo una identidad nacionalista común: a finales del siglo XIX todo esto daba lugar a una fórmula que apaciguaba a las clases trabajadoras a la vez que mantenía los elementos esenciales del sistema capitalista. Los poderosos y privilegiados no perdían nada de sustancial importancia para ellos, y dormían más tranquilos por las noches (con menos revolucionarios junto a sus ventanas).

Por otra parte, quienes se inclinaban hacia posiciones más radicales veían en el reformismo racional un término medio útil. Permitía la realización de algunos cambios fundamentales aquí y ahora, sin eliminar la esperanza y las expectativas de posteriores cambios aún más importantes; y sobre todo ofrecía a la gente la posibilidad de lograr algunas cosas antes de que su vida terminase. Y esa gente dormía más tranquila por la noche (con menos policías junto a sus ventanas).

No pretendo minimizar 150 años de continua lucha política, a veces violenta, frecuentemente apasionada, casi siempre cargada de importantes consecuencias. Pero sí quiero situar esta lucha en una perspectiva adecuada. En última instancia, la lucha se mantenía dentro de las reglas establecidas por la ideología liberal. Y cuando surgió un grupo importante que rechazaba estas reglas, el fascista, fue derrotado y eliminado; con dificultades, indudablemente, pero fue derrotado.

Hay otra cosa más que decir sobre el liberalismo. He afirmado que no era fundamentalmente antiestatalista, ya que su principal prioridad era el reformismo racional. Pero sí era fundamentalmente antidemocrático. El liberalismo fue siempre una doctrina aristocrática, que predicaba «el gobierno de los mejores». Ciertamente es que no definía a «los mejores» primordialmente por su nacimiento, sino por su educación; los mejores no eran ya los miembros de la nobleza hereditaria, sino los beneficiarios de la meritocracia. Pero seguían siendo un grupo relativamente pequeño. Los liberales querían el gobierno de los mejores, la aristocracia, precisamente para evitar el gobierno de todo el pueblo, la democracia. La democracia era el objetivo de los radicales, no de los liberales; o al menos era el objetivo de quienes eran verdaderamente radicales, verdaderamente antisistémicos. El liberalismo se constituyó como ideología precisamente para evitar que ese grupo prevaleciera. Cuando los liberales se dirigían a los conservadores que se resistían a las reformas liberales, siempre afirmaban que sólo el reformismo racional podría obstaculizar la llegada de la democracia, argumento que, en definitiva, era bien recibido por los conservadores inteligentes.

Finalmente, quiero hacer notar una diferencia significativa entre la segunda mitad del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX. Durante la segunda mitad del XIX, el protagonista principal de las reivindicaciones de las clases peligrosas era todavía la clase obrera urbana de Europa y Estados Unidos. La agenda liberal funcionaba muy bien frente a ella. Se le ofreció el sufragio universal (masculino), el comienzo del Estado del bienestar y la identidad nacional. ¿Identidad nacional contra quién? Contra sus vecinos, ciertamente; pero de forma más importante y profunda, contra el mundo no blanco. Imperialismo y racismo forman parte del paquete ofrecido por los liberales a las clases trabajadoras de Europa y Estados Unidos, bajo el título de «reformismo racional».

Pero mientras tanto las «clases peligrosas» del mundo no-europeo comenzaron a agitarse políticamente, de México a Afganistán, de Egipto a China, de Persia a la India. Cuando Japón derrotó a Rusia en 1905, eso fue entendido en toda la zona como el comienzo del «repliegue» de la expansión europea. Para los liberales, localizados principalmente en Europa y Estados Unidos, fue una enérgica advertencia de que el «cambio político normal» y la «soberanía» eran ya aspiraciones de todos los pueblos del mundo, y no sólo de la clase obrera europea y estadounidense.

A partir de ese momento los liberales dedicaron su atención a extender el concepto de reformismo racional a todo el sistema-mundo. Éste fue el mensaje de Woodrow Wilson con su insistencia en la «autodeterminación de los pueblos», doctrina que era el equivalente global del sufragio universal. Éste era también el mensaje de Franklin Roosevelt y las «cuatro libertades» proclamadas como objetivo durante la Segunda Guerra Mundial y después traducidas por el presidente Truman como «Punto Cuatro»: el lanzamiento inicial del proyecto posterior a 1945

del «desarrollo económico de los países subdesarrollados», doctrina que era el equivalente global del Estado del bienestar⁶(6).

Pero una vez más los objetivos del liberalismo y la democracia estaban en conflicto. Durante el siglo XIX el proclamado universalismo de los liberales se había hecho compatible con el racismo mediante la «externalización» de sus víctimas (es decir, situándolos fuera de la «nación») a la vez que se «internalizaba» a los beneficiarios *de facto* de los ideales universales, la «ciudadanía». La cuestión era si el liberalismo global del siglo XX podía tener tanto éxito en la contención de las «clases peligrosas» localizadas en lo que después se llamaría el Tercer Mundo o el Sur, como el que había tenido a escala nacional en Europa y Estados Unidos en la contención de sus propias «clases peligrosas». Evidentemente, el problema residía en que a escala mundial no había adónde «externalizar» el racismo. Las contradicciones del liberalismo estaban produciendo su amargo fruto.

Triunfo y desastre

Pero en 1945 esto estaba lejos de ser evidente. La victoria de los Aliados sobre las potencias del Eje parecía el triunfo del liberalismo global (en alianza con la URSS) sobre el desafío fascista. El hecho de que el último acto de la guerra fueran el lanzamiento de dos bombas atómicas estadounidenses sobre la única potencia no blanca del Eje, Japón, casi no se mencionó en Estados Unidos (ni en Europa) como expresión de alguna contradicción del liberalismo. La reacción, no hace falta decirlo, no fue la misma en Japón. Pero Japón había perdido la guerra, y su voz no se tomaba en serio en este asunto.

Estados Unidos se había convertido en la más importante fuerza económica, con mucha diferencia, de la economía-mundo. Y con la bomba atómica era también la principal fuerza militar, a pesar de las dimensiones de las fuerzas armadas soviéticas. En cinco años logró reorganizar políticamente el sistema-mundo gracias a un cuádruple programa: (1) un compromiso con la URSS, garantizándole su control sobre una esquina del mundo a cambio de su compromiso a permanecer en esa esquina (no retóricamente, sino en términos de política real); (2) un sistema de alianzas con Europa occidental y Japón, al servicio tanto de los objetivos económicos, políticos y retóricos como de los propiamente militares; (3) un programa modulado y moderado para la «descolonización» de los imperios coloniales; (4) un programa de integración interna en Estados Unidos que ampliaba el ámbito de la «ciudadanía» real, sellado con la ideología unificadora del anticomunismo.

Este programa funcionó, y bastante bien, durante unos 25 años, precisamente hasta 1968. ¿Cómo evaluar estos años extraordinarios comprendidos entre 1945 y 1968? ¿Como un período de progreso y de triunfo de los valores liberales? La respuesta tiene que ser: en gran medida sí, pero también en gran medida no. El indicador más obvio del «progreso» era material. La expansión económica de la economía-mundo fue extraordinaria, la mayor en la historia del sistema capitalista. Y parecía afectar a todo el mundo, Oeste y Este, Norte y Sur. Claro está que el Norte se beneficiaba más que el Sur, y las diferencias (absolutas y relativas) crecían en la mayoría de los casos⁷. Pero como en la mayoría de los lugares había crecimiento real y altos índices de empleo, la era tenía un resplandor color de rosa, reforzado por un gran aumento de

⁶ La naturaleza de las promesas liberales a escala mundial y la ambigüedad de la respuesta leninista al liberalismo universal son examinadas en mi artículo «The Concept of National Development 1917-1989: Elegy and Requiem», en G. Marks y L. Diamond (eds.), *Reexamining Democracy*, Newbury Park, 1992, reimpresso en *After Liberalism*, cit., pp. 108-122 [ed. cast., «El concepto de desarrollo nacional, 1917-1989: elegía y réquiem», en *Después del liberalismo*, cit., pp. 111-125].

⁷ Véase un resumen de los datos en John T. Passé-Smith, «The persistence of the gap: Taking Stock of Economic Growth in the Post-World War II Era», en M. A. Seligson y J. T. Passé-Smith (eds.), *Development and Underdevelopment. The Political Economy of Inequality*, Boulder (CO), Lynne Reiner, 1993, pp. 15-30.

los gastos destinados al bienestar, como ya he mencionado, particularmente en las áreas de educación y salud.

En segundo lugar, de nuevo reinaba la paz en Europa. En Europa, pero no Asia, donde se libraron dos largas y agotadoras guerras en Corea y en Indochina, y tampoco en muchas otras partes del mundo no europeo. Pero el conflicto de Corea no fue igual al de Vietnam; más bien debe emparejarse con el bloqueo de Berlín, que tuvo lugar más o menos al mismo tiempo. Alemania y Corea fueron las dos grandes particiones de 1945: la mitad de cada uno quedó en la esfera militar y política de Estados Unidos y la otra en la de la URSS. Siguiendo el espíritu de Yalta, las líneas de división debían mantenerse intactas, a pesar de los sentimientos nacionales (e ideológicos) de alemanes y coreanos.

Entre 1949 y 1952 se puso a prueba la firmeza de esas líneas. Y después de mucha tensión (y una enorme pérdida de vidas en el caso de Corea) el resultado fue efectivamente el mantenimiento, con pocas variaciones, del *status quo* fronterizo previo. Así, pues, el bloqueo de Berlín y la guerra de Corea concluyeron fácticamente el proceso de institucionalización de Yalta. El segundo resultado de estos dos conflictos fue una mayor integración social en cada campo, institucionalizados ambos mediante fuertes sistemas de alianzas: la OTAN y el Pacto de Defensa entre Japón y Estados Unidos, por un lado, el Pacto de Varsovia y los acuerdos chino-soviéticos por otro. Además, los dos conflictos funcionaron como estímulos directos de una expansión enorme de la economía-mundo, alimentada de hecho por los gastos militares. La recuperación europea y el crecimiento japonés fueron los dos principales beneficiarios inmediatos de esa expansión.

La guerra de Vietnam fue de un tipo muy distinto a la de Corea, como caso paradigmático (aunque estaba lejos de ser el único) de los movimientos de liberación nacional en el mundo no europeo. Mientras que la guerra de Corea y el bloqueo de Berlín formaron parte del régimen mundial de la Guerra Fría, la guerra de Vietnam (como la de Argelia y muchas otras) fue una protesta contra las imposiciones y la estructura de ese régimen. Fueron, en un sentido elemental e inmediato, el producto de movimientos antisistémicos. Eran luchas muy diferentes a las de Alemania y Corea, donde ambos bandos nunca estaban en paz, sino solamente en tregua; para ambos rivales la paz era solamente *faute de mieux*. Por el contrario, las guerras de liberación nacional eran unilaterales. Ninguno de los movimientos de liberación nacional deseaba una guerra con Europa o Estados Unidos; lo que querían era que los dejaran en paz para seguir su propio camino. Eran Europa y Estados Unidos quienes no estaban dispuestos a dejarlos en paz, hasta que finalmente ya no les quedó otro remedio. Los movimientos de liberación nacional protestaban así contra los poderosos, pero lo hacían en nombre del cumplimiento del programa liberal de autodeterminación de los pueblos y desarrollo económico de los países subdesarrollados.

Esto nos lleva a la tercera gran realización de esos años extraordinarios, de 1945 a 1968: las victorias en todo el mundo de las fuerzas antisistémicas. Puede parecer paradójico que precisamente cuando llegaba a su apogeo la hegemonía de Estados Unidos en el sistema-mundo y quedaba universalmente legitimada la ideología liberal llegaran al poder en distintos lugares los movimientos que durante el período 1848-1945 se habían ido configurando en sus estructuras y estrategias como movimientos antisistémicos. Las tres variantes históricas de la llamada vieja izquierda –socialdemócratas, comunistas y movimientos de liberación nacional– se hicieron con el poder estatal en diferentes zonas geográficas. Los partidos comunistas desde el Elba hasta el Yalu, cubriendo un tercio del mundo. Los movimientos de liberación nacional en gran parte de Asia, África y el Caribe, y corrientes emparentadas con ellos en muchos países de América Latina y de Oriente Próximo. En cuanto a los partidos socialdemócratas y similares, llegaron al poder, o al menos a alternar en el poder, en gran parte de Europa occidental, América del Norte y Australia. Quizá Japón fue la única excepción significativa a este triunfo universal de la vieja izquierda.

¿Se trataba realmente de una paradoja? ¿Asistíamos verdaderamente a la acometida del progreso social, al triunfo de las fuerzas populares? ¿O se trataba más bien de una masiva cooptación de estas fuerzas populares? Por otra parte, ¿cómo se pueden distinguir, intelectual y políticamente, estos dos enunciados? Éstas eran las preguntas que comenzaron a crear desazón durante la década de 1960. Si bien la expansión económica, con sus claros beneficios en cuanto al nivel de vida, la paz relativa en grandes zonas del planeta y el aparente triunfo de movimientos populares se prestaba a valoraciones positivas y optimistas sobre la evolución del mundo, un examen más detallado de la situación real revelaba aspectos negativos considerables.

El mundo de la Guerra Fría no acrecentó la libertad humana, sino que estimuló una gran represión interna por parte de todos los Estados, justificada por la presunta gravedad de las muy aparatosamente escenificadas tensiones geopolíticas derivadas de aquella. En el mundo comunista hubo juicios y purgas, gulags y telones de acero. En el Tercer Mundo regímenes de partido único y disidentes en la cárcel o el exilio. Y el macartismo (o sus equivalentes en los demás países de la OCDE), aunque no tan abiertamente brutal, fue muy eficaz a la hora de imponer conformidades y arruinar carreras cuando se juzgaba necesario. En todas partes se imponían unos límites muy precisos al debate público.

Además, en términos materiales, el régimen de la Guerra Fría trajo también una creciente desigualdad, internacional y en el interior de cada país. Y si bien los movimientos antisistémicos solían protestar contra viejas desigualdades, lo cierto es que contribuyeron a la creación de otras nuevas. Las *nomenklaturas* de los regímenes comunistas tuvieron sus equivalentes en el Tercer Mundo y en los regímenes socialdemócratas en los países de la OCDE.

Por otro lado, estaba bastante claro que estas desigualdades no se distribuían al azar, sino que estaban correlacionadas con grupos de *status* (codificados como raza, religión, etnicidad), y esa correlación se manifestaba tanto a escala mundial como dentro de cada país. Evidentemente, también estaban correlacionadas con el género y el grupo de edad, así como con otras muchas características sociales. En resumen, había muchos grupos dejados al margen, y sumados representaban a más de la mitad de población mundial.

Así, pues, la convicción de que las esperanzas sociales largamente acariciadas habían sido deficientemente cumplidas durante el periodo 1945-1968 es lo que explica la revolución mundial de 1968, la cual se dirigió contra el conjunto del sistema histórico: contra Estados Unidos como potencia hegemónica, y contra las estructuras económicas y militares que constituían los pilares del sistema. Pero la revolución se dirigía igualmente, si no en mayor medida, contra la vieja izquierda, contra los movimientos antisistémicos considerados insuficientemente antisistémicos: contra la URSS como cómplice de su aparente enemigo ideológico, Estados Unidos; contra los sindicatos y otras organizaciones obreras a las que se juzgaba estrechamente economicistas, y defensoras sobre todo de los intereses de grupos de *status* específicos.

Mientras tanto, los defensores de las estructuras existentes denunciaban el supuesto antirracionalismo de los revolucionarios de 1968. Pero, de hecho, la ideología liberal se había colgado con su propia soga. Tras insistir durante más de un siglo en que la función de las ciencias sociales consistía en hacer avanzar las fronteras del análisis racional (como prerequisite necesario para el reformismo racional), éstas lo habían conseguido efectivamente en una gran medida. Como señala Fredric Jameson:

Gran parte de la teoría o de la filosofía contemporánea [...] ha supuesto una prodigiosa expansión de lo que juzgamos como una conducta racional o dotada de sentido. Soy de la opinión de que, especialmente tras la difusión del psicoanálisis pero también de la gradual evaporación de la «otredad» en un planeta que se va achicando y en una sociedad permeada por los medios de comunicación, queda muy poco que pueda considerarse «irracional» en el viejo sentido de

«incomprensible». [...] Pero cuestionarse si ese concepto de Razón tan enormemente expandido sigue teniendo algún valor normativo [...] en una situación en la que su opuesto, lo irracional, se ha encogido hasta desaparecer prácticamente, es otra cuestión, sin duda interesante⁸.

Si prácticamente todo se había vuelto racional, ¿qué legitimidad especial tenían los paradigmas particulares de las ciencias sociales establecidas? ¿Qué mérito especial tenían los programas políticos de las elites dominantes? Y lo más devastador de todo: ¿qué capacidad especial podían ofrecer los especialistas que no tuvieran las personas comunes, qué tenían los grupos dominantes que no tuvieran los grupos oprimidos? Los revolucionarios de 1968 descubrieron este agujero lógico en la armadura defensiva de las ideologías liberales (y de las variantes oficiales de la ideología marxista, no tan diferentes) y se precipitaron a ensancharlo.

En tanto que movimiento político, la revolución mundial de 1968 no fue más que una llamarada. Ardió ferozmente, y al cabo de tres años se extinguió. Sus rescoldos –bajo la forma de múltiples sectas seudomaoístas rivales– sobrevivieron otros cinco o diez años, pero a finales de la década de 1970 todos esos grupos habían quedado reducidos a oscuras notas históricas a pie de página. Aun así, el impacto geocultural de 1968 fue decisivo, ya que la revolución mundial de 1968 marcó el fin de una era, la de la centralidad automática del liberalismo, no sólo como ideología mundial dominante sino también como monopolizadora de la racionalidad y, por lo tanto, de la legitimidad científica. La revolución mundial de 1968 devolvió el liberalismo a lo que había sido durante el período 1815-1848, simplemente una estrategia política entre otras. En ese sentido, tanto el conservadurismo como el radicalismo/socialismo quedaron liberados del campo de fuerza magnético que los había mantenido atrapados entre 1848 y 1968.

El proceso de degradación del liberalismo desde su papel como norma geocultural hasta el de mero competidor en el mercado global de las ideas se completó en las dos décadas que siguieron a 1968. El bienestar material del período 1945-1968 desapareció durante la fase descendente de la onda larga (Kondratief-B) que le siguió, aunque no todos padecieran igual. Los países del Tercer Mundo sufrieron antes y más. El aumento del precio del petróleo decidido por la OPEP supuso un primer intento de limitar los daños. Gran parte del excedente mundial fue canalizado desde los países productores de petróleo hacia los bancos de la OCDE. Los beneficiarios inmediatos fueron tres grupos: los países productores de petróleo, perceptores de nuevos ingresos; los Estados (del Tercer Mundo y del mundo comunista) que recibieron préstamos de bancos de la OCDE con los que equilibrar su balanza de pagos; los países de la OCDE, que pudieron mantener así sus exportaciones. Este primer intento colapsó a principios de la década de 1980 con la llamada crisis de la deuda. El segundo intento de limitar los daños fue el keynesianismo militar de Reagan, que alimentó el *boom* especulativo en Estados Unidos durante toda esa década, colapsando a su término y arrastrando a la URSS. El tercer intento fue el de Japón, los dragones de Asia oriental y algunos países vecinos de aprovechar en su propio beneficio las necesarias e inevitables reubicaciones productivas propias de una fase B de Kondratief. Durante la primera mitad de la década de 1990 hemos sido testigos de los límites de este esfuerzo.

El resultado neto de los últimos veinticinco años de confrontación económica ha sido una desilusión mundial con respecto a la promesa del desarrollismo, piedra angular de las ofertas del liberalismo global. Sin duda el este y el sureste de Asia no han caído hasta ahora en esa desilusión, pero puede ser simplemente cuestión de tiempo. En otros lugares, en cambio, las consecuencias han sido enormes, y particularmente negativas para la vieja izquierda, empezando por los movimientos de liberación nacional, siguiendo por los partidos comunistas (lo que condujo al colapso de los regímenes comunistas de Europa oriental en 1989) y terminando por los partidos socialdemócratas. Los liberales celebraron estos colapsos como su propio triunfo, pero más bien han sido su tumba, pues se han encontrado en la situación anterior a 1848, ante una apremiante exigencia de democracia, una democracia que vaya más allá del

⁸ Fredric Jameson, *Postmodernism, or the Cultural Logic of Late Capitalism*, Durham (NC) 1991, p.268.

limitado paquete de instituciones parlamentarias, sistemas multipartidistas y derechos civiles elementales; esta vez, se pretende una democracia real, un auténtico reparto igualitario del poder. Esta última demanda ha sido históricamente la pesadilla del liberalismo, contra la que ofreció su paquete de limitados compromisos combinados con un seductor optimismo acerca del futuro. En la medida en que hoy ya no existe una fe generalizada en el reformismo racional mediante la acción del Estado, el liberalismo ha perdido su principal defensa político-cultural contra las clases peligrosas.

El colapso de la legitimidad

Así es como hemos llegado a la época actual, a la que considero como un Período Negro que se abre ante nosotros y cuyo comienzo podría fijarse simbólicamente en 1989 (la continuación de 1968)⁹ y que podría durar entre veinticinco y cincuenta años.

Hasta aquí he puesto el énfasis sobre el escudo ideológico que las fuerzas dominantes construyeron contra las aspiraciones insistentemente planteadas por las «clases peligrosas» desde 1789. He argumentado que este escudo era precisamente la ideología liberal, que actuaba, ya directamente, ya de forma más insidiosa a través de una variante edulcorada socialista/progresista que ha sustituido la esencia de las aspiraciones antisistémicas por un sucedáneo de limitado valor. Y finalmente he argumentado que este escudo ideológico había sido destruido en gran medida por la revolución mundial de 1968, cuyo acto final fue el colapso del comunismo en 1989.

¿Pero por qué se vino abajo este escudo ideológico después de ciento cincuenta años funcionamiento tan eficaz? La respuesta a esta pregunta no es que los oprimidos comprendieran repentinamente la falsedad de las proclamas ideológicas. Desde el principio se conocía lo engañoso del liberalismo, denunciado enérgica e insistentemente durante los siglos XIX y XX. Pero los movimientos de tradición socialista no se han comportado de forma coherente con sus críticas retóricas al liberalismo. ¡Muy frecuentemente ha sucedido todo lo contrario!

No es difícil descubrir la razón. La base social de estos movimientos –todos los cuales afirmaban en tono grandioso hablar en nombre de la mayoría de la humanidad– era, de hecho, una pequeña parte de la población mundial, el segmento menos acomodado del sector «moderno» de la economía-mundo tal como se estructuró, digamos, entre 1750 y 1950. Este segmento incluía a las clases trabajadoras urbanas especializadas y semiespecializadas, a la intelectualidad de todo el mundo y a los grupos más educados y especializados de las áreas rurales en las que el funcionamiento de la economía-mundo capitalista era más inmediatamente visible, lo que sumaba un gran número de personas pero estaba muy lejos de representar a la mayoría de la población mundial.

La vieja izquierda era un movimiento mundial apoyado por una minoría, numerosa y oprimida, pero en cualquier caso una minoría numérica de la población mundial. Y esta realidad demográfica limitaba sus opciones políticas reales. En estas circunstancias, hizo lo único que podía hacer. Optó por convertirse en acicate para acelerar el programa liberal del reformismo racional, y esto lo hizo muy bien. Los beneficios que deparó a sus protagonistas fueron reales, aunque parciales. Pero como proclamaban los revolucionarios de 1968, mucha gente quedó fuera del reparto. La vieja izquierda utilizaba un lenguaje universalista, pero practicaba políticas particularistas.

En 1968/1989 estas anteojeras ideológicas falsamente universalistas se vinieron abajo por una razón: la realidad social subyacente había cambiado. La economía-mundo capitalista había

⁹ G. Arrighi, T. K. Hopkins e I. Wallerstein, «1989, The Continuation of 1968», *Review*, vol. 15, núm. 2, primavera de 1992 [ed. cast.: «1989, continuación de 1968», en *Movimientos antisistémicos*, Madrid, Cuestiones de antagonismo, Ediciones Akal, 1999, pp. 99-119].

seguido la lógica de la incesante acumulación de capital de forma tan exhaustiva que se había aproximado a su ideal teórico, la mercantilización de todas las cosas, algo que se refleja en múltiples realidades sociológicas nuevas: el grado de mecanización de la producción; la eliminación de limitaciones espaciales para el intercambio de mercancías y de información; la desruralización del mundo; el práctico agotamiento del ecosistema; el alto nivel de monetarización del proceso de trabajo; y el consumismo (es decir, la enorme mercantilización del consumo)¹⁰.

Todos estos procesos son bien conocidos, y constituyen el tema de continuas discusiones en los medios de comunicación de todo el mundo. Pero consideremos lo que significan desde el punto de vista de la incesante acumulación de capital. Sobre todo significan una enorme limitación de la tasa de acumulación, por razones esencialmente sociopolíticas, entre las que destacan tres factores principales. El primero ha sido reconocido por los analistas desde hace mucho tiempo, pero sólo ahora está alcanzando su plena realización: la urbanización del mundo y el incremento de la educación y de las comunicaciones han generado un nivel de conciencia política que facilita la movilización y dificulta el ocultamiento de las disparidades socioeconómicas y del papel que los gobiernos juegan en su mantenimiento. Tal conciencia política se refuerza con la deslegitimación de cualquier fuente irracional de autoridad. En resumen, más gente que nunca exige la igualación de las recompensas y se niega a aceptar una condición básica de la acumulación capitalista: la baja remuneración del trabajo. Esto se manifiesta tanto en un significativo aumento a escala mundial de los salarios «históricos», como en la gran y creciente demanda a los gobiernos para que redistribuyan el bienestar básico (en particular, en salud y educación) y garanticen unos ingresos estables.

El segundo factor es el gran aumento del coste que supone para los gobiernos subsidiar los beneficios por medio de la construcción de infraestructuras y permitir la externalización de los costes de las empresas. A eso es a lo que se refieren los periodistas cuando hablan de crisis ecológica, crisis presupuestaria del sistema sanitario, crisis de financiación de la ciencia «básica», etc. Los Estados no pueden seguir aumentando las subvenciones a las empresas privadas y al mismo tiempo incrementar las prestaciones para el bienestar de la ciudadanía. Hay que sacrificar sustancialmente una de las dos cosas. Con una ciudadanía más consciente, estas luchas, esencialmente luchas de clases, prometen ser formidables.

El tercer factor es resultado del carácter universal que hoy tiene la conciencia política. Tanto a escala mundial como en el interior de cada país las disparidades se distribuyen de acuerdo con un perfil racial/étnico/religioso. Por consiguiente, la combinación de la conciencia política y de la crisis presupuestaria de los Estados podría provocar una lucha masiva que llegara incluso a convertirse en una guerra civil, tanto a escala mundial como en cada país.

La primera víctima de todas estas tensiones podría ser la legitimidad de las estructuras estatales y su capacidad para mantener el orden. La pérdida de esta capacidad implica nuevos gastos económicos y de seguridad, que agravan las tensiones, lo que a su vez repercute sobre las estructuras estatales debilitando más aún su legitimidad. No estoy hablando del futuro, sino del presente, como cabe constatar en el enorme aumento del sentimiento de inseguridad –preocupación por la delincuencia, por la violencia inmotivada, por la imposibilidad de obtener justicia en los sistemas judiciales, por la brutalidad de las fuerzas policiales– que se ha multiplicado en los últimos diez o quince años. No afirmo que estos fenómenos sean nuevos, ni siquiera que realmente estén más extendidos que en el pasado, pero lo importante es que mucha gente los percibe como nuevos o agravados, y desde luego como más extendidos. El principal resultado de esta percepción es la deslegitimación de las estructuras estatales.

¹⁰ Estos puntos están más elaborados en mi artículo «Paz, estabilidad y legitimación, 1990-2025/2050», capítulo 27 de este mismo volumen.

Este tipo de desorden creciente y autorreforzado no puede durar eternamente, pero sí puede durar veinticinco o cincuenta años. Y se trata de un caos sistémico, provocado por el agotamiento de sus válvulas de seguridad, o por decirlo de otro modo porque las contradicciones del sistema han llegado a un punto en el que ninguno de los mecanismos de restauración de su funcionamiento normal es eficaz durante durante mucho tiempo.

Nuevos frentes de lucha

Pero del caos surgirá un nuevo orden, lo que nos lleva a nuestro último tema: las opciones que se nos presentan, ahora y en el próximo futuro. Que la nuestra sea una época de caos no significa que durante los próximos 25/50 años no vayan a funcionar los principales procesos básicos de la economía-mundo capitalista. Personas y empresas seguirán tratando de acumular capital por los medios habituales. Los capitalistas buscarán el apoyo de las estructuras estatales, como lo han hecho en el pasado. Los Estados competirán con otros Estados para tratar de convertirse en sedes importantes de acumulación de capital. La economía-mundo capitalista entrará probablemente en una nueva fase de expansión, mercantilizando aún más los procesos económicos en el mundo entero y polarizando aún más la distribución efectiva de las recompensas.

Pero más que las operaciones del mercado mundial, lo que seguramente diferirá durante los próximos 25/50 años será el funcionamiento del mundo político y las estructuras culturales. Básicamente, los Estados perderán continuamente legitimidad, con lo que les resultará difícil garantizar un mínimo de seguridad, tanto internamente como en sus relaciones mutuas. En cuanto a la escena geocultural, podría no haber ningún discurso dominante, quedando sometidas a debate las propias formas de debate cultural, sin acuerdo sobre lo que debe considerarse un comportamiento racional o aceptable. Ahora bien, toda esa confusión no implica necesariamente la ausencia de un comportamiento intencional. En realidad, habrá muchos grupos tratando de alcanzar objetivos claros y limitados, pero en agudo conflicto entre sí. Podría haber unos cuantos grupos con una idea a largo plazo de cómo construir un orden social alternativo, aunque su claridad subjetiva no cuente con una gran probabilidad objetiva de que estos conceptos constituyan una guía heurística útil para la acción. En resumen, todos actuarán un poco a ciegas, aunque no lo crean así.

Sea como sea, estamos condenados a actuar. Por eso debemos tener claras las deficiencias de nuestro sistema-mundo moderno, qué es lo que ha provocado la ira, o al menos la ambivalencia respecto a sus méritos sociales, de un porcentaje tan grande de la población del mundo. A mí me parece claro que la queja principal se dirige contra las grandes desigualdades del sistema, que suponen también la ausencia de democracia. Qué duda cabe de que eso mismo podría decirse de casi todos los anteriores sistemas históricos conocidos. Pero lo nuevo bajo el capitalismo es que su gran éxito como creador de producción material parecía eliminar toda justificación para las desigualdades, ya sean materiales, políticas o sociales. Estas desigualdades parecen peores porque no privilegian a un minúsculo grupo, sino a un quinto o un séptimo de la población mundial frente al resto de la humanidad. Lo que ha exacerbado el resentimiento de los que han quedado al margen ha sido el incremento de la riqueza material total y el hecho de que el bienestar no se limite a un pequeño puñado de personas pero tampoco alcance ni remotamente a la mayoría de la población.

No contribuiremos en absoluto a una resolución aceptable de este caos terminal de nuestro sistema-mundo si no dejamos muy claro que sólo es deseable un sistema histórico relativamente igualitario y plenamente democrático. En concreto, debemos movernos activa e inmediatamente en varios frentes. Uno de ellos es el desmantelamiento activo de los supuestos eurocéntricos que han impregnado la geocultura de al menos los dos últimos siglos. Los europeos han aportado grandes contribuciones culturales a nuestra empresa humana común. Pero simplemente no es cierto que hayan sido mayores que las de otros centros de civilización durante los últimos diez mil años, y no hay ninguna razón para suponer que la multiplicidad de los focos de sabiduría

colectiva se vaya a reducir en el próximo milenio. La sustitución activa del actual sesgo eurocéntrico por una apreciación más moderada y equilibrada de la historia y de la cultura exigirá una lucha política y cultural enérgica y constante. No reclama nuevos fanatismos, sino un serio trabajo intelectual, tanto colectivo como individual.

Necesitamos además asumir el concepto de derechos humanos y trabajar duro para que se aplique por igual a nosotros y a ellos, al ciudadano y al extranjero. El derecho de las comunidades a proteger su herencia cultural no da derecho a proteger sus privilegios. Los derechos de los inmigrantes constituirán uno de los principales campos de batalla. Y si, como preveo, durante los próximos 25/50 cincuenta años los inmigrantes (legales o ilegales) y sus hijos constituyen una importante minoría en Norteamérica, Europa y Japón, tendremos que luchar para que esas personas tengan acceso no discriminatorio a los derechos económicos, sociales y políticos también propios de la zona a la que han emigrado.

No ignoro que esto suscitará una enorme resistencia política en nombre de la pureza cultural y de los derechos de propiedad adquiridos. Los estadistas europeos y estadounidenses ya vienen diciendo que el Norte no puede asumir la carga económica del mundo entero. ¿Por qué no? La riqueza del Norte es en gran medida resultado de una transferencia de plusvalor?? desde el Sur, que se viene produciendo desde hace varios cientos de años y que nos ha conducido a la actual crisis del sistema. No se trata, por lo tanto, de poner parches caritativos, sino de abordar una reconstrucción racional.

Estas batallas serán batallas políticas, pero no necesariamente centradas en el poder estatal. Precisamente debido al proceso de deslegitimación de los Estados, muchas de estas batallas, quizá la mayoría, se darán localmente, entre los grupos que van surgiendo como resultado de nuestra propia reorganización. Y como serán batallas locales y complejas entre múltiples grupos, será esencial una estrategia de alianzas compleja y flexible, pero que sólo será eficaz si damos prioridad en nuestras mentes a los objetivos igualitarios.

Por último, la lucha será también intelectual, por la reconceptualización de nuestros cánones científicos, en busca de metodologías más holísticas y sofisticadas, tratando de liberarnos de las falaces y piadosas hipocresías sobre la neutralidad del pensamiento científico. La racionalidad, de ser algo, es de por sí un juicio de valor, y nada es ni puede ser racional fuera del más amplio y pleno contexto de la organización social humana.

Quizá piensen ustedes que el programa que he esbozado para una acción social y política sensata durante los próximos 25/50 años es demasiado vago. Pero es tan concreto como puede serlo en mitad de un torbellino. Primero hay que saber hacia qué orilla se quiere nadar. Y luego hay que asegurarse de que los esfuerzos inmediatos parezcan llevarnos en esa dirección. Quien pretenda mayor precisión no la hallará, y seguramente se ahogará mientras la busca.

Capítulo 28. Paz, estabilidad y legitimación: 1990-2025/2050.

Al colapso del liberalismo le está sucediendo un período de fluctuaciones inestables caóticas, una «edad oscura», de la que el mundo despertará en un nuevo sistema histórico de un tipo desconocido. En este artículo intento bosquejar lo mejor posible qué podemos esperar de los próximos cincuenta años, y cuáles son nuestras opciones históricas.

El período comprendido entre 1990 y 2025/2050 será muy probablemente un periodo de poca paz, poca estabilidad y poca legitimación. Esto se deberá en parte al declive de Estados Unidos como potencia hegemónica en el sistema-mundo, pero sobre todo a la crisis del sistema-mundo como tal.

La hegemonía en el sistema-mundo significa por definición la existencia de una potencia cuya situación geopolítica le permite imponer una concatenación estable de la distribución social del poder que posibilita un período de «paz», entendida como ausencia de confrontación militar entre las grandes potencias. Un período de hegemonía requiere, y al mismo tiempo genera, «legitimidad», entendiéndolo por tal la sensación por parte de los principales agentes políticos (incluidos grupos amorfos como las «poblaciones» de los distintos Estados) de que el orden social existente es el mejor posible, o de que el mundo («la historia») se mueve continua y rápidamente hacia ese orden social.

Tales períodos de hegemonía real en los que la capacidad de la potencia hegemónica de imponer su voluntad y su «orden» a otras potencias no se ve sometida a desafíos serios han sido relativamente fugaces en la historia del sistema-mundo moderno. En mi opinión se han dado sólo tres casos: las Provincias Unidas a mediados del siglo XVII, el Reino Unido en el XIX y Estados Unidos durante la segunda mitad del XX. Sus respectivas hegemonías, en el sentido anteriormente descrito, duraron de veinticinco a cincuenta años en cada caso¹.

Al término de cada uno de esos períodos, esto es, cuando la potencia hasta entonces hegemónica volvía a quedar reducida a una gran potencia entre otras (aunque siguiera siendo durante algún tiempo la más fuerte desde el punto de vista militar), el sistema perdía estabilidad y por ende legitimidad, amenazando el mantenimiento de la paz. En este sentido, el período actual, que sucede a la hegemonía de Estados Unidos, no es esencialmente distinto de los que siguieron a la hegemonía británica a finales del siglo XIX, o a la holandesa en el XVII.

Pero si esto fuera todo lo que cupiera decir del período 1990-2025, o 1990-2050, o 1990-?, apenas valdría la pena discutir sobre ello, salvo a lo más en relación con la gestión técnica de un orden mundial inestable (que es precisamente como lo abordan demasiados políticos, diplomáticos, profesores y periodistas).

Hay, sin embargo, más, probablemente mucho más, que decir sobre la dinámica del próximo medio siglo de gran desorden mundial. Las realidades geopolíticas del sistema interestatal no descansan exclusivamente, ni siquiera principalmente, sobre el *rapport de forces* militar existente en el subconjunto privilegiado de Estados soberanos que llamamos grandes potencias, esos Estados lo bastante grandes y ricos como para desarrollar una capacidad militar seria.

En primer lugar, sólo algunos Estados disponen de la suficiente riqueza para disfrutar de una base recaudatoria de tales características, siendo aquella más origen que consecuencia de su fuerza militar, aunque evidentemente el proceso se retroalimente. Y la riqueza de estos Estados con respecto a la de otros depende tanto de su tamaño como de la división del trabajo en la economía-mundo capitalista.

¹ Véase I. Wallerstein, «Las tres hegemonías sucesivas en la historia de la economía-mundo capitalista», cap. 16 de este volumen.

La economía-mundo capitalista es un sistema que implica una desigualdad jerárquica de la distribución basada en la concentración de ciertos tipos de producción (relativamente monopolizada y, por lo tanto, de elevada rentabilidad) en ciertas zonas limitadas, que se convierten así en atractores de la mayor acumulación de capital. Esta concentración permite el reforzamiento de las estructuras estatales, que a su vez tratan de garantizar la supervivencia de esos monopolios relativos. Pero como los monopolios son intrínsecamente frágiles, a lo largo de toda la historia del sistema-mundo moderno se ha ido produciendo una constante, discontinua y limitada pero significativa reubicación de esos centros de concentración.

Los mecanismos de cambio son los ritmos cíclicos, entre los que hay dos con más repercusiones que otros. Los ciclos de Kondratief duran aproximadamente de cincuenta a sesenta años; sus fases A reflejan esencialmente el lapso durante el que se pueden proteger monopolios económicos particularmente significativos; sus fases B son períodos de relocalización geográfica de producciones cuyos monopolios se han agotado, y de lucha por el control de los previsibles nuevos monopolios. Los ciclos de hegemonía, más largos, implican una lucha entre *dos* Estados importantes por convertirse en sucesor de la anterior potencia hegemónica y, por lo tanto, en centro principal de acumulación del capital. Se trata de un proceso largo, que al final requiere la fuerza militar suficiente para ganar una «guerra de treinta años». Una vez que se instaura una nueva hegemonía, su mantenimiento requiere fuerte financiación, lo que final e inevitablemente conduce a un declive relativo de la potencia hegemónica existente y a una nueva lucha por la sucesión.

Esta forma de reestructuración y recentramiento de la economía-mundo capitalista, lenta pero segura, ha sido muy eficaz. El ascenso y declive de las grandes potencias ha reproducido más o menos el mismo tipo de proceso que el ascenso y declive de las empresas: los monopolios se mantienen durante un tiempo, pero se ven a largo plazo socavados por las propias medidas adoptadas para sostenerlos. Las subsiguientes «bancarrotas» han servido como mecanismos de limpieza, liberando al sistema de las potencias cuyo dinamismo se ha agotado y reemplazándolas por sangre más fresca. En el curso de ese proceso, las estructuras básicas del sistema han seguido siendo las mismas. Cada monopolio del poder se ha mantenido durante un tiempo, pero al igual que los monopolios económicos, ha acabado viéndose socavado por las propias medidas adoptadas para sostenerlo.

Todos los sistemas (físicos, biológicos y sociales) dependen de tales ritmos cíclicos para restaurar un mínimo equilibrio. La economía-mundo capitalista se ha mostrado como una robusta variedad de sistema histórico, y ha florecido, incluso con exuberancia, durante aproximadamente quinientos años hasta el momento, lo cual supone un período bastante largo para un sistema histórico. Pero además de ritmos cíclicos los sistemas incorporan tendencias seculares que siempre exacerban las contradicciones (presentes en todos los sistemas). Llega un momento en que estas contradicciones se hacen tan agudas que provocan fluctuaciones cada vez más amplias. Con el lenguaje científico actual, eso significa el surgimiento de una situación de caos (la brusca aparición de varios atractores en competencia hacia los que el sistema se ve impelido con mayor o menor fuerza, perdiendo valor predictivo cuanto pueda deducirse de ecuaciones puramente deterministas), lo cual conduce a la multiplicación de las bifurcaciones, cuyo acontecer es ineluctable si bien resulta esencialmente impredecible el orden o el ritmo con que han de producirse. De ahí surge, al restablecerse el equilibrio (es decir, cuando se impone sobre los demás uno de los atractores), un nuevo orden sistémico,

La cuestión es si el sistema histórico en que vivimos, la economía-mundo capitalista, ha entrado, o está entrando, en una de esas épocas de «caos». Me propongo sopesar los argumentos, plantear algunas conjeturas sobre las formas que podría adoptar ese «caos» y examinar qué cursos de acción podemos poner en práctica.

No voy a discutir con detalle los elementos que considero reflejos «normales» de una fase B de Kondratief o de una fase B de hegemonía; sólo los resumiré brevemente². Debería dejar claro, no obstante, que aunque un ciclo de hegemonía es mucho más largo que un ciclo de Kondratief, el punto crítico del primero coincide siempre con el de un ciclo de Kondratief (si bien abarca varios). En nuestro caso, ese momento tuvo lugar hacia 1967-73.

Los fenómenos sintomáticos de una fase B de Kondratief son: la desaceleración de la producción, y normalmente un declive en la producción mundial *per capita*; un aumento de la tasa de desempleo entre los trabajadores asalariados; un desplazamiento relativo de las fuentes de beneficio desde la actividad productiva hacia ganancias derivadas de la especulación financiera; un aumento del endeudamiento de los Estados; la relocalización de «viejas» industrias en zonas con salarios más bajos; un aumento de los gastos militares, cuya justificación no es verdaderamente militar, sino anticíclica, tratando de hacer crecer la demanda; una caída de los salarios reales en la economía formal, y una expansión de la informal; un descenso de la producción de alimentos de bajo coste; creciente «ilegalización» de la migración interzonal.

Los fenómenos sintomáticos del comienzo de un declive hegemónico son: el acrecentamiento del vigor económico de las potencias «aliadas»; la inestabilidad monetaria; el declive de la autoridad en los mercados financieros mundiales con el ascenso de nuevos centros de decisión; la crisis presupuestaria del Estado hegemónico; el declive de la organización (y estabilización) de la polarización y la tensión política que ayudaba a organizar (y estabilizar) el mundo (en este caso, la Guerra Fría); declive de la disposición popular a invertir vidas en el mantenimiento de la potencia hegemónica.

Todo esto, como he dicho, me parece que ha sido «normal» e históricamente esperable. Lo que ahora tendría que suceder, en el proceso cíclico «normal», es el ascenso de las estructuras de reemplazo. Deberíamos entrar, en el plazo de cinco a diez años, en una nueva fase A de Kondratief, basada en nuevos productos de vanguardia monopolizados, concentrados en nuevos lugares. Japón sería el más obvio, Europa occidental el segundo, y Estados Unidos el tercero (pero quizá a muy larga distancia).

También deberíamos asistir al comienzo de una nueva lucha por la hegemonía. Conforme se desmorona la posición de los Estados Unidos, lenta pero visiblemente, dos aspirantes a sucesor deberían ir ejercitando sus músculos. En la situación actual sólo podrían ser Japón y la Unión Europea. Siguiendo el modelo de las dos sucesiones anteriores –Inglaterra contra Francia para suceder a los holandeses, y Estados Unidos contra Alemania para suceder a Gran Bretaña– en teoría deberíamos esperar, no inmediatamente, sino durante los próximos 50 o 75 años, que la potencia aérea y marítima, Japón, transforme a la potencia hegemónica anterior, Estados Unidos, en un socio menor, y comience a competir con la potencia terrestre, la Unión Europea. Esa lucha debería culminar en una «guerra (mundial) de treinta años», con el posible triunfo de Japón.

Debo decir inmediatamente que no espero que esto ocurra, o al menos no del todo. Creo que ambos procesos de reorganización –el del sistema de producción a escala mundial y el de la distribución de poder estatal a escala mundial– ya han comenzado, en la dirección del modelo «tradicional» (o «normal», o previo). Pero espero que el proceso se vea interrumpido o desviado debido a la entrada en escena de nuevos procesos o vectores.

² Cada uno de los puntos aquí resumidos brevemente ha sido elaborado con mayor extensión en muchos ensayos y artículos escritos durante los pasados quince años, de los que puede encontrarse una colección bastante representativa en *Geopolitics and Geoculture: Essays in a Changing World-System*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991.

Para llevar a cabo un análisis cuidadoso, creo que necesitamos tres referencias temporales diferentes: los próximos años, los siguientes veinticinco o treinta, y el período posterior.

La situación en que nos encontramos a mediados de la década de 1990 es bastante «normal». No es todavía lo que yo llamaría fase «caótica», sino más bien la subfase final aguda (o el momento culminante) de la actual fase B de Kondratief –comparable a 1932-1939, o 1893-1897, o 1842-1849, o 1786-1792, etc. Las tasas mundiales de desempleo son elevadas y las tasas de beneficio bajas. Hay gran inestabilidad financiera, que se refleja en el agudo y justificado nerviosismo del mercado financiero acerca de las fluctuaciones a corto plazo. La mayor inestabilidad social refleja la incapacidad política de los gobiernos para ofrecer soluciones viables a corto plazo y, por lo tanto, para volver a crear una sensación de seguridad. Tanto la búsqueda de chivos expiatorios como el saqueo del vecino se hacen políticamente más atractivos para los Estados en situaciones en las que los acostumbrados remedios de ajuste parecen ofrecer poco alivio, al menos inmediato.

En el curso de este proceso, gran número de empresas individuales están reduciendo sus actividad, reestructurándose o quebrando, en muchos caso sin perspectivas de volver a abrir. Grupos particulares de obreros y empresarios saldrán definitivamente perdedores de la batalla. Aunque todos los Estados sufrirán la crisis, el grado de sufrimiento variará enormemente. Al final del proceso, algunos Estados habrán crecido y otros habrán encogido en cuanto a su fuerza económica relativa.

En tales circunstancias, las grandes potencias se ven a menudo paralizadas militarmente, debido a una combinación de inestabilidad política interna, dificultades financieras (con la consiguiente renuencia a aumentar los gastos militares), y concentración en los dilemas económicos inmediatos (lo que hace más popular el aislacionismo). La respuesta mundial a la guerra desatada cuando colapsó Yugoslavia es un típico ejemplo de esa parálisis. Y esto, insisto, es «normal», o sea, parte de los modelos esperables de funcionamiento de la economía-mundo capitalista.

Normalmente deberíamos llegar después a un período de recuperación. Tras sacudirse los desechos (tanto del consumo de lujo como del descuido ecológico) y las ineficiencias (ya sean tratos de favor no rentables, contratos de trabajo con demasiadas obligaciones anejas, o rigideces burocráticas), debería llegar un nuevo impulso dinámico, flexible y ajustado [*lean and mean*], de nuevas industrias punta monopolizadas y nuevos segmentos de compradores a escala mundial, capaces de aumentar la demanda total efectiva; en resumen, expansión renovada de la economía-mundo hacia una nueva época de «prosperidad».

Los tres centros, como ya he señalado y pocos ponen en duda, serán Estados Unidos, Europa occidental y Japón. Los primeros diez años aproximadamente de esta nueva fase A de Kondratief contemplarán sin duda una aguda competencia entre esos tres centros que intentarán sacar ventaja para su particular variante del producto. Como ha venido mostrando Brian Arthur en sus trabajos, qué variante particular gane tiene poco o nada que ver con la eficacia técnica, dependiendo ante todo de las relaciones de poder³. Se le podría añadir la persuasión, sólo que en estas circunstancias la persuasión también depende en gran medida del poder.

El poder del que estoy hablando es ante todo económico, pero éste se ve respaldado por el poder estatal. Naturalmente, se trata de un circuito retroalimentado. Un poco de poder facilita un poco de persuasión, lo que crea más poder, y así sucesivamente. Para cada país es cuestión de

³ Véanse, entre otros, W. Brian Arthur, «Competing Technologies, Increasing Returns, and Lock-in by Historical Events», *Economic Journal*, XLIX, núm. 394, marzo de 1989, pp. 116-131, y W. Brian Arthur, Yu. M. Ermoliev y M. Kaniovski, «Path-Dependent Processes and the Emergence of Macro-Structure», *European Journal of Operations Research*, XXX, 1987, pp. 292-303.

impulsarse a sí mismo en la corriente y avanzar con ella. En algún punto se supera cierto umbral; los productos «Beta» pierden, y aparece un monopolio «VHS». Mi apuesta es simple: Japón tendrá más «VHS» que la Unión Europea, y los empresarios estadounidenses cerrarán tratos con los japoneses a fin de reservarse una porción de la tarta.

Lo que los empresarios estadounidenses obtendrán de tales acuerdos, si se dedican a ello con empeño, digamos, entre 2000 y 2010, es bastante obvio: no quedar al margen de la corriente. Lo que obtendrá Japón es igualmente obvio, especialmente tres cosas: (1) si Estados Unidos es su socio, no será su adversario; (2) Estados Unidos será todavía la potencia militar más fuerte, y Japón, por muchas razones (su historia reciente y el impacto de ésta sobre la política interna y la diplomacia regional, más las ventajas económicas de un gasto militar reducido) preferirá confiar en el escudo militar estadounidense durante algún tiempo más; 3) Estados Unidos todavía posee la mejor estructura en I + D de la economía-mundo, aunque esa ventaja tiende a desaparecer. Las empresas japonesas reducirán costes haciendo uso de esa estructura.

Enfrentados a esta gran alianza económica, los miembros de la UE dejarán a un lado sus querellas, si es que no lo han hecho ya. La UE está incorporando a los países de la EFTA [Asociación Europea de Libre Comercio], pero *no* incorporará a los de Europa central y oriental (excepto quizá en un área limitada de libre comercio, parecida posiblemente a la relación que los Estados Unidos han establecido con México en el TLCAN).

Europa (esto es, la Unión Europea) constituirá el segundo megalito económico y será un serio competidor del condominio nipo-estadounidense. El resto del mundo se relacionará con las dos zonas de ese mundo bipolar de formas muy variadas. Desde el punto de vista de los centros económicos de poder, habrá tres factores cruciales a que deberemos considerar para determinar la importancia de estos otros países: el grado en que sus industrias sean esenciales o prescindibles para el funcionamiento de las cadenas mercantiles clave; el grado en que esos países particulares sean esenciales o prescindibles para mantener una demanda efectiva adecuada para los sectores de producción más rentables; el grado en que esos países particulares sirvan a las necesidades estratégicas (localización y/o poder geomilitar, materias primas clave, etc.).

Los dos países todavía no integrados significativa o suficientemente en las dos redes que se están creando, pero esenciales por las tres razones antes mencionadas, serán China para el eje nipo-estadounidense y Rusia para la UE. Para que estos dos países se integren adecuadamente, tendrán que mantener (o en el caso de Rusia, lograr) cierto nivel de estabilidad interna y legitimación. Si podrán conseguirlo o no, quizá con la ayuda de las partes interesadas, es todavía hoy una cuestión abierta, pero creo que sus probabilidades son moderadamente favorables.

Supongamos que este panorama sea correcto: el surgimiento de una economía-mundo bipolar con China como parte de un polo nipo-estadounidense, y Rusia como parte de un polo europeo. Supongamos también que se produce una nueva y larga, incluso muy larga expansión de la economía-mundo desde 2000 hasta 2025, sobre la base de nuevas industrias punteras monopolizadas. ¿Qué podemos esperar entonces? ¿Tendríamos una repetición del período 1945-1967/1973, los «*trente glorieuses*» de prosperidad mundial, paz relativa, y sobre todo, gran optimismo de cara al futuro? Mucho me temo que no.

Habrà varias diferencias evidentes: La primera y más obvia es que nos encontraremos en un sistema-mundo bipolar, no unipolar. La caracterización del sistema-mundo entre 1945 y 1990 como unipolar no es una opinión muy extendida, y contradice su autodefinición como una «Guerra Fría» entre dos superpotencias. Pero como esa guerra fría se basaba en un compromiso entre ambos antagonistas para mantener prácticamente congelado el equilibrio geopolítico, y como (pese a todas las declaraciones públicas de conflicto) esa congelación geopolítica nunca se vio significativamente violada por ninguno de ellos, prefiero considerarlo como un conflicto

más aparente que real (y, por lo tanto, extremadamente limitado). En realidad, quienes tomaban las decisiones en Washington mantenían el control de la situación, y sus homólogos soviéticos tuvieron que sentir el peso de esa dura realidad una y otra vez.

Durante los años 2000-2025, por el contrario, no creo que el condominio Japón/Estados Unidos ni la UE tengan en sus manos un control absoluto. Su poder económico y geopolítico estará demasiado equilibrado. En cuestiones tan elementales y poco decisivas como las votaciones en organismos interestatales no habrá una mayoría automática, ni siquiera fácil. Evidentemente, puede que haya muy pocos elementos ideológicos en esta confrontación, y que ésta se base casi exclusivamente en los intereses materiales, pero eso no hará menos agudo el conflicto; de hecho, será más difícil llegar a componendas meramente simbólicas. A medida que el conflicto se haga menos político en sus formas, puede adquirir un perfil cada vez más mafioso en cuanto a sus modalidades.

La segunda diferencia importante deriva del hecho de que durante los años 2000-2025 el esfuerzo mundial de financiación e inversión puede concentrarse en China y Rusia en la misma medida en que durante los años 1945-1967/1973 se concentró en Europa occidental y Japón. Pero esto significará que la cantidad disponible para el resto del mundo será diferente en 2000-2025 que en 1945-1967/1973, cuando prácticamente la única zona «antigua» en la que se mantuvo una inversión continua fue Estados Unidos. En 2000-2025 la inversión continua tendrá que cubrir Estados Unidos, Europa occidental y Japón (y algunos otros países como Canadá y Corea). La cuestión, pues, es la siguiente: tras la inversión en las áreas «antiguas» más las «nuevas», ¿cuánto quedará (si es que queda algo) para el resto del mundo? La respuesta será, seguramente: mucho menos que en el período 1945-1967/1973.

Esto se traducirá a su vez en una situación muy diferente para los países del «Sur» (se defina éste como se defina). Mientras que en 1945-1967/1973 el Sur se benefició de la expansión de la economía-mundo, al menos de sus migajas, en 2000-2025 existe el riesgo de que no haya ni siquiera migajas. De hecho, la actual desinversión (correspondiente a la fase B de Kondratief) en la *mayor parte* del Sur puede continuar, en lugar de cambiar de signo en la próxima fase A. Pero las demandas económicas del Sur no serán menores, sino mayores, por la sencilla razón de que la conciencia de la prosperidad de las zonas del centro y la amplitud de la distancia entre el Norte y el Sur es mayor actualmente que hace cincuenta años.

La tercera diferencia tiene que ver con la demografía. La población mundial sigue, por el momento, los mismos patrones básicos que durante los últimos dos siglos. Por un lado, sigue creciendo a escala mundial, impelida ante todo por el hecho de que, para los cinco sextos más pobres de la población mundial, las tasas de mortalidad han venido disminuyendo (por razones tecnológicas) mientras que la tasa de natalidad no ha disminuido tanto (debido a la ausencia de incentivos socioeconómicos suficientes). Por otro lado, el porcentaje de la población mundial en las regiones ricas del mundo ha venido decreciendo, a pesar de que la disminución de su tasa de mortalidad haya sido mucho más acusada que en las regiones pobres, debido al descenso aún mayor de su tasa de natalidad (principalmente como forma de optimizar la situación socioeconómica de las familias de clase media).

Esta combinación ha creado una brecha demográfica paralela (o incluso mayor) a la distancia económica entre Norte y Sur. Evidentemente, esta distancia ya existía en el período 1945-1967/1973, pero entonces era menor debido a la pervivencia en el Norte de barreras culturales a la limitación de la tasa de nacimientos. Esas barreras están desapareciendo rápidamente, precisamente a partir del período 1945-1967/1973. Las cifras demográficas de los años 2000-2025 reflejarán sin duda con mayor agudeza esa disparidad en las prácticas sociales.

La respuesta que cabe esperar es una auténtica presión masiva de la inmigración desde el Sur hacia el Norte. El empuje vendrá claramente de allí, no sólo de los dispuestos a aceptar empleos urbanos mal pagados, sino también, y más aún, de la porción significativamente creciente de

personas en el Sur con cierto nivel de aprendizaje y educación. Habrá también un mayor tirón que ahora, precisamente a causa de la escisión bipolar en las zonas del centro, y de la consiguiente presión que obligará a los empresarios a reducir costes empleando a inmigrantes (no sólo como personal no especializado, sino también como cuadros de nivel medio).

Habrá, desde luego, (como ya empieza a producirse) una reacción social aguda en el Norte: una demanda de legislación más represiva para limitar la entrada y los derechos sociopolíticos de los que la consigan. El resultado puede ser el peor de todos los compromisos *de facto*: la incapacidad de impedir efectivamente la entrada de inmigrantes, combinada con la capacidad de mantenerlos en un *status* político de segundo orden. Esto implicaría que en torno a 2025, en Norteamérica, Europa occidental y (también) Japón, la población socialmente definida por su origen «sureño» bien puede alcanzar de un 25 a un 50 por 100, y un porcentaje todavía más elevado en ciertas subregiones y grandes ciudades. Pero como muchas (quizá la mayoría) de esas personas no tendrán derecho de voto (y quizá sólo un acceso limitado, en el mejor de los casos, a las políticas de bienestar), se establecerá una elevada correlación entre los que ocupan los puestos de trabajo urbanos peor pagados (y la urbanización habrá alcanzado para entonces nuevas cotas) y los privados de derechos políticos (y sociales). Fue una situación de este tipo la que suscitó en Gran Bretaña y Francia durante la primera mitad del siglo XIX fundados miedos de que las llamadas clases peligrosas prendieran fuego al edificio. En aquel momento, los países industrializados inventaron el Estado liberal para superar ese peligro, concediendo el derecho al voto y ofreciendo subsidios y protección social (lo que más tarde se llamó Estado del bienestar) para aplacar a las clases plebeyas. En 2030, Europa occidental/Norteamérica/Japón pueden encontrarse en una situación parecida a la de Gran Bretaña y Francia en 1830. ¿«La segunda vez como farsa»?

La cuarta diferencia entre la prosperidad que reinó entre 1945 y 1967/1973 y la que podemos esperar entre 2000 y 2025 tiene que ver con la situación de las capas medias en las zonas del centro de la economía-mundo capitalista, que fueron las grandes beneficiarias del período 1945-1967/1973. Su número creció espectacularmente, tanto en términos absolutos como relativos. Su nivel de vida también creció espectacularmente, al igual que el porcentaje de puestos definidos como «de nivel medio». Las capas medias se convirtieron en un pilar importante para la estabilidad de los sistemas políticos, y constituyeron de hecho un pilar muy robusto. Además, los trabajadores especializados, la capa económica inmediatamente inferior, llegaron a soñar con incorporarse a esas capas medias, mediante los incrementos salariales cocinados por los sindicatos, la educación de sus hijos y las ayudas gubernamentales para mejorar su nivel de vida.

El precio a pagar por esa expansión fue, obviamente, un aumento significativo de los costes de producción, una inflación permanente y una seria contracción de la acumulación de capital. La actual fase B de Kondratief está generando consiguientemente serias preocupaciones sobre la «competitividad» y las cargas presupuestarias del Estado. Estas preocupaciones no disminuirán, sino que de hecho crecerán, en una fase A en la que haya dos polos de crecimiento enfrentados. Lo que puede esperarse, por lo tanto, es un esfuerzo continuado por reducir, absoluta y relativamente, el porcentaje de las capas medias en los procesos de producción (incluyendo las industrias de servicios). También se mantendrá la tendencia actual a reducir los presupuestos estatales, que acabará amenazando a la mayoría de los componentes de esas capas medias.

Las consecuencias políticas de esta presión sobre las capas medias serán muy graves. Educadas, acostumbradas al confort, las capas medias amenazadas con el desclasamiento no aceptarán pasivamente una regresión en su *status* e ingresos. Ya les vimos enseñar los dientes durante la revolución mundial de 1968. Para aplacarlas, se les hicieron numerosas concesiones económicas entre 1970 y 1985, cuyo precio se está pagando ahora, y esas concesiones resultarán difíciles de renovar en la medida en que eso afectaría a la lucha económica entre la UE y el condominio Japón/Estados Unidos. En cualquier caso, la economía-mundo capitalista se enfrentará al dilema

inmediato de tener que limitar la acumulación de capital o sufrir la rebelión político-económica de las antiguas capas medias; será, sin duda, una elección amarga.

La quinta diferencia se hallará en las dificultades ecológicas. Los empresarios capitalistas han estado viviendo de la externalización de los costes desde el comienzo de este sistema histórico. Uno de los principales costes externalizados ha sido el de la renovación de la base ecológica de una producción global que se ha expandido continuamente. Como los empresarios no la renovaban y tampoco había un gobierno (mundial) capaz de recaudar impuestos que pudieran dedicarse a ese objeto, la base ecológica de la economía-mundo se ha visto constantemente reducida. La última y mayor expansión de la economía-mundo, desde 1945 hasta 1967/1973, abusó del margen remanente, lo que ha dado lugar a los movimientos verdes y a la preocupación planetaria por el entorno.

La expansión del período 2000-2025 se hallará pues privada de la necesaria base ecológica, lo cual puede tener tres resultados posibles: el aborto de la expansión, con el consiguiente colapso político del sistema-mundo; el agotamiento de la base ecológica más allá de lo que la Tierra puede aguantar, con las consiguientes catástrofes como el calentamiento global ya iniciado; o la aceptación consciente de los costes sociales de la limpieza, limitación de uso y regeneración del entorno.

Si se elige colectivamente la tercera de esas vías, que es la que causaría funcionalmente menor daño inmediato, ello creará una tensión inmediata en el funcionamiento del sistema-mundo. O bien la limpieza se hace a expensas del Sur, haciendo con ello todavía más aguda la disparidad con el Norte y creando una fuente de conflictos muy clara entre ambos, o los costes se asumen desproporcionadamente por el Norte, lo que implicaría necesariamente una reducción de su nivel de prosperidad. Además, se adopte la vía que se adopte, cualquier acción seria sobre el entorno reducirá inevitablemente el margen de beneficio global (pese a que la limpieza del entorno se convierta en sí misma en una fuente de acumulación de capital). Dada esta segunda consideración, y dado el contexto de competencia aguda entre el condominio Japón-Estados Unidos y la UE, cabe esperar una considerable dosis de fraude y por tanto de ineficacia en el proceso de regeneración, en cuyo caso volveremos a encontrarnos con los escenarios primero y segundo.

La sexta diferencia estará en la aproximación a dos asíntotas de las tendencias seculares del sistema-mundo: expansión geográfica y desruralización. La economía-mundo capitalista se había extendido ya prácticamente a la totalidad del globo alrededor de 1900, aunque en aquel entonces afectara principalmente al sistema interestatal. Más tarde, durante el período 1945-1967/1973, afectó intensamente a las redes de producción de bienes de consumo. En la actualidad, tanto uno como otras están plenamente globalizadas. La economía-mundo capitalista ha experimentado igualmente un proceso de desruralización (llamado a veces, con menos exactitud, de proletarización) durante cuatrocientos años, con velocidad creciente en los últimos doscientos. Los años 1945-1967/1973 contemplaron un salto espectacular en este proceso, quedando Europa occidental, Estados Unidos y Japón plenamente desruralizados, y el Sur parcial pero significativamente. Es probable que este proceso se complete en el período 2000-2025.

La capacidad de la economía-mundo capitalista de expandirse a nuevas zonas geográficas ha constituido históricamente un elemento crucial en el mantenimiento de la tasa de beneficio y, por lo tanto, de la acumulación de capital, contrarrestando el progresivo aumento de los costes salariales generado por el crecimiento combinado del poder, tanto político como en el lugar de trabajo, de las clases trabajadoras. Si ya no hay nuevos estratos de trabajadores sin la capacidad política o sindical de aumentar la parte del excedente a su disposición cuando éstos sean reclutados, el resultado será el mismo tipo de contracción en la acumulación de capital que la derivada del agotamiento de los recursos ecológicos. Una vez que se alcanzan los límites geográficos y la población se desruraliza, las dificultades inherentes al proceso político de

reducción de costes se hacen tan grandes que no pueden conseguirse ahorros reales. Los costes reales de producción tienen que aumentar globalmente y, por lo tanto, descenderán los beneficios.

Hay una séptima diferencia entre la próxima fase A y la última concebida; tiene que ver con la estructura social y el clima político en los países del Sur. Desde 1945, la proporción de las capas medias en el Sur ha crecido significativamente, lo que no era difícil, ya que hasta entonces era extraordinariamente reducida. Si entonces iba del 5 al 10 por 100 de la población, ese porcentaje ya se ha duplicado, y dado el incremento de la población, la cantidad absoluta se ha cuadruplicado o sextuplicado, lo que representa un grupo muy amplio. El coste del mantenimiento del nivel de consumo al que se sienten mínimamente acreedores será espectacularmente alto.

Además, estas capas medias, o cuadros locales, estaban en general muy ocupados con la «descolonización» en el período 1945-1967/1973. Esto era evidentemente cierto en los países del Sur que en 1945 eran colonias (la casi totalidad de África, el sur y sureste de Asia, el Caribe y otras áreas). Y era casi cierto para los que vivían en los países «semicoloniales» (China, parte de Oriente Próximo, América Latina, Europa del Este), donde se mantenían varias formas de actividad «revolucionaria» comparable en tono psíquico a la descolonización. No es necesario evaluar aquí la calidad o el significado existencial de todos esos movimientos: consumieron las energías de gran cantidad de gente, especialmente de las capas medias. Y esa gente estaba llena de optimismo político, que adoptaba una forma particular, resumida en el contundente consejo de Kwame Nkrumah: «Haceos primero con el reino de la política, y el resto se os dará por añadidura». Esto significaba en la práctica que las capas medias del Sur (y las capas medias *potenciales*) estaban dispuestas a ser bastante pacientes en lo que se refiere a su *status* económico: se sentían seguras de que si podían mantener el poder político durante un período de 30 años aproximadamente, ellos mismos o sus hijos acabarían por recibir la adecuada recompensa económica en el siguiente período de treinta años.

En el período 2000-2025 no sólo no habrá «descolonización» en la que ocupar a estos cuadros para mantener su optimismo, sino que su situación económica empeorará casi seguramente, por las distintas razones antes aludidas (concentración en China/Rusia, crecimiento del número de cuadros en el Sur, esfuerzo mundial por recortar las concesiones a las clases medias). Algunos de ellos podrán escapar (es decir, emigrar) al Norte, pero eso sólo hará más amarga la situación de los que se vean obligados a quedarse.

La octava y en definitiva más seria diferencia entre la última fase A de Kondratief y la próxima es puramente política: el ascenso de la democratización y el declive del liberalismo. Porque hay que recordar que democracia y liberalismo no van a la par, sino que son en gran medida opuestos. El liberalismo se inventó para contrarrestar las aspiraciones democráticas. El problema que dio origen al liberalismo fue el de contener a las clases peligrosas, primero en el centro y luego en todo el sistema-mundo. La solución liberal consistió en garantizar un acceso limitado al poder político y en compartir parte del plusvalor económico, en grados que no amenazaran el proceso de acumulación incesante del capital ni el sistema estatal que lo mantenía.

El tema básico del Estado liberal a escala nacional, y del sistema interestatal liberal a escala mundial era el reformismo racional, ante todo mediante el Estado. La fórmula del Estado liberal, tal como se desarrolló en los países del centro de la economía-mundo capitalista en el siglo XIX –sufragio universal más Estado del bienestar– funcionó maravillosamente. En el siglo XX se aplicó una fórmula parecida al sistema interestatal bajo la forma de la autodeterminación de las naciones y el desarrollo económico de los países subdesarrollados. Tropezó, sin embargo, con la incapacidad para crear un Estado del bienestar a escala mundial (como pretendía, por ejemplo, la Comisión Brandt), porque esto no podía hacerse sin afectar al proceso básico de acumulación de capital. La razón era bastante simple: el éxito de la fórmula aplicada en los países del centro

dependía de una variable oculta, la explotación económica del Sur, combinada con el racismo. A escala mundial, en cambios, esta variable oculta no existía, ni podía lógicamente existir⁴.

Las consecuencias para el clima político son claras. Los años 1945-1967/73 constituyeron el apogeo del reformismo liberal global: descolonización, desarrollo económico, y sobre todo optimismo acerca del futuro, prevalecían en todas partes, Oeste, Este, Norte y Sur. Sin embargo, en la subsiguiente fase B de Kondratief, una vez completada la descolonización, el esperado desarrollo económico se convirtió en la mayoría de las regiones en un recuerdo desvaído, y el optimismo se disolvió. Además, por las tres razones que ya he expuesto, no cabe esperar en casi ningún país del Sur un desarrollo económico sustancial en la próxima fase A, ni el despertar de nuevos optimismos, a nuestro juicio fatalmente socavados.

Al mismo tiempo, la presión democratizadora ha venido aumentando constantemente. La democracia significa básicamente una actitud igualitaria y antiautoritaria. Es la exigencia de iguales derechos en el proceso político a todos los niveles y de igual participación en los beneficios del sistema socioeconómico. El mayor obstáculo que se ha erigido ante este impulso ha sido el liberalismo, con su promesa de inevitable mejora continua mediante reformas racionales. A la exigencia democrática de igualdad ahora, el liberalismo respondía con una esperanza aplazada, enarbolada no sólo por la parte ilustrada (y más poderosa) del *establishment* mundial, sino también por los movimientos antisistémicos tradicionales (la «vieja izquierda»). El pilar que sustentaba al liberalismo era la esperanza que ofrecía. Cuando ese sueño se marchita «como una pasa bajo el sol», la ideología liberal se derrumba y las clases peligrosas vuelven a serlo.

Hacia esto, pues, parece que nos dirigimos en la próxima fase A, durante el período 2000-2025. Aunque parezca un período espectacularmente expansivo en ciertos aspectos, en otros será muy amargo. Por eso es por lo que espero poca paz, poca estabilidad, y poca legitimación. El resultado será la aparición del «caos», lo que significa simplemente la ampliación de las fluctuaciones en el sistema, con efecto acumulativo.

Creo que ocurrirá una serie de cosas, ninguna de las cuales constituye un fenómeno nuevo. Lo que puede ser diferente es la incapacidad para limitar sus embates y para retrotraer el sistema a algún tipo de equilibrio. La cuestión es: ¿hasta qué punto prevalecerá esta falta de capacidad para limitar los embates?

1) Probablemente disminuirá la capacidad de los Estados para mantener el orden interno. El grado de orden interno siempre es fluctuante, y las fases B acostumbra a ser notoriamente momentos de dificultad; pero durante cuatrocientos o quinientos años el orden interno ha ido creciendo constantemente para el conjunto del sistema. Podemos denominar el fenómeno del ascenso de la «estabilidad».

Evidentemente, durante los últimos cien años las estructuras imperiales *en el seno* de la economía-mundo capitalista (Gran Bretaña, Austria-Hungría, y más recientemente la URSS/Rusia) se han desintegrado. Pero el hecho sobre el que hemos de reflexionar, en realidad, es la construcción histórica de Estados que crearon su ciudadanía a partir de cuantos individuos se hallaban localizados en el interior de sus fronteras. Así sucedió con en la Gran Bretaña metropolitana y en Francia, en Estados Unidos y en Finlandia, en Brasil y en la India. Y lo mismo puede decirse de Líbano, Somalia, Yugoslavia y Checoslovaquia. La ruptura o colapso de estos últimos es muy diferente de la acontecida en los «imperios».

⁴ Una exposición más detallada de ese esfuerzo y de su fracaso puede encontrarse en «The Concept of National Development, 1917-1989: Elegy and Requiem» y «The Collapse of Liberalism», caps 6 y 13, respectivamente, en I. Wallerstein, *After Liberalism*, Nueva York, New Press, 1995, pp. 108-122, y 232-251, respectivamente [ed. cast., *Después del liberalismo*, México DF, Siglo XXI, 1996].

Podemos relativizar el colapso de la «estabilidad» en las zonas periféricas como algo que cabía esperar o geopolíticamente insignificante, aun cuando va contra la tendencia secular y la ruptura del orden en muchos Estados crea una tensión en el funcionamiento del sistema interestatal. Pero lo más amenazante es la perspectiva del debilitamiento de la «estabilidad» en las zonas centrales de la economía-mundo capitalista; el fracaso del compromiso institucional liberal al que asistimos, según venimos argumentando, hace pensar que esto es lo que está ocurriendo. Los Estados afrontan exigencias de seguridad y bienestar que son políticamente incapaces de satisfacer. El resultado es la gradual privatización de la seguridad y el bienestar, que nos lleva en una dirección de la que nos veníamos apartando desde hace quinientos años.

2) El sistema interestatal también ha alcanzado cotas cada vez mayores de estructuración y regulación durante los últimos siglos, desde la paz de Westfalia hasta la ONU, pasando por la Sociedad de Naciones e instituciones similares. Se suponía tácitamente que caminábamos hacia un gobierno mundial funcional. En un momento de euforia, Bush proclamó la inminencia de un «nuevo orden mundial», que encontró sin embargo una acogida escéptica. La amenaza a la «estabilidad» y la desaparición del optimismo reformista han sacudido un sistema interestatal cuyos cimientos siempre fueron relativamente débiles.

La proliferación nuclear es ya inevitable, y será tan rápida como el aumento de la emigración del Sur al Norte. De por sí, esto no tendría por qué ser catastrófico. Las potencias de tipo medio no tienen por qué ser menos «dignas de confianza» que las grandes. De hecho, podría generarse más prudencia al crecer el miedo a las represalias. En cualquier caso, en la medida en que declina la estabilidad y avanza la tecnología, la escalada progresiva de guerras nucleares locales puede resultar difícil de contener.

A medida que pierde importancia la ideología como explicación de los conflictos interestatales, la «neutralidad» de unas Naciones Unidas débilmente confederales se hace más y más sospechosa. La capacidad de la ONU para «mantener la paz», siendo ya muy limitada, puede disminuir más que aumentar en esta atmósfera. La demanda de «injerencia humanitaria» puede llegar a ser vista como la versión de finales del siglo XX del imperialismo occidental anterior, que también aducía justificaciones civilizatorias. ¿Podría haber secesiones, múltiples, de las estructuras nominalmente universales (siguiendo la línea que Corea del Norte ha adoptado frente a la Agencia Internacional de Energía Atómica) así como la construcción de organismos rivales? Es algo que no puede descartarse.

3) Si los Estados (y el sistema interestatal) llegan a considerarse ineficaces, ¿a quién se dirigirá la gente en busca de protección? La respuesta comienza a estar clara: a los «grupos». Éstos pueden portar etiquetas diversas: étnicas, religiosas, lingüísticas, de género o preferencia sexual, «minorías» u otras caracterizaciones. Tampoco esto es nada nuevo. Lo nuevo es el grado en que tales grupos son considerados como una *alternativa* a la ciudadanía y participación en un Estado que por definición aloja a muchos grupos (aunque desigualmente jerarquizados).

Es cuestión de confianza. ¿En quién confiaremos en un mundo desordenado, en un mundo de mayor incertidumbre y disparidad económica, en un mundo en el que el futuro no está en absoluto garantizado? Hasta ahora, la gente respondía: en los Estados. Esto es lo que llamamos legitimación, si no de los Estados existentes hasta el presente, al menos de los que esperábamos crear en el futuro próximo. Los Estados tenían una imagen expansiva, de desarrollo; los grupos tienen por el contrario una imagen defensiva, atemorizada.

Al mismo tiempo (y ahí está precisamente el quid de la cuestión), estos mismos grupos son también consecuencia del fenómeno de la democratización, de la sensación de que los Estados han fracasado porque la reforma liberal era un espejismo, ya que el «universalismo» de los Estados implicaba en la práctica el olvido o la represión de las capas más débiles. Así, pues, los grupos son producto no sólo del miedo intensificado y de la desilusión, sino también del

ascenso de una conciencia igualitaria y constituyen, por lo tanto, un lugar de encuentro muy prometedor. Es difícil imaginar que su papel político pueda disminuir en el próximo futuro. Pero dada su estructura contradictoria (igualitaria pero introvertida), la amplificación de su papel puede ser enormemente caótica.

4) ¿Cómo frenar entonces la extensión de las guerras Sur-Sur y de los conflictos minoría-minoría en el Norte, que no son sino una derivación de ese «grupismo»? ¿Y quién goza de la posición moral, o militar, desde la que mediar? ¿Quién está dispuesto a invertir sus recursos en ello, especialmente si se confirma la perspectiva de una confrontación intensificada y más o menos equilibrada Norte-Norte (Japón-Estados Unidos frente a la UE)? Puede que se hagan algunos esfuerzos aquí y allá; pero en general el mundo permanecerá impasible, como sucedió en la guerra Irán-Iraq, o en la antigua Yugoslavia, o en el Cáucaso, o en los ghettos de los Estados Unidos. Esto puede ser cada vez más cierto en la medida en que proliferen los conflictos Sur-Sur.

Y lo que es aún más serio, ¿quién limitará las pequeñas guerras Norte-Sur, no sólo iniciadas, sino deliberadamente iniciadas, no por el Norte sino por el Sur, como parte de una estrategia a largo plazo de confrontación militar? La Guerra del Golfo fue el comienzo, no el final, de ese proceso. Estados Unidos ganó la guerra, se dice. ¿Pero a qué precio? ¿Al de exhibir su dependencia financiera con respecto a otros países incluso para guerras pequeñas? ¿Al precio de tener que plantearse un objetivo muy limitado, muy alejado de la rendición incondicional? ¿Al precio de someter al Pentágono a una discusión sobre la futura estrategia militar de «ganar, aguantar, ganar»?

El presidente Bush y los militares estadounidenses apostaron a que podían lograr su limitada victoria sin sufrir un elevado coste (en vidas o en dinero). La apuesta funcionó, pero puede que el Pentágono se lo piense dos veces. Una vez más, es difícil que Estados Unidos, o incluso la fuerza combinada de los ejércitos del Norte, puedan hacer frente a varias «crisis» como la Guerra del Golfo al mismo tiempo. Y dado el modelo de economía-mundo y de estructura social a escala mundial que considero probable para el período 2000-2025, ¿quién se atrevería a asegurar que no tendrán lugar de forma simultánea múltiples «crisis» del Golfo?

5) Hay un último factor de caos que no deberíamos subestimar, el de una nueva Peste Negra. La etiología del SIDA sigue siendo objeto de intensa controversia. No importa, ya que en cualquier caso ha desencadenado la aparición de un nuevo y mortal bacilo de la tuberculosis cuya propagación parece incontrolable. ¿Qué sucederá ahora? La propagación de esa enfermedad no sólo invierte un patrón de larga duración en la economía-mundo capitalista (paralelamente a la inversión del modelo de aumento de la estatidad y de fortalecimiento del sistema interestatal), sino que también contribuye a una quiebra más profunda de ésta, tanto por sumarse a las cargas de la maquinaria estatal como por estimular una atmósfera de intolerancia mutua. Esta quiebra alimenta a su vez la proliferación de nuevas enfermedades.

El hecho clave que hemos de comprender es que no puede predecirse qué variable se verá más afectada por la difusión de nuevas pandemias, que reducen el número de consumidores de alimentos, pero también el de productores; reducen el número de inmigrantes potenciales, pero aumenta la escasez de puestos de trabajo y la necesidad de emigrar. En cada caso, ¿qué variable prevalecerá? No podremos saberlo hasta que haya pasado. Éste es simplemente un ejemplo más de la indeterminación del resultado de una cadena de bifurcaciones.

Éste es, pues, es el panorama de la segunda fase que señalaba al principio: la entrada en un período de caos. Habrá una tercera fase después, la del nuevo orden resultante. Podemos ser más breves al respecto puesto que es extremadamente incierto. Una situación caótica es, pese a la aparente paradoja, la más sensible a la intervención humana deliberada. Es durante los períodos de caos, a diferencia de lo que sucede en los de relativo orden, cuando la intervención humana resulta decisiva.

¿Hay participantes potenciales con una visión sistémica, constructiva? Yo los veo de dos tipos. Por un lado, tenemos los visionarios de la jerarquía y el privilegio restaurados, los custodios de la llama eterna de la aristocracia. Personas individualmente poderosas, sin necesidad de estructuras colectivas (el «comité ejecutivo de la clase dominante» nunca ha mantenido una reunión), actúan durante las crisis sistémicas (si no conjuntamente, en tándem) porque perciben que todo está fuera de control. En tales circunstancias, se basan en el principio de Lampedusa: «Cambiarlo todo para que todo siga igual». Es difícil adivinar qué inventarán y ofrecerán al mundo, pero confío en su inteligencia y perspicacia. Ofrecerán algún nuevo sistema histórico, y podrían ser capaces de empujar al mundo en esa dirección.

Frente a ellos se sitúan los visionarios de la democracia/igualdad (dos conceptos que creo inseparables). En el período 1789-1989 surgieron bajo la forma de movimientos antisistémicos (las tres variantes de «vieja izquierda»), y su historia organizativa fue la de un gigantesco éxito táctico y un fracaso estratégico igualmente gigantesco. A la larga, esos movimientos sirvieron más para apuntalar el sistema que para derribarlo.

La cuestión es si surgirá una nueva familia de movimientos antisistémicos, con una nueva estrategia, suficientemente fuerte y flexible como para conseguir un impacto en el período 2000-2025, de modo que el resultado no sea lampedusiano. Puede que no surjan en absoluto, que no sobrevivan, o que no sean lo bastante hábiles como para ganar la partida.

Tras la bifurcación, digamos en 2050 o 2075, sólo podemos estar seguros de unas cuantas cosas. Ya no viviremos en una economía-mundo capitalista, sino en un nuevo orden o en varios, en un nuevo sistema histórico o en varios. Y probablemente volveremos a conocer cierta paz, estabilidad y legitimación. ¿Pero será una paz, estabilidad y legitimación mejor que la que hemos conocido hasta ahora, o peor? Eso no podemos saberlo, pero depende de nosotros.

Capítulo 29. ¿El fin de qué modernidad?

Entre tantas proclamaciones de que vivimos en una era posmoderna, me pareció necesario reconsiderar de nuevo qué es o se supone que ha sido la modernidad. Ésta es una historia de sus percepciones, que apunta por consiguiente a las opciones político/morales que tenemos ante nosotros.

Cuando llegué a la universidad a finales de la década de 1940, nos enseñaban las virtudes y realidades de ser moderno. Hoy, casi medio siglo después, nos hablan de las virtudes y realidades de ser posmoderno. ¿Qué ha pasado con la modernidad que ya no es nuestra salvación, y se ha convertido por el contrario en nuestra perdición? ¿La modernidad de que hablábamos entonces es la misma de la que hablamos ahora? ¿Qué modernidad es la que ha llegado a su fin?

El Oxford English Dictionary (OED), que siempre es el que hay que mirar en primer lugar, nos ofrece un significado historiográfico del término «moderno»: «se aplica comúnmente (en contraposición a antiguo y medieval) a la época posterior a la Edad Media». Cita a un autor que lo emplea en ese sentido ya en 1585. Además, el OED nos comunica que «moderno» significa también «perteneciente a la época o período actual o aparecido en ella», en cuyo caso «posmoderno» es un oximoron, que deberíamos, me parece, desconstruir.

Hace alrededor de cincuenta años, «moderno» tenía dos connotaciones claras. Una era positiva y orientada hacia el futuro: «moderno» se refería a la tecnología más avanzada. El término se situaba en el marco conceptual de la supuesta perennidad del progreso tecnológico y, por consiguiente, de la innovación constante. Esta modernidad, en consecuencia, era efímera: lo que hoy es moderno mañana será anticuado. Y era muy material en sus avatares: aviones, aire acondicionado, televisión, ordenadores. El atractivo de ese tipo de modernidad todavía no se ha agotado. Sin duda hay millones de criaturas de la *new age* que afirman rechazar esa eterna búsqueda de la velocidad y el control del ambiente como algo insalubre y aun nefando. Pero en Asia y en África, en Europa oriental y en América Latina, en los barrios más pobres de Europa occidental y Estados Unidos, hay miles de millones –no millones– de personas que anhelan disfrutar plenamente este tipo de modernidad.

Ahora bien, el concepto de modernidad tenía otra connotación principal, más antagonista que afirmativa, quizá no tanto progresista como militante (y también autosatisfecha), y no tanto material como ideológica. Ser moderno significaba ser antimodieval, en una antinomia en que el concepto de «medieval» encarnaba la estrechez mental, el dogmatismo y sobre todo las constricciones impuestas por la autoridad. Era Voltaire clamando: «*Écrasez l'infâme!*». Era Milton enalteciendo o poco menos a Lucifer en *El Paraíso Perdido*. Eran todas las «revoluciones» clásicas, la inglesa, la norteamericana, por supuesto la francesa, pero también la rusa y la china. En Estados Unidos era la doctrina de la separación de la Iglesia y el Estado, las diez primeras enmiendas a la Constitución, la Proclamación de Emancipación, Clarence Darrow en el proceso Scopes, Brown vs. la Junta de Educación y Roe vs. Wade.

Era, en suma, el presunto triunfo de la libertad humana contra las fuerzas del mal y la ignorancia. Era una trayectoria de progreso tan inexorable como la del avance tecnológico. Pero no era un triunfo de la humanidad sobre la naturaleza, sino más bien sobre sí misma, o sobre los privilegiados. Su vía no era el descubrimiento intelectual sino el conflicto social. Esta modernidad no era la de la tecnología, la de Prometeo desencadenado, la de la riqueza sin límites, sino por el contrario la modernidad de la liberación, de la democracia sustantiva (el gobierno del pueblo, contrapuesto al de la aristocracia o al gobierno de los mejores), de la realización humana y sí, de la moderación. Esta modernidad de la liberación no era pasajera, sino eterna. Una vez alcanzada, no renunciaríamos a ella jamás.

Las dos historias, los dos discursos, las dos búsquedas, las dos modernidades, eran muy diferentes, incluso opuestas. Pero aun así estaban profundamente entrelazadas históricamente, y por eso el resultado ha sido una profunda confusión, desenlaces inciertos y mucha decepción y desilusión. Este par simbiótico ha constituido la contradicción cultural central de nuestro sistema-mundo moderno, el sistema del capitalismo histórico. Y nunca ha sido tan aguda como hoy, cuando provoca crisis no sólo institucionales sino también morales.

Examinemos la historia de esa compleja simbiosis entre las dos modernidades –la de la tecnología y la de la liberación– en la historia de nuestro sistema-mundo moderno. Dividiré mi historia en tres partes: los 300 o 350 años transcurridos entre los orígenes de nuestro sistema-mundo moderno a mediados del siglo XV y el final del XVIII; el siglo XIX y la mayor parte del XX, o para utilizar dos fechas simbólicas para este segundo período, la era comprendida entre 1789 y 1968; y el período posterior a 1968.

El sistema-mundo moderno nunca se ha sentido del todo a gusto con la idea de la modernidad, pero por razones diferentes en cada uno de los tres períodos. Durante el primero, sólo una parte del planeta (principalmente la mayor parte de Europa y las Américas) constituía ese sistema histórico que podemos llamar economía-mundo capitalista. Podemos emplear esta designación para el sistema en ese período, fundamentalmente porque ya poseía las tres características definitorias de una economía-mundo capitalista: dentro de sus fronteras existía una sola división axial del trabajo, con polarización entre actividades económicas de tipo central y de tipo periférico; las principales estructuras políticas, los Estados, estaban vinculados y constreñidos por un sistema interestatal cuyas fronteras coincidían con las de la división axial del trabajo; quienes impulsaban la incesante acumulación de capital se impusieron a medio plazo sobre los demás.

Sin embargo, durante ese primer período la geocultura de la economía-mundo capitalista todavía no estaba firmemente instaurada. De hecho, durante ese período no había normas geoculturales claras para las regiones ubicadas dentro de la economía-mundo capitalista. No había consenso social, ni siquiera mínimo, en torno a problemas tan fundamentales como el de si los Estados debían ser laicos; sobre quién se hallaba investido moralmente de la soberanía; sobre la legitimidad de la autonomía corporativa parcial de los intelectuales o sobre la coexistencia de múltiples religiones. Todas éstas son historias bien conocidas, en las que quienes gozaban de poder y privilegios, y todavía dominaban las principales instituciones políticas y sociales, trataban de contener las fuerzas del progreso.

Es fundamental observar que durante todo este largo período los que defendían la modernidad de la tecnología y los que defendían la modernidad de la liberación tenían los mismos y poderosos enemigos políticos. Las dos modernidades parecían ir al unísono, y muy pocos habrían podido distinguirlas. Galileo, sometiéndose a la iglesia pero murmurando su (probablemente apócrifo) «*Eppur si muove*», parecía luchar a la vez por el progreso tecnológico y por la liberación humana. Se podría resumir el pensamiento de la Ilustración diciendo que consistía en la creencia en que la modernidad de la tecnología y la modernidad de la liberación eran idénticas.

Si había una contradicción cultural, era que la economía-mundo capitalista funcionaba económica y políticamente dentro de un marco que carecía de la geocultura necesaria para sostenerla y reforzarla. El conjunto del sistema no se adaptaba bien a sus propios impulsos dinámicos; se podría decir que carecía de la coordinación suficiente, o que luchaba contra sí mismo. El continuo dilema del sistema era geocultural. Para que la economía-mundo capitalista prosperara y se expandiera como lo requería su lógica interna hacía falta un ajuste de grandes proporciones.

La Revolución Francesa ofreció una solución al problema, y no sólo para Francia sino para todo el sistema-mundo moderno. La Revolución Francesa no fue un hecho aislado: más bien

podemos considerarla como el ojo del huracán. Fue precedida y sucedida por la descolonización de las Américas: la de los colonizadores de la Norteamérica británica, la América española y Brasil; la revolución de los esclavos en Haití; y las abortadas insurrecciones de indígenas americanos como la de Túpac Amaru en Perú. La Revolución Francesa estimuló y se conectó con luchas de liberación de varios tipos, así como con nacionalismos incipientes, en toda Europa y sus alrededores, de Irlanda a Rusia y de España a Egipto. Lo hizo no sólo despertando en esos países resonancias de simpatía por las doctrinas revolucionarias francesas sino también provocando reacciones contra el imperialismo francés (es decir, napoleónico), que invocaban esas mismas doctrinas revolucionarias francesas.

Por encima de todo, la Revolución Francesa puso de manifiesto, en cierto modo por primera vez, que la modernidad de la tecnología y la modernidad de la liberación no eran en absoluto idénticas. En realidad se podría decir que los que se inclinaban principalmente por la modernidad de la tecnología se atemorizaron de repente ante la fuerza de los defensores de la modernidad de la liberación.

En 1815 Napoleón fue derrotado, y en Francia se produjo una «Restauración». Las potencias europeas establecieron una Santa Alianza que pretendía garantizar un *status quo* reaccionario. Pero eso se demostró imposible, y durante el período 1815-1848 se fue elaborando una geocultura destinada a impulsar la modernidad de la tecnología y al mismo tiempo contener la modernidad de la liberación.

Dada la relación simbiótica entre las dos modernidades, no fue fácil establecer esa separación parcial entre ellas, aunque al final se logró, y de esa forma se creó una base geocultural duradera con la que legitimar el funcionamiento de la economía-mundo capitalista, al menos durante unos 150 años. La clave fue la elaboración de la ideología liberal y su aceptación como ideología emblemática de la economía-mundo capitalista.

Las ideologías constituían ya de por sí una innovación surgida de la nueva situación cultural creada por la Revolución Francesa⁵. Quienes en 1815 creían poder restablecer el orden y la tradición descubrieron que ya era demasiado tarde: se había producido una transformación profunda de las mentalidades, históricamente irreversible, al aceptarse ampliamente, casi como evidentes, dos ideas radicalmente nuevas. La primera era que el cambio político era un acontecimiento normal y no excepcional. La segunda era que la soberanía residía en una entidad llamada «el pueblo».

Esas dos ideas eran explosivas. La Santa Alianza las rechazó de plano, por supuesto; pero el gobierno conservador británico, el gobierno de la nueva potencia hegemónica en el sistema-mundo, fue mucho más ambiguo, y lo mismo sucedió con la monarquía restaurada de Luis XVIII en Francia. Esos dos gobiernos, conservadores por instinto pero inteligentes en el ejercicio del poder, actuaron de forma ambigua porque tenían conciencia de la fuerza huracanada de la opinión pública y decidieron comportarse con flexibilidad frente a ella antes que correr el riesgo de saltar por los aires.

Así surgieron las ideologías, que eran simplemente las estrategias políticas a largo plazo destinadas a encarar las nuevas creencias en la normalidad del cambio político y la soberanía moral del pueblo. Surgieron tres ideologías principales. La primera fue el conservadurismo, la ideología de quienes más se oponían a las nuevas ideas y las consideraban moralmente erradas, rechazando la modernidad como algo nefando.

⁵ Véase una argumentación más detallada en mi artículo «The French Revolution as a World-Historical Event», en *Unthinking Social Science: The Limits of Nineteenth-Century Paradigms*, Cambridge Polity Press, 1991, pp. 7-22 [ed. cast., «La Revolución Francesa como suceso histórico mundial», en *Impensar las ciencias sociales*, México, Siglo XXI, 1998, pp. 9-26]

El liberalismo surgió, en respuesta al conservadurismo, como doctrina de quienes deseaban el pleno florecimiento de la modernidad de forma gradual, con un mínimo de fracturas y un máximo de manipulación controlada. Como el Tribunal Supremo de Estados Unidos en 1954 cuando declaró ilegal la segregación racial, los liberales creían que los cambios debían proceder «con la mayor velocidad posible», lo que como sabemos significa en realidad «no muy despacio, pero tampoco demasiado aprisa». Los liberales estaban totalmente comprometidos con la modernidad de la tecnología, pero bastante poco con la modernidad de la liberación. Para ellos la liberación de los técnicos era una idea excelente, pero la liberación de la gente común extrañaba algunos riesgos.

La tercera gran ideología del siglo XIX, el socialismo, fue la última en surgir. Como para los liberales, el progreso era para los socialistas inevitable y deseable. Pero a diferencia de los liberales, desconfiaban de las reformas desde arriba. Se sentían impacientes por alcanzar todos los beneficios de la modernidad, los de la tecnología desde luego, pero más aún los de la liberación. Sospechaban, con mucha razón, que los liberales se proponían limitar el «liberalismo», tanto en la profundidad como en el ámbito de su aplicación.

En esa tríada de ideologías incipientes, los liberales se situaban en el centro político. Aunque deseaban vedar al Estado, en particular al Estado monárquico, la toma de decisiones en muchas áreas, insistían igualmente en atribuirle las funciones decisivas del reformismo racional. En Gran Bretaña, por ejemplo, la derogación [el 15 de mayo de 1846] de las Leyes del Grano [*Corn Laws*] supuso sin duda la culminación de un largo esfuerzo por apartar al Estado de la protección del mercado interno contra la competencia extranjera. Pero en la misma década de 1840 ese mismo Parlamento aprobó las leyes fabriles [*Factory Acts*], con las que se inició (no finalizó) un largo esfuerzo por atribuir al Estado la reglamentación de las condiciones de trabajo y empleo.

El liberalismo, lejos de ser una doctrina intrínsecamente antiestatal, trató de fortalecer la eficacia de la maquinaria estatal⁶, ya que para los liberales el Estado era un instrumento esencial para alcanzar su objetivo central, impulsar la modernidad de la tecnología y al mismo tiempo apaciguar prudentemente a las «clases peligrosas». Así esperaban controlar las implicaciones apresuradas de la idea de soberanía del «pueblo» derivada de la modernidad de la liberación.

Durante el siglo XIX, la ideología liberal se tradujo, en las zonas centrales de la economía-mundo capitalista, en tres objetivos políticos principales: el sufragio, el Estado del bienestar y la identidad nacional. Los liberales esperaban que la combinación de los tres apaciguara a las «clases peligrosas» asegurando a la vez la modernidad de la tecnología

El debate en torno al sufragio se prolongó durante todo el siglo y más allá. En la práctica se fue extendiendo continuamente el derecho a votar, casi siempre en el siguiente orden: primero los pequeños propietarios, después los varones adultos sin propiedades, luego los jóvenes y por último las mujeres. Los liberales suponían que las personas antes excluidas, al alcanzar el derecho de voto, aceptarían la idea de que la votación periódica representaba la conquista de todos sus derechos políticos y, por consiguiente, abandonarían otras ideas más radicales sobre la participación efectiva en la toma colectiva de decisiones.

El debate sobre el Estado del bienestar, que en realidad se refería a la redistribución del plusvalor, fue también permanente y también supuso una ampliación incesante de concesiones, por lo menos hasta la década de 1980, cuando por primera vez empezó a retroceder. El Estado del bienestar suponía esencialmente un salario social, de forma que una porción (creciente) de la

⁶ Véase mi artículo «Liberalism and the legitimation of Nation-States: An Historical Interpretation», *Social Justice*, núm. 19/1, primavera de 1992, pp. 22-33; reimpresso en *After Liberalism*, Nueva York, New Press, 1995, pp. 93-107 [ed. cast., «El liberalismo y la legitimación de los Estados-nación: Una interpretación histórica», en *Después del liberalismo*, México, Siglo XXI, 1996, pp. 95-110].

renta de los asalariados no provenía directamente de los patronos, sino indirectamente a través de organismos gubernamentales. Este sistema desvinculaba en parte la renta del empleo, permitía una ligera igualación de los salarios entre los distintos niveles de capacitación y rentas salariales, y desplazaba parte de las negociaciones entre el capital y el trabajo al campo político, donde, con el sufragio, los trabajadores habían adquirido algo más de fuerza. Sin embargo, el Estado del bienestar no atendía tanto a los trabajadores situados en los peldaños más bajos de la escala salarial como a un estrato medio cuyo tamaño iba creciendo y cuyo peso político se iba convirtiendo en soporte importante de gobiernos centristas comprometidos con el refuerzo activo de la ideología liberal.

Ni el sufragio ni el Estado del bienestar (ni siquiera los dos juntos) habrían sido suficientes para domeñar a las clases peligrosas sin la adición de una tercera variable fundamental, que aseguró que esas clases no examinaran con demasiado detalle el alcance de las concesiones del sufragio y el Estado del bienestar. Esta tercera variable fue la creación de la identidad nacional. En 1845 Benjamin Disraeli, primer conde de Beaconsfield, futuro «conservador ilustrado» y primer ministro de Gran Bretaña, publicó una novela titulada *Sybil, or the Two Nations*. En su «Advertencia», el autor nos dice que el tema de la obra es «la situación del pueblo», que al parecer aquel año era tan terrible que, para no ser acusado por sus lectores de exageración, le resultó «absolutamente necesario suprimir mucho de lo que ocurre en realidad». La novela introdujo en su argumento al entonces poderoso movimiento cartista, y su tema son las «dos naciones de Inglaterra, la rica y la pobre», que supuestamente derivarían de dos grupos étnicos diferentes, normandos y sajones⁷.

En las páginas finales, Disraeli se expresa muy duramente sobre las limitadas repercusiones para el «pueblo» de la reforma política formal (esto es, la del liberalismo clásico). Dice:

La historia escrita de nuestro país durante los diez últimos reinados ha sido una mera fantasmagoría, presentando el origen y las consecuencias de las acciones públicas con un carácter y un color totalmente distintos de su forma y matiz naturales. En este imponente misterio todos los pensamientos y cosas han asumido un aspecto y título contrarios a su calidad y estilo reales: a la Oligarquía se la ha llamado Libertad; a un clero excluyente, Iglesia nacional; la Soberanía ha sido el título de algo sin ningún dominio, mientras que quienes afirman ser servidores del Pueblo han ejercido un poder absoluto. En la egoísta lucha de facciones, dos grandes protagonistas han sido eliminados de la historia de Inglaterra: el Monarca y la Multitud; a medida que disminuía el poder de la Corona desaparecían los derechos del Pueblo, hasta que finalmente el cetro se ha convertido en un adorno ceremonial, y sus súbditos han caído de nuevo en la condición de siervos. Pero el Tiempo, que todo lo mueve, ha traído también a la mente de Inglaterra cierta sospecha de que los ídolos adorados durante tanto tiempo y los oráculos que durante tanto tiempo nos han engañado no son verdaderos. Crece en el país el rumor de que la Lealtad no es una frase, la Fe no es un engaño y la Libertad Popular es algo más difundido y sustancial que el ejercicio impío de los sagrados derechos de la soberanía por la clase política⁸.

Si Gran Bretaña (y Francia, y en realidad todos los países) eran «dos naciones», la rica y la pobre, la solución de Disraeli consistía claramente en unirlos, dándoles un solo sentimiento, una sola lealtad y una sola abnegación. Esta «unidad» es lo que llamamos identidad nacional. El gran programa del liberalismo no era transformar las naciones en Estados, sino crear naciones desde los Estados. Es decir, convertir a cuantos habitaban dentro de las fronteras del Estado – antes «súbditos» del rey-soberano, ahora «pueblo» soberano– en «ciudadanos» identificados con su Estado.

En la práctica esto supuso varias modificaciones institucionales. La primera consistió en establecer definiciones legales claras de la pertenencia a esa organización política. Las reglas

⁷ Benjamin Disraeli, conde de Beaconsfield, *Sybil, or the two nations*, Londres, John Lane, The Bodley Head, 1927 [ed. orig.: 1845].

⁸ *Ibid.*, p. 641.

variaban, pero siempre tendían a excluir (con mayor o menor rigor) a los recién llegados al territorio del Estado («inmigrantes»), mientras que solían incluir a todos los residentes «normales». La unidad de este último grupo se reforzó luego mediante la pretensión de unidad lingüística: una sola lengua oficial del Estado y, a menudo con la misma importancia, diferente a la de los Estados vecinos. Se impuso que todas las actividades estatales se llevaran a cabo en una sola lengua, cuya normalización y unificación era impulsada por instituciones estatales (por ejemplo, mediante el control de los diccionarios por academias nacionales), y se obligó a las minorías lingüísticas a usar esa lengua.

Las grandes instituciones unificadoras del pueblo fueron el sistema educativo y las fuerzas armadas. En todos los países del centro de la economía-mundo capitalista, al menos, la educación elemental pasó a ser obligatoria, y en muchos ocurrió lo mismo con el servicio militar. Las escuelas y los ejércitos enseñaban la lengua, los deberes cívicos y la lealtad nacional. En menos de un siglo, países que antes eran dos «naciones» –ricos y pobres, normandos y sajones– pasaron a verse a sí mismos como una nación, en este caso particular la «inglesa».

En la creación de la identidad nacional hay un último elemento crucial que no debemos olvidar: el racismo. El racismo une a la raza considerada superior. La une a su Estado a expensas de las minorías, total o parcialmente excluidas de los derechos de ciudadanía. Pero también une a la «nación» frente al resto del mundo; no sólo frente a sus vecinos, sino aún más frente a las zonas periféricas. En el siglo XIX los Estados del centro se convirtieron en Estados-nación al mismo tiempo que en Estados imperiales, que establecían colonias en nombre de una «misión civilizadora».

Lo que el paquete liberal formado por el sufragio, el Estado del bienestar y la identidad nacional ofrecía a las clases peligrosas de los países del centro era por encima de todo esperanza, la esperanza de que las reformas, graduales pero constantes, prometidas por los políticos y tecnócratas liberales, significarían *finalmente* una mejora para las clases peligrosas, una igualación de las retribuciones, la desaparición de las «dos naciones» de Disraeli. Esa esperanza se proclamaba por supuesto directamente, pero también con formas más sutiles. Se ofrecía bajo la forma de una teoría de la historia que postulaba como inevitable esa mejora de las condiciones, atribuyéndola al impulso irresistible hacia la libertad humana. Ésa era la llamada interpretación *whig* de la historia. Desde el siglo XVI hasta el XVIII la lucha político-cultural se había presentado de muchas maneras, pero en el XIX las dos luchas –por la modernidad de la tecnología y la modernidad de la liberación– fueron retrospectivamente definidas para siempre como una sola lucha centrada en el héroe social, el individuo. Ése era el núcleo de la interpretación *whig* de la historia, y esa interpretación retrospectiva formaba a su vez parte, y parte fundamental, del proceso de imposición de una geocultura dominante en la economía-mundo capitalista durante el siglo XIX.

Por eso, precisamente en el momento histórico en que, a ojos de los grupos dominantes, las dos modernidades parecían más divergentes que nunca y hasta enfrentadas, la ideología oficial (la geocultura dominante) proclamó que eran idénticas. Los grupos dominantes emprendieron una campaña educativa de grandes proporciones (por medio del sistema de enseñanza y las fuerzas armadas) para persuadir a sus clases peligrosas de esa identidad, con el fin de acallar su reivindicación de la modernidad de la liberación y de que invirtieran sus energías en la modernidad de la tecnología.

En el ámbito ideológico, la lucha de clases del siglo XIX giró en torno a esta cuestión. Y en la medida en que los movimientos obreros y socialistas aceptaron la centralidad e incluso la primacía de la modernidad de la tecnología, perdieron la lucha de clases. Interiorizaron la lealtad a los Estados a cambio de concesiones muy modestas (aunque reales) en cuanto a la modernidad de la liberación. Y cuando estalló la Primera Guerra Mundial se había desvanecido totalmente la voluntad de dar primacía a la lucha por la modernidad de la liberación y en todos

los países de Europa los trabajadores se unieron en torno a la sagrada bandera y el honor nacional.

La Primera Guerra Mundial marcó el triunfo de la ideología liberal en el centro euro-estadounidense del sistema-mundo. Pero también fue en ese momento cuando se puso de relieve la fractura política del sistema-mundo entre centro y periferia, iniciándose el retroceso de Occidente cuando las potencias europeas apenas acababan de completar la conquista de las últimas áreas del planeta durante el último tercio del siglo XIX.

En toda el Asia oriental y meridional y en Oriente Próximo (con prolongaciones posteriores en África y resonancias en muchos países latinoamericanos formalmente independientes) empezaron a aparecer movimientos de liberación, con múltiples formas y diversos grados de éxito. En el período comprendido entre 1900 y 1917 hubo distintas revoluciones y sublevaciones nacionalistas en México, China, Irlanda, la India, los Balcanes, Turquía, Afganistán, Persia y el mundo árabe. Nuevas «clases peligrosas» habían alzado la cabeza, agitando la bandera de la modernidad de la liberación, no porque se opusieran a la modernidad tecnológica, sino porque creían que el camino para alcanzar esta última pasaba por la consecución de aquélla.

Los años comprendidos entre 1914 y 1945 estuvieron marcados por una larga lucha en el centro, principalmente entre Alemania y Estados Unidos, por la hegemonía en el sistema-mundo, porfía que como sabemos ganó Estados Unidos. Pero durante estos mismos años y también posteriormente se produjo una contienda mucho más fundamental entre el Sur y el Norte. Una vez más, los grupos dominantes (ubicados en el Norte) trataron de convencer a las nuevas clases peligrosas de la identidad entre las dos modernidades. Woodrow Wilson ofreció la autodeterminación de las naciones y los presidentes Roosevelt, Truman y Kennedy prometieron el desarrollo económico de las naciones subdesarrolladas, equivalentes estructurales a escala mundial del sufragio universal y el Estado del bienestar a escala nacional en el centro de la economía-mundo capitalista.

Eran concesiones realmente modestas. Los grupos dominantes ofrecían también una «identidad», la unidad del mundo libre contra el mundo comunista, que fue recibida con mucha desconfianza por el llamado Tercer Mundo (es decir, por las zonas periféricas y semiperiféricas *menos* el llamado bloque soviético). El Tercer Mundo consideraba al Segundo como parte de su zona y, por lo tanto, objetivamente del mismo lado; pero enfrentado a la realidad del poder estadounidense, y al papel opositor simbólico (y en gran parte sólo simbólico) de la URSS, el Tercer Mundo optó en general por el no alineamiento, de modo que nunca llegó a «identificarse» con la zona del centro como las clases trabajadoras del centro habían llegado a identificarse con los estratos dominantes en un nacionalismo y un racismo compartidos. La geocultura liberal no funcionó tan bien en el siglo XX a escala mundial como había funcionado en el XIX a escala nacional en el centro de la economía-mundo capitalista.

Pero el liberalismo todavía no estaba en peligro. El liberalismo wilsoniano logró seducir y apaciguar al socialismo leninista tal como el liberalismo europeo logró seducir y apaciguar a la socialdemocracia en el siglo XIX⁹. El programa leninista dejó de ser la revolución mundial para convertirse en el antiimperialismo más la construcción del socialismo, lo que en definitiva no era sino una mera variante retórica de la propuesta de Wilson y Roosevelt de la autodeterminación de las naciones y el desarrollo económico de los países subdesarrollados. En los partidos leninistas la modernidad de la tecnología se había impuesto una vez más a la modernidad de la liberación. Al igual que los liberales en el poder, los leninistas supuestamente

⁹ Véase mi artículo «The concept of National Development, 1917-1989», en G. Marks y L. Diamond (eds.), *Reexamining Democracy*, Newbury Park, Sage, 1992, pp. 79-89, reimpresso en *After Liberalism*, cit., p. 108-122 [ed. cast., «El concepto de desarrollo nacional, 1917-1989: elegía y réquiem», en *Después del liberalismo*, cit., pp. 111-125].

enfrentados a ellos sostenían que las dos modernidades eran en realidad idénticas. Y con ayuda de los leninistas, los liberales del Norte empezaron a convencer a los movimientos nacionales de liberación del Sur de esa identidad entre las dos modernidades.

En 1968 esta conveniente confusión conceptual de las dos modernidades se vio ruidosa y enérgicamente desafiada por una revolución mundial que adoptó principal pero no exclusivamente la forma de rebeliones estudiantiles. En Estados Unidos y en Francia, en Checoslovaquia y en China, en México y en Túnez, en Alemania y Japón hubo levantamientos (y en ocasiones muertes) que, con todas sus diferencias locales, compartían esencialmente los mismos temas básicos: la modernidad de la liberación es la importante, y no se ha alcanzado. La modernidad de la tecnología es una trampa engañosa. Los liberales de todos los colores – liberales liberales, liberales conservadores y sobre todo liberales socialistas, es decir, la vieja izquierda– no merecen confianza y en realidad suponen el principal obstáculo para la liberación¹⁰.

Yo me encontraba entonces en el centro de las luchas en Estados Unidos, la Universidad de Columbia¹¹, y en mi memoria perduran sobre todo dos recuerdos de aquella «revolución». Uno es el auténtico entusiasmo de los estudiantes, que mediante la práctica de la liberación colectiva descubrían lo que experimentaban como un proceso de liberación personal. El segundo es el profundo temor que esa explosión de entusiasmo liberador provocaba en la mayoría de los profesores y administradores, y muy especialmente entre los que se consideraban apóstoles del liberalismo y la modernidad, que veían en aquel estallido un rechazo irracional de los beneficios evidentes de la modernidad de la tecnología.

La revolución mundial de 1968 resplandeció como una llamarada y luego se fue apagando, o la fueron apagando. En 1970 se había consumido prácticamente en todas partes. Sin embargo, tuvo un efecto profundo en la geocultura del sistema-mundo, ya que sacudió el dominio de la ideología liberal sobre la misma, y reabrió las cuestiones que el triunfo del liberalismo en el siglo XIX había cerrado o relegado a los márgenes del debate público. Tanto la derecha como la izquierda mundiales se volvieron a alejar del centro liberal. El llamado neoconservadurismo era en muchos sentidos el viejo conservadurismo de la primera mitad del siglo XIX resucitado, así como la nueva izquierda suponía en muchos aspectos la resurrección del radicalismo de comienzos del siglo XIX, que conviene recordar que en aquella época aparecía vinculado al término «democracia» del que después se apropiarían los ideólogos centristas.

El liberalismo no desapareció en 1968, pero sí perdió su papel como ideología definitoria de la geocultura. La década de 1970 presenció la reconversión del espectro ideológico en una auténtica tríada, descomponiendo la amalgama de las tres ideologías que se produjo cuando pasaron a ser simples variantes *de facto* del liberalismo desde 1850, aproximadamente, hasta la década de 1960. El debate pareció retroceder ciento cincuenta años, pero el mundo había avanzado en dos sentidos: la modernidad de la tecnología había transformado la estructura social mundial amenazando desestabilizar los cimientos sociales y económicos de la economía-mundo capitalista; y la historia ideológica del sistema-mundo era ahora un recuerdo que debilitaba la capacidad de los grupos dominantes para mantener su estabilidad política.

Examinemos primero el segundo cambio. Algunos quizá se sorprenderán del énfasis que pongo en 1968 como punto de inflexión. Cabe que se pregunten si 1989, el año de la caída de los comunismos, no es una fecha más importante en la historia del sistema-mundo moderno. ¿Acaso 1989 no representó el hundimiento del desafío socialista al capitalismo y, por

¹⁰ Para un análisis más completo de la revolución mundial de 1968, véase I. Wallerstein, «1968: Revolution in the world-system», en *Geopolitics and geoculture: Essays in the Changing world-system*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991, pp. 65-83 [capítulo 23 de este mismo volumen].

¹¹ Un excelente informe sobre aquellos acontecimientos es el de Jerry L. Avorn *et al.*, *Up against the Ivy Wall: A History of the Columbia Crisis*, Nueva York, Atheneum, 1968.

consiguiente, el logro final del objetivo de la ideología liberal, la domesticación de las clases peligrosas, la aceptación universal de las virtudes de la modernidad de la tecnología? ¡Pues no, justamente no! Para mí, 1989 fue la continuación de 1968, y no supuso el triunfo del liberalismo y, por lo tanto, del capitalismo sino todo lo contrario, el colapso del liberalismo y una enorme derrota política de los defensores de la economía-mundo capitalista.

Lo que ocurrió en el terreno económico durante las décadas de 1970 y 1980 fue que, como resultado de un descenso o estancamiento (fase B de Kondratief) en la economía-mundo, los presupuestos estatales se redujeron seriamente en casi todas partes, y particularmente en las zonas periféricas y semiperiféricas de la economía-mundo. Cabría excluir una vasta zona de Asia oriental durante la década de 1980, pero en esos declives siempre hay una zona relativamente pequeña a la que le va bien debido justamente al declive general, y el crecimiento del Oriente asiático durante la década de 1980 no es sino la excepción que confirma la regla.

Tales declives, por supuesto, se han producido repetidamente en la historia del sistema-mundo moderno. Sin embargo, las consecuencias políticas de esta fase B de Kondratief particular fueron más severas que las de cualquiera de las anteriores, justamente porque la fase A que la precedió, entre 1945 y 1970, se vio marcada por el triunfo político mundial de los movimientos de liberación nacional y otros movimientos antisistémicos. En otras palabras, precisamente porque entre 1945 y 1970 el liberalismo parecía haber triunfado en todo el mundo (autodeterminación más desarrollo económico), la decepción de las décadas de 1970 y 1980 fue mucho más grave. Eran las esperanzas traicionadas y las ilusiones quebrantadas, sobre todo, aunque no exclusivamente, en las zonas periféricas y semiperiféricas, lo que hacía tanto más plausibles los lemas de 1968. El reformismo racional (más aún cuando se había envuelto en una retórica «revolucionaria») parecía un amargo engaño.

En un país tras otro del llamado Tercer Mundo las masas se volvían contra los movimientos de la vieja izquierda y los acusaban de fraude. Es posible que las muchedumbres no supieran con qué remplazarlos –una revuelta aquí, fundamentalismo religioso allá, antipolítica en otro sitio– pero estaban convencidas de que el seudorradicalismo de la vieja izquierda era en realidad un liberalismo disfrazado que sólo proporcionaba dividendos a una pequeña elite. De un modo u otro, las masas de esos países trataban de expulsar a esas elites. Habían perdido la fe en los Estados como agentes de una modernidad de liberación; pero debe quedar claro que no habían perdido el deseo de liberación, sino solamente la fe en la vieja estrategia para alcanzarla.

La caída de los comunismos en 1989-1991, por consiguiente, no fue sino el último paso de una larga serie, el descubrimiento de que ni la retórica más radical era garantía de la modernidad de la liberación, y probablemente tampoco era muy buena garantía de la modernidad de la tecnología¹². Ciertamente es que en su desesperación esas masas aceptaron momentáneamente los lemas de la revitalizada derecha mundial, la mitología del «mercado libre» (algo que, conviene señalar, no existe ni siquiera en Estados Unidos o Europa occidental), pero fue un espejismo pasajero. Ya estamos viendo la reacción política en Lituania, en Polonia, en Hungría y en otros países.

Pero también es cierto que ni en Europa occidental ni en ningún otro lugar del mundo es probable que la gente vuelva a creer en la versión leninista de las promesas del reformismo racional (por mucho que se le llame revolución socialista). Eso es desde luego un desastre para el capitalismo mundial, porque la fe en el leninismo ha funcionado durante al menos cincuenta años como la mayor fuerza inhibitoria de las clases peligrosas en el sistema-mundo. En la práctica, el leninismo ha ejercido una influencia sumamente conservadora al predicar el triunfo

¹² Puede consultarse un análisis paso a paso de cómo 1968 dio lugar a 1989 en G. Arrighi, T. K. Hopkins e I. Wallerstein, «1989. The Continuation of 1968», *Review*, XV, 2, primavera de 1992, pp. 221-242 [ed. cast., «1989, continuación de 1968», en G. Arrighi, T. K. Hopkins e I. Wallerstein, *Movimientos Antisistémicos*, Madrid, Cuestiones de antagonismo, Ediciones Akal, 1999, pp. 99-119].

inevitable del pueblo (con lo que tácitamente predicaba la paciencia). Las capas dominantes del sistema-mundo moderno han perdido el manto protector del leninismo¹³. Ahora las clases peligrosas pueden volver a ser de nuevo realmente peligrosas. El sistema-mundo se ha vuelto políticamente inestable.

Al mismo tiempo, los soportes socioeconómicos del sistema-mundo se han ido debilitando seriamente. Permítaseme mencionar tan sólo cuatro tendencias de ese tipo, que no agotan la lista de transformaciones estructurales. En primer lugar, la reserva mundial de mano de obra barata se ha visto seriamente reducida. Durante los últimos cuatro siglos los asalariados urbanos han logrado utilizar repetidamente su poder de negociación para disminuir la porción del plusvalor que les es arrebatada por los capitalistas. Sin embargo, éstos han podido contrarrestar los efectos negativos sobre la tasa de beneficio ampliando, también repetidamente, la reserva de mano de obra al incorporar al mercado de trabajo asalariado a nuevos grupos de trabajadores antes no asalariados, inicialmente dispuestos a aceptar salarios muy bajos. La expansión geográfica final de la economía-mundo capitalista a fines del siglo XIX, hasta incluir a todo el planeta, ha acelerado el proceso de desruralización de la fuerza de trabajo mundial, proceso que está muy avanzado y podría completarse sustancialmente en un futuro cercano¹⁴. Eso conlleva inevitablemente un marcado aumento a escala mundial de los costes de mano de obra como porcentaje del coste total de la producción mundial.

Un segundo problema estructural es la compresión de las capas medias, cabalmente percibidas como pilar político del sistema-mundo existente. Sus demandas, tanto a los empleadores como a los Estados, han ido aumentando constantemente, y el coste mundial de mantener esas capas medias tan expandidas a niveles cada vez más altos *per personam* se está haciendo excesivo tanto para las empresas como para los Estados, lo que explica los múltiples intentos durante la última década de recortar el Estado del bienestar. Pero una de dos: o bien esos costes no se reducen, y entonces tanto las empresas como los Estados se verán en graves dificultades y las quiebras serán frecuentes; o bien se reducen y en ese caso se generará un descontento político considerable justamente en las capas que han supuesto el sostén más vigoroso del sistema-mundo actual.

Un tercer problema estructural es el ecológico, que plantea serias dificultades económicas al sistema-mundo. Desde hace cinco siglos la acumulación de capital se basa en la capacidad de las empresas de externalizar sus costes, lo que ha significado esencialmente la sobreutilización de los recursos mundiales con un coste colectivo muy grande pero con casi ninguno para las empresas. Pero llega un momento en que los recursos se agotan y la contaminación alcanza un nivel imposible de mantener. Resulta pues que tenemos que hacer inversiones enormes en limpieza, y tendremos que restringir el empleo de los recursos para que el problema no se repita. Pero es igualmente cierto, como vienen clamando las empresas, que esas iniciativas reducirán la tasa de beneficio global.

Finalmente, la brecha demográfica que se añade a la brecha económica entre Norte y Sur se está ampliando en lugar de disminuir. Esto está creando una presión increíblemente fuerte de movimientos migratorios del Sur hacia el Norte, lo que a su vez genera una reacción política antiliberal igualmente fuerte en el Norte. Es fácil predecir lo que va a ocurrir. A pesar de las barreras, la inmigración ilegal aumentará en todas partes en el Norte, y asimismo sucederá con los movimientos intolerantes y racistas. El equilibrio demográfico interno de los Estados del Norte se modificará radicalmente, y debemos esperar graves conflictos sociales.

¹³ Véase mi explicación detallada en «The Collapse of Liberalism», en R. Miliband y L. Panitch (eds.), *Socialist Register 1992*, Londres, Merlin Press, 1992, pp. 96-110, incluido ahora en *After Liberalism*, cit., pp. 232-251 [ed. cast.: «El colapso del liberalismo», en *Después del liberalismo*, cit., pp. 231-249].

¹⁴ Véase R. Kasaba y F. Tabak, «The Restructuring of World Agriculture, 1873-1990», en P. McMichael (ed.), *Food and agricultural systems in the world-economy*, Westport (CT), Greenwood Press, 1994, pp. 79-93.

Así que durante los próximos cuarenta o cincuenta años el sistema-mundo se verá sumido en una grave crisis moral e institucional. Volviendo a nuestro discurso inicial sobre las dos modernidades, lo que está ocurriendo es que por fin hay una tensión clara y abierta entre la modernidad de la tecnología y la modernidad de la liberación. Entre 1500 y 1800 las dos modernidades parecían ir unidas. Entre 1789 y 1968 el conflicto latente entre ambas quedó oculto por el exitoso intento de la ideología liberal de simular que eran idénticas. Pero desde 1968 la máscara ha caído: están abiertamente enfrentadas.

Hay dos signos culturales notorios del reconocimiento del conflicto entre ambas modernidades: Uno es la «ciencia nueva», la ciencia de la complejidad. De pronto, en los últimos diez años, gran número de físicos y matemáticos se han alzado contra la ideología newtoniano-baconiano-cartesiana, que durante más de trescientos años ha proclamado ser la única expresión posible de la ciencia. Con el triunfo de la ideología liberal en el siglo XIX la ciencia newtoniana fue entronizada como verdad universal.

Los nuevos científicos no desafían la validez de la ciencia newtoniana sino su universalidad. Esencialmente sostienen que las leyes de la ciencia newtoniana se refieren a casos especiales y limitados de la realidad, y que para entender científicamente ésta debemos ampliar notablemente nuestro marco de referencia y nuestros instrumentos de análisis. Por eso oímos hoy palabras nuevas como caos, bifurcaciones, lógica difusa, fractales y sobre todo la flecha del tiempo. El mundo natural y todos sus fenómenos se han historizado¹⁵. La nueva ciencia es claramente *no lineal*. Ahora bien, la modernidad de la tecnología se erigió en torno al pilar de la linealidad, de forma que la nueva ciencia replantea las cuestiones más fundamentales sobre la modernidad de la tecnología, al menos tal como se ha expuesto clásicamente.

El otro signo cultural de ese reconocimiento del conflicto entre las dos modernidades es el movimiento posmoderno, principalmente en las humanidades y las ciencias sociales. Espero haber dejado claro que el «posmodernismo» no es en absoluto *posmoderno*. Es un modo de rechazar la modernidad de la tecnología en nombre de la modernidad de la liberación. Si se ha plasmado en un término tan extraño es porque los posmodernistas trataban de rasgar el velo lingüístico que la ideología liberal ha impuesto a nuestro discurso. Como concepto explicativo el posmodernismo es confuso, pero como doctrina predictiva ciertamente da en el blanco, porque sin duda nos movemos en dirección a otro sistema histórico. El sistema-mundo moderno está llegando a su fin, pero harán falta por lo menos otros cincuenta años de crisis terminal, es decir, de «caos», antes que podamos entrar en un nuevo orden social.

Nuestra tarea hoy, y durante los próximos cincuenta años, es la de la «utopística»¹⁶. Es la tarea de imaginar, y tratar de crear, ese nuevo orden social. Porque no hay ninguna seguridad de que el fin de un sistema histórico inicuo dé lugar a otro mejor. La lucha está por decidir. Debemos definir hoy las instituciones concretas a través de las cuales se pueda expresar por fin la liberación humana. Hemos vivido bajo su expresión fingida en el sistema-mundo existente, en que la ideología liberal trató de convencernos de una realidad que de hecho los liberales estaban combatiendo, la del aumento de la igualdad y la democracia. Y hemos vivido la decepción del fracaso de unos movimientos antisistémicos que formaban parte tanto del problema como de la solución.

Debemos emprender un inmenso multiálogo mundial, porque las soluciones están lejos de ser evidentes. Y los que quieren prolongar el presente bajo otras formas son muy poderosos. ¿Qué

¹⁵ En cuanto a las implicaciones que esto tiene para las ciencias sociales, véase el número especial «The “New Science” and the Historical Social Sciences» de *Review*, 15/1, invierno de 1992.

¹⁶ Véase I. Wallerstein, *Utopistic or, Historical Choices of the Twentieth-first Century*, Nueva York, New Press, 1998 [ed. cast.: *Utopística, o las opciones históricas del siglo XXI*, México DF, Siglo XXI, 1998].

modernidad ha terminado? Ojalá sea el fin de la modernidad falsa y el inicio, por primera vez, de una verdadera modernidad de la liberación.

NOTA DE AGRADECIMIENTO

Éste es el texto de una conferencia que pronuncié el 30 de septiembre de 1993 en el Foro del Rector de la universidad Bucknell sobre «El fin de la modernidad».

